DANIELA ARNOLD

LA SUEGRA



UN THRILLER PSICOLÓGICO

DANIELA ARNOLD

LA SUEGRA

UN THRILLER PSICOLÓGICO

© 2025 Daniela Arnold

86179 Augsburgo, Almenrauschstr. 6a

www.daniela-arnold.com

Diseño de portada: Kristin Pang

Collage con temas de Shutterstock.com (http://shutterstock.com/)

2456485681 (Haus) © Andrew the Kerr, 1118417891 (Wald) © Smeerjewegproducties, 710882572 (Teich) © thomas sifferle, 2092249753 (Junge mit Teddy) © Pixel-Shot.

Revisión: Inca Vogt, Eva Trillo

Corrección: Ilka Bredemeier, Eva Trillo

Traductora: Eva Trillo Caramés

Composición tipográfica/Diseño interior: Inca Vogt

Editorial: Publicación independiente

Edición: 2 mayo 2025

La obra y todos sus contenidos están protegidos por derechos de autor. Se reservan todos los derechos. Queda prohibida cualquier forma de reproducción total y parcial (impresión, fotocopia o cualquier otro procedimiento), así como el almacenaje, el procesamiento, la reproducción y la distribución mediante sistemas electrónicos de cualquier tipo sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora. Se reservan todos los derechos de traducción.

A pesar de una revisión y corrección exhaustivas, pudo haberse pasado por alto algún error. Es por ello por lo que la autora agradece cualquier sugerencia al respecto. Queda excluida toda responsabilidad y se reservan todos los derechos.

Se excluye cualquier responsabilidad, todos los derechos reservados. Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas es mera coincidencia y no ha sido intencionada.

ÍNDICE

Sobre La Autora
Sobre El Libro

Prólogo
1. Annika
2. Traición
3. Annika
4. Caos
5. Annika
6. Miedo
7. Annika
8. Para Mamá
9. Annika
10. El Susto
11. Annika
12. Annika
13. Lobos Y Corderos
14. Annika
15. Annika
16. Farsa
17. Annika
18. Trampa
19. Annika
20. Frikada
21. Annika
22. Descubrimiento
23. Annika
24. El Ojito Derecho De Mamá
25. Annika
26. Annika
27. Lobo Con Piel De Cordero
28. Annika

29. Annika
30. Annika
31. Annika
32. Daños Colaterales Y Un Peón Sacrificado
33. Annika
34. Annika
35. Annika
36. Annika
37. Annika
38. El Engaño

Epílogo

Agradecimientos

SOBRE LA AUTORA

La escritora de *thrillers* Daniela Arnold nació en 1974 y vive con su familia en la hermosa región de Baviera. Daniela Arnold estudió periodismo y trabajó durante mucho tiempo como escritora *free lance* para numerosas revistas de prestigio.

Es la autora de *Lügenkind* y *Scherbenbrut*, dos números 1 en las listas *Kindle* y *Bild*.

Con su *thriller El silencio de los pecadores* llegó a ser finalista en los *Kindle Storyteller Award* de 2020.

La suegra es el *thriller* número 53 de esta autora de superventas.



SOBRE EL LIBRO

Un lugar idílico en el corazón de la Bretaña.
Una casa solitaria en las lindes del bosque.
Una familia rodeada de leyendas tenebrosas.

Annika está embarazada y junto a su hijo Lenny deberá superar un gran revés. Anhela poder dejarlo todo atrás partiendo a Francia con su recién estrenado marido para juntos cuidar de la madre enferma de él.

Linda, condenada a pasar su vida atada a una silla de ruedas, los recibe afectuosamente. Pero no tardará en mostrar su verdadero yo. Es sobre todo con Lenny con quien se comporta de manera hostil, rallando casi el odio. Lenny está muy asustado.

Pero también Annika se pregunta si su suegra está desvalida como dice estar… o si hay algo más tras el comportamiento extraño de esa mujer.

Algo con lo que ella y Lenny podrían perderlo todo. ¡Incluso la vida!

¡PARA VOSOTROS,
QUERIDOS LECTORES!

PRÓLOGO

Un crujido. Cerca, a su izquierda. Alzó la mano de inmediato y apagó la linterna frontal. Procuró controlar la respiración, se mantuvo quieta, permaneció durante varios segundos en la misma postura.

Ahí no hay nada. ¡Son solo imaginaciones tuyas!

Miró nerviosa alrededor. Era consciente de que a estas horas aquí fuera no habría nadie más que ella. Se hubiese dado cuenta si no fuera el caso. Pero entonces, ¿qué había sido?

¿Los nervios de nuevo haciéndola oír y ver cosas que no eran reales?

Volvió a encender la linterna frontal con manos temblorosas. Se concentró y volvió a dirigir la atención al agujero que tenía delante, suspiró al darse cuenta de que aún no era lo suficientemente profundo – ni por asomo.

Estaba empapada en sudor.

El sudor de la frente se le metía en los ojos y bajaba a raudales por la espalda. Pero daba igual. Ahora no podía permitirse ninguna pausa, no hasta haber acabado con esto.

¡Sigue cavando!

La voz en su cabeza sonó aguda, una manifestación de pánico.

Echó un vistazo al reloj, notó la tensión en el cuerpo. Quedaban pocas horas para el amanecer, para entonces tenía que estar todo listo. Se fijó en el fardo que estaba a su lado. Sus sentimientos cambiaron de golpe. Todos los esfuerzos vividos, los que quedaban

por realizar, parecían carentes de sentido, al ver este cuerpo no eran más que una broma pesada.

Eso sí, una broma que a nadie le haría gracia.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al darse cuenta de lo absurdo que eran estos pensamientos. Porque este pobre ser jamás volvería a reírse, a ver el sol, y eso solo porque ella…

Sollozó involuntariamente.

Posicionó la pala, levantó el pie, la hundió con el mismo.

Y otra vez. Y otra.

Cuando por fin tuvo la sensación de que el agujero ya era lo bastante profundo, dejó la pala a un lado, se agachó, tiró con mucho esfuerzo de la lona hasta tener el cadáver posicionado de tal manera que podría arrojarlo al fondo empujándolo con el pie.

Se detuvo por un momento, luego hizo eso precisamente. Le dio una patada al cuerpo, lo lanzó al vacío.

El ruido – un chapoteo sordo – la dejó helada. De modo que así sonaba un cuerpo humano hundiéndose en la tierra. En un agujero húmedo en el que muy pronto la humedad se introduciría en cada poro y en cada pliegue. Menos mal que eso ahora ya no tenía mayor importancia. Los muertos no tenían frío, no sentían, no se inmutaban.

Estiró la espalda, se preguntó si sería apropiado decir una oración. Una especie de últimas palabras para acompañar a la pobre alma de cuyos restos acababa de deshacerse.

Pero entonces decidió que tendría que arreglárselas sin ellas. Ni que el alma fuera a enterarse de algo. Más bien no. No era especialmente creyente, se podían contar con los dedos de una mano las veces que había estado en una iglesia.

Y consideró otra cuestión más.

Acababa de cometer un delito, puede que incluso un pecado mortal. Sería cuestionable si en estas circunstancias atenderían una plegaría suya.

Sería hipócrita, rayaría seguramente la burla. Y burlarse de aquella cosa sin vida tirada en el agujero, eso sí que no quería hacerlo.

Cogió de nuevo la pala, empezó a tapar el agujero con la tierra extraída anteriormente. Le llevó su tiempo. Y por alguna razón, la tierra extraída ya no cabía en el agujero. Sobraba, formaba una loma que trató de igualar y luego de aplanar a base de pisarla.

Cuando hubo acabado, le temblaban los músculos de brazos y piernas por culpa del esfuerzo. La profesión de enterrador era bastante más agotadora de lo que había imaginado.

Venga, deja de perder el tiempo, ya casi lo tienes, la animó la voz en su cabeza. *¡Ya solo queda borrar tus huellas!*

Iluminó la zona alrededor de la tumba, repartió ramas y hojas, se retiró poco a poco, allanando de paso el suelo donde sus pies habían dejado hendiduras. Cuando por fin tuvo la sensación de que ya no podía hacer nada más, inspiró profundamente una última vez.

¿Había pensado en todo?

Su cabello largo estaba oculto bajo una capucha apretada, a pesar del calor, llevaba las manos protegidas con guantes. Para no dejar pisadas, había envuelto los pies en bolsas de plástico, aun así no estaba segura.

¡No puedes hacer nada más!

¿Era cierto eso?

Cerró los ojos, se concentró.

Los animales eran capaces de detectar el olor de carne en putrefacción, por muy enterrada que estuviera, por eso dudaba de si la lona bastaría para impedir que dieran pronto con la pobre criatura.

He usado un rollo entero de cinta americana, poniendo mucho cuidado en no dañar la lona. Eso tendría que llegar, trató de convencerse.

Soltó aire, cogió la carretilla, la empujó hacia la *pickup*.

Mientras intentaba subir la carretilla pesada a la plataforma de carga sin dañar la pintura del coche, volvieron las dudas: lo que había hecho esta noche, lo que había tenido que hacer, ¿había sido realmente necesario?

La voz en su cabeza soltó una risa histérica, parecía estar burlándose de su ingenuidad.

¿De verdad crees que tenías otra opción?

lectuepublibre2.com

UNO
ANNIKA

—¿Va todo bien? —Phil la miró con el ceño fruncido.

Ella parpadeó, asintió medio dormida con la cabeza.

—Si quieres, cambiamos. Llevas casi ocho horas al volante —propuso ella.

—Hemos hecho una parada a mitad del camino.

—Un par de minutos…

—… que para mí fueron más que suficientes. Sabes que me encanta conducir —dijo él y le lanzó una breve mirada y sonrisa—. Así que: sigue durmiendo.

—Ni que fuera tan fácil. —Se incorporó, soltó un gemido—. Me duele todo —admitió—. Me habré despertado por eso. —Se giró hacia atrás, sonrió al ver a Lenny durmiendo como un bendito en el asiento de atrás. Estaba cercado, como siempre, por sus peluches, medio sentado, medio tendido, soñando: un encanto.

—¿Quieres que pare un ratito? —preguntó Phil—. Así podrás estirar las piernas.

Ella negó con la cabeza.

—Por mí no lo hagas. A no ser que seas tú quien necesite un descanso.

—No es eso. Pero me está entrando algo de hambre —respondió él sonriendo—. ¿Y tú? ¿Tú no tienes hambre?

—Un poco —admitió ella.

—Pues entonces pararemos en la siguiente área de servicio.

Ella asintió con la cabeza, miró a través del parabrisas, se dejó impregnar por el espectacular paisaje, por el cielo del atardecer con sus tonos entre violeta y rojo. Pulsó el botón para bajar la ventanilla, giró la cabeza hacia fuera, olió el aroma cálido del sur.

Inhaló profundamente e inspiró la fragancia especiada de los prados, de las hierbas silvestres y del aroma ligeramente dulce de las flores. Era todo tal cual se lo había imaginado y soñado. Resultaba sorprendente que existiera de verdad este olor típico que las guías turísticas le atribuían a esta comarca francesa.

—¿Estás contenta? —preguntó Phil.

Lo miró.

—Sí. Pero para ser sincera, también un poco asustada.

Él alzó sorprendido las cejas.

—¿Te asusta mi madre? Es una señora amable y, que yo sepa, no le ha hecho nunca nada a nadie.

—Sé que suena raro porque es mayor y está enferma, pero aun así… No sé cómo explicarlo. —Se detuvo, pensó bien lo que iba a decir a continuación—. Solo espero caerle bien, ¿entiendes?

Él le echó una rápida mirada de reojo, la animó con un gesto de la cabeza.

—Lo harás. Eres una mujer maravillosa y va a darse cuenta de eso nada más verte y te va a querer igual que yo.

Ella se acarició la barriga, sonrió. Luego miró a Phil.

—¿Ya se lo has dicho?

Él negó con la cabeza.

—Quiero darle una sorpresa.

Ella asintió ligeramente con la cabeza, carraspeó.

—Sigo dándole vueltas a lo que pasó antes de la boda.

Phil tragó, pero no dijo nada.

—Es que no me cabe en la cabeza que un padre pueda actuar así. Mi madre lo intentó todo, pero él…

Phil le explicó:

—Bebía mucho, Annika. Y no era precisamente un buen padre. Por eso me fui de casa nada más cumplir los dieciocho. Siempre soñé con que algún día volvería a haber un acercamiento entre nosotros, pero su adicción fue más fuerte y él demasiado débil para luchar contra ella. Eso lo hacía sentir vergüenza de sí mismo. Supongo que esa fue la razón para rechazar todos mis intentos por acercarnos de nuevo.

—Ni siquiera vino a nuestra boda —comentó Annika triste.

—A mí también me afectó mucho eso. Si mi madre no estuviera tan enferma, al menos ella estaría presente.

Annika posó su mano izquierda sobre la pierna de él, apretó con suavidad.

—Para ella tuvo que ser muy duro envejecer al lado de un hombre así. Depender de él. Por culpa de él no poder estar en la boda del propio hijo.

Phil asintió con una mueca tensa.

—Él no se la merecía. —Suspiró, perdido en sus propios recuerdos y con la vista clavada en la carretera—. Pero al menos estaba con ella y la ayudaba. Eso me consuela… El estado de mi madre no es fácil. Que, a pesar de todo, la haya ayudado y cuidado con tanto mimo a lo largo de todos estos años lo valoro muchísimo. Porque también podría haberse lavado las manos y haberla metido en una residencia. No olvidemos que tiene fuertes síntomas de parálisis y que le cuesta hablar con claridad. Una situación complicada con la que lidiar.

—¿Fue por eso por lo que recurrió al alcohol? ¿Para buscar consuelo?

—Sería una explicación comprensible, pero no… Lo de la bebida ya venía de antes.

Permanecieron un rato en silencio, luego él carraspeó.

—No sabes cuánto te agradezco que, a pesar de todo, quieras hacer esto conmigo. Significa mucho para mí.

Ella lo miró, los ojos estaban a punto de llenársele de lágrimas.

—Soy tu esposa y haría lo que fuera por ti, igual que tú por mí —dijo con voz temblorosa—. Tras todo lo ocurrido, ahora, por fin, también puedo hacer yo algo por ti.

Esbozó una sonrisa melancólica, no había palabras para expresar lo que realmente sentía. Sí, Phil se merecía esto y mucho más. Se consideraba una mujer muy afortunada por tenerlo a su lado. No solo era un esposo amoroso, sino también un buen padre para Lenny. Aunque el niño de once años no era de su propia sangre, jamás se lo había hecho sentir al niño. A diferencia de los hombres que había conocido antes, Phil era una persona responsable, con el corazón en su sitio. Algo que no podía decirse del padre biológico de Lenny. A ese le importaba un comino su hijo. Phil, sin embargo, había aceptado desde el primer momento que ella venía en forma de *pack* inseparable y había aceptado su papel de futuro padrastro de manera conmovedora. Se embarcaba cariñosamente en todo lo que hacía feliz a Lenny. Ni siquiera se quejaba de las muchas horas transcurridas en el improvisado campo de fútbol del parque.

Tanto los amigos como la familia se habían encariñado desde el primer momento con Phil porque era un amor de persona. Sí, Phil la traía en palmitas, adoraba a Lenny y soñaba con una gran familia.

Al mismo tiempo se esforzaba por hacerle la vida lo más agradable y plena posible. Incluso antes de la boda, le había propuesto dejar su empleo de enfermera para poder centrarse de pleno en su futuro papel de mamá por partida doble. A sus once años Lenny seguía necesitando a su mamá, aunque tras el parto, el centro de atención sería el bebé.

A Annika le había parecido una idea maravillosa, porque tenía remordimientos de conciencia por haber intentado anteriormente consolidar el trabajo con la maternidad.

Que eso hubiera llegado ahora a su fin no lo consideró en ningún momento una brecha en su independencia, como había vaticinado su amiga Sarah – era más bien un lujo.

Por fin ya no tendría que preocuparse por cómo estaba Lenny cuando a ella le tocara trabajar los fines de semana o días festivos. Era cierto que su madre la había ayudado mucho cuidando del nieto, pero a Lenny le había resultado doloroso. ¿Cómo iba a entender que su mamá tuviera que trabajar incluso el día de Navidad?

Tragó, echó la cabeza hacia atrás, apartó los recuerdos de su madre. A pesar de todos los meses transcurridos, seguía sin soportar

la idea de no volver a verla nunca más.

Se le encogió el estómago. Enseguida colocó las manos sobre la panza, mandó una oración al cielo pidiendo que el bebé estuviera bien y que por fin se hiciera notar con una patada contra la tripa. Pero una vez más, no pasó nada.

Notó los ojos de Phil en ella.

—Debes tener paciencia —dijo él sonriendo y adivinando lo que le estaba pasando por la cabeza. A él le pasaba lo mismo, también esperaba ansioso una señal de vida de su hijo.

Lo miró, sonrió.

—Ya lo sé.

Apartó rápidamente la cara, miró por la ventanilla, luchó contra las lágrimas.

Lo peor de todo era que este embarazo estaba irremediablemente ligado a la experiencia más espantosa de su pasado.

¡Sangre, tanta sangre!

Cogió aire, gimió por lo bajo.

Luego las arcadas.

Al instante notó el sabor amargo de la bilis.

—¿Quieres que pare? —La voz preocupada de Phil se coló en su consciente.

Asintió con la cabeza, concentrada en respirar, sintió la vibración en los músculos.

Ahora no, pensó desesperada. Por favor, ¡un ataque de pánico no!

¡Tienes que tranquilizarte! Piensa en otra cosa. ¡Concéntrate!

Pero por mucho que se esforzara en dejarlo todo atrás, no lo conseguía.

Cada vez que recordaba el momento en el que había descubierto que estaba esperando un bebé, volvían a emerger todas aquellas imágenes horribles.

DOS
TRAICIÓN

—¿Sigues triste por lo de ayer? —Mamá me mira con ojos penetrantes—. Puede que esté enferma.

No digo nada, pero no pienso dejarme apaciguar.

Mamá me guiña un ojo para animarme, como si eso fuera a servirme de algo.

—Ven, hoy te llevo yo —me propone—. Así podremos charlar un poco por el camino. ¿Qué te parece?

—Que no soy un jodido bebé —exploto. ¡Como si fuera a sentirme mejor con las palabras de ánimo de Mamá!

Por un instante parece que Mamá se ha asustado con mi estallido y empiezo a arrepentirme de mis pensamientos rebeldes. Al fin y al cabo, no es culpa suya que Sophie no haya aparecido y estoy a punto de decírselo.

Pero ella me mira socarrona.

—Eso es verdad. Un bebé sí que ya no eres. —Me revuelve el pelo cariñosamente, me abraza antes de empujarme por delante de ella y darme un cachete suave en el culo—. Venga, largo, que vas a llegar tarde.

Tiene razón, por supuesto. Todos los días recorro en bici un trayecto de unos treinta minutos campo a través para ir al colegio. Treinta minutos que suelo invertir en soñar o pensar, como ahora.

Sigo sin poder quitarme de la cabeza la conversación con Sophie. Ni siquiera fue una conversación de verdad, solo una excusa estúpida.

«Tengo que hacer los deberes y estudiar» fue lo que me dijo primero para librarse de mí y luego me dijo como premio de consolación: «Pero a la tarde debería tenerlo todo listo. Entonces ya me pasaré por tu casa.»

Nada más.

Y si efectivamente hubiera venido, no pasaría nada. ¡Pero no lo hizo! Mi decepción se vuelve rabia que libero pedaleando con fuerza. Sudo a raudales, pero aun así sigo pedaleando cada vez con más intensidad, como si pudiera huir de este estúpido sentimiento.

No funciona. Y no puedo más. Estoy k.o., freno en seco, trato de tranquilizarme, paseó la mirada por los campos hasta las lindes del bosque. Obviamente, con esto no lo consigo. Sigue doliendo un montón, tanto que me vienen las lágrimas.

Me pasé horas en el muro que rodea nuestra casa, esperando a Sophie. Pero Sophie no apareció. Un plantón en toda regla y ni siquiera me llamó.

¿Y esa dice ser mi mejor amiga?

Con la cantidad de cosas que queríamos hacer.

Queríamos ir a buscar comida para Josy.

Josy es un lagarto que vive debajo del pavimento suelto de nuestra terraza. La idea es domesticar a Josy. Queremos amaestrarlo para que coma de nuestra mano – aunque hasta ahora siempre escapa como una flecha cada vez que subimos el adoquín.

De ahí lo de la comida que queríamos buscar.

Luego teníamos pensado ir a darnos un baño y luego a comer el pastel tan rico que había hecho Mamá, expresamente para Sophie. Tarta de queso con melocotón. La tarta favorita de Sophie. Dice que moriría por esa tarta de lo buena que está.

Yo, la verdad, no acabo de entender eso, pero Sophie es así. A veces le da por exagerar terriblemente.

Bueno, ya me he tranquilizado algo y compruebo en el reloj cuánto tiempo me queda. ¡Menudo susto! Me he entretenido tanto reflexionando que tengo que pisar a fondo si no quiero llegar tarde al cole.

¡Mierda!

No hay nada que odie más que llegar tarde al colegio. Entrar en una clase abarrotada, notar las miradas de los demás clavadas en mí, es lo peor que existe. Sin quererlo, visualizo claramente cómo los demás cuchichean y se burlan de mí. Seguro que voy a ponerme como un tomate.

Con un nudo en el estómago vuelvo a montar en la bici y pedaleo como alma que lleva el diablo. Solo miro de frente y me obligo a no pensar ni en mi mejor amiga ni en todos esos imbéciles que están siempre jorobándome.

—¿Te has enterado de lo que le ha pasado al hermano de Leonie? —pregunta Sophie en voz baja después de que me haya sentado a su lado.

Como si me importara, pienso todavía con rabia y no prestándole mucha atención. Aún me dura el cabreo con ella por lo de ayer, así que hago como si no existiera, clavo la mirada al frente. Que se fastidie.

—Siento lo de ayer —susurra y se mordisquea avergonzada el labio.

Ahí está, la disculpa que estaba esperando. E incluso suena sincera – en principio. La miro de reojo, dudo al instante. Hay algo raro en su cara.

Y entonces no aguanto más.

—¿Y por qué no me llamaste al menos? —pregunto descaradamente.

Me doy cuenta demasiado tarde de que he hablado demasiado alto. Marie, que está sentada justo delante, se da la vuelta y alza las cejas en un gesto interrogante, como queriendo saber si Sophie está bien.

Si estoy bien yo, parece importarle un comino – como siempre.

¿Y qué hace Sophie?

Se me queda mirando.

—Ha muerto. El hermano de Leonie ha muerto. ¿No te has enterado?

—¿Quién ha muerto? —pregunto sin entender nada de nada.

—Ha muerto de una infección. Por culpa de una picadura estúpida de algún bicho. Los padres no se dieron cuenta hasta que le subió un montón la fiebre. Pero ya era demasiado tarde.

Sacudo la cabeza, sigo sin comprender a qué se refiere.

—Solo tenía tres años y era taaaaan cuqui. —Sophie sigue con su parloteo emocionado y ni se ha dado cuenta de que la Tanqueta Cabreada ha entrado en clase. Es la profe de mate y lo primero que hace es dirigirnos una mirada seria.

Pero Sophie la ignora, como siempre.

—La madre de Leonie se derrumbó. Su padre nos llamó y nos preguntó si su hija podía pasar el día con nosotros, hasta que volviera de la clínica —me sigue contando Sophie—. Leonie no dejó de llorar ni un solo momento.

—¿Y? —pregunto y sigo sin entender qué hacer con toda esa información.

—Me daba mucha pena y por eso se me olvidó llamarte.

—¿Os queréis callar de una vez? —grita la Tanqueta Cabreada y me fijo en su cara que se ha puesto roja, roja. Tiene pinta de estar a punto de explotar.

Sophie desprende la mirada de mí, se gira hacia el encerado, lo que me brinda la oportunidad de poner un poco de orden en mi cabeza. ¿Se supone que esto era una disculpa? ¿Sophie me dio plantón porque prefirió estar con la estúpida de Leonie? ¿En serio? Y me lo suelta así, como si ahora ya estuviera todo en orden. Qué excusa más ridícula.

Vuelvo a hervir de rabia y esta vez en serio. Las manos me tiemblan, pero eso no es lo peor. Se me están llenando los ojos de lágrimas. Rezo para que no vuelva a darme una lloriquera como la del otro día.

Y justo eso es lo que pasa. Ante mis ojos todo se vuelve borroso. Alex, que está sentado en diagonal delante de mí, tiene que girarse justo ahora, claro, cómo no. Me ve limpiarme las lágrimas con gesto descontrolado.

Ya está riéndose.

—¡Ha vuelto a abrir el desagüe! —suelta mofándose de mí y, antes de que la Tanqueta Cabreada pueda decir algo, ya me están mirando todos. Veinticuatro pares de ojos pendientes de mis lágrimas.

¡Qué vergüenza!

En cuestión de segundos me he vuelto de piedra, aunque en el fondo me está costando mantener la calma.

Y entonces se oye un estruendo. Por primera vez en mi vida me alegro de tener una profe de mate tan severa. Acaba de coger el libro de texto y lo ha estampado contra la mesa.

Todos se asustan, vuelven a girarse hacia delante, me dejan en paz. Mi cabeza va a mil por hora. Me fijo en una mancha en el suelo, entre mis pies, pero noto por el rabillo del ojo que Sophie está mirándome, lo que me enfurece aún más.

La Tanqueta Cabreada está haciendo círculos en el aire con el dedo índice, lo hace siempre que escoge a alguien para que salga al encerado. Mientras no sea yo, me da igual. Yo ya tengo bastante con mirar a Sophie. Trato de parecer *zen*, pero no tengo muy claro si me sale. Para asegurarme, me encojo de hombros.

¡Te odio!, pienso.

Luego me giro hacia delante, como dando el asunto por zanjado. Pero no lo está, obviamente. ¡Todo lo contrario!

Y entonces sonrió porque se me ha ocurrido una idea.

No tengo ni idea de lo que es una sepsis, pero me imagino cómo sería si no hubiese sido el hermanito de la estúpida de Leonie el que hubiera muerto de eso, sino Sophie.

TRES
ANNIKA

—¿Mejor? —preguntó Phil preocupado mientras le apartaba un mechón rubio de la cara.

Ella asintió con la cabeza, inspiró hondo.

—A veces me mareo en el coche —trató de tranquilizarlo.

Pero la mirada preocupada de él lo decía todo. Phil se imaginaba a qué se debían las náuseas, por supuesto.

—A cuatro kilómetros hay un área de servicio —anunció—. Vamos a parar allí y comer algo rico.

Ella tragó, de solo pensar en comida volvían a darle arcadas.

—Si tú quieres comer algo, adelante, pero yo no soy capaz de tragar ni un solo bocado. Me conformo con un té.

—¿Tan mal?

Ella asintió, se dejó caer en el asiento del copiloto, apoyó la cabeza en el apoyacabezas, cerró los ojos y esperó a que Phil también se hubo subido al coche.

Al notar la mano de él en el muslo, la agarró y le devolvió el apretón. Durante los próximos minutos reinó el silencio en el coche. Luego, por fin, la presión en el pecho se aligeró, el malestar remitió.

Respiró aliviada y volvió a abrir los ojos. Se giró hacia atrás y sonrió aliviada al ver que Lenny seguía profundamente dormido.

El don de poder dormir profundamente en cualquier sitio y a cualquier hora era algo que tenían en común Phil y Lenny. Un regalo del cielo. Resistió el impulso de echar el brazo atrás y hacerle cosquillas a Lenny en el pie descalzo que de vez en cuando daba saltitos.

Cuánto amaba a este pequeño. Aunque… pequeño ya no era realmente. Dentro de algo más de un mes cumpliría once años.

Si todo salía según lo planeado, para entonces ya estarían de vuelta en Alemania para prepararle una gran fiesta sorpresa. Y en el peor de los casos, este año tendrían que conformarse con una fiesta en familia, en *petit comité*.

—¿Qué crees? ¿Seremos capaces de encontrarle un lugar en una residencia asistida a tu madre? —le preguntó en voz baja a su marido.

Phil suspiró, le echó una mirada rápida antes de volver a concentrarse en la carretera.

—Sinceramente, no lo sé. Si la situación en este sector está igual de mal aquí que en Alemania, podría llevar semanas, incluso meses.

Ella tragó.

—¿Has pensado en mi propuesta del otro día?

—¿Te refieres a llevárnosla a nuestra casa a Alemania?

Ella asintió.

—Es todo un detalle por tu parte, cariño, pero no creo que sea una buena solución para ninguna de las partes.

—Pero si es alemana. ¿Por qué no iba a querer volver a su tierra natal?

—Nació en Alemania, cierto, pero ya lleva más de cuarenta y cinco años viviendo en Francia. Ya no le queda ningún lazo con Múnich. Todo lo que ha conseguido a lo largo de su vida está relacionado directamente con Francia. Su esposo, el nacimiento de su hijo, su trabajo de arquitecta. Es francesa de la cabeza a los pies y creo que no soportaría que la apartaran de este entorno, que hace mucho que se ha convertido en su patria del alma. No deberíamos arrebatársela solo porque para nosotros resulte más conveniente.

—No lo he planteado con esa intención —respondió Annika mirándolo—. Por cierto, ¿y tú? ¿Cómo fue en tu caso? ¿A ti también

te costó alejarte de Francia o te alegraste?

Él se rio.

—Para decir la verdad, para mí fue un alivio poder ser por fin adulto. Tan pronto pude, me largué pitando. No les dejé ni tiempo a mis padres para despedirse.

—¿Y nunca te arrepentiste?

—Fue lo mejor, créeme. La relación con mi padre era complicada. —Sacudió la cabeza y Annika se fijó en que el rostro de él se había ensombrecido. Ocurría siempre que hablaban de su pasado.

—A pesar de todo, espero que te alegres, aunque sea un poquito, de haber vuelto a casa después de tantos años.

—Pero si aún estuve hace poco, en el entierro de mi padre. —Suspiró suavemente—. No fue un motivo muy agradable para reencontrarme con mi madre. Por eso espero que en esta ocasión podamos disfrutarlo más ella y yo. Lo que me encantó fue que la casa está prácticamente igual. Eso me hizo darme cuenta de lo mucho que en el fondo echaba de menos esto todo. Francia, mi madre… Creo que es cosa de mi madre, y se lo agradezco, que todo siga igual que cuando me fui.

—¿Te refieres a tu cuarto?

Él asintió riéndose.

A punto de comentar que sería bonito que Lenny pudiera quedarse con esa habitación, sonó el móvil en el bolso. Lo sacó, se sobresaltó.

—¿Quién es? —quiso saber Phil.

—Sarah —respondió Annika con voz apagada. Quiso hacer desaparecer de nuevo el móvil en el bolso, cuando notó la mirada de Phil—. ¿Qué? —preguntó y ella misma se percató de lo brusca que había sonado.

—Hace meses que no habláis, la estás evitando. Es tu amiga, cariño. Seguro que solo quiere saber cómo estás.

Luchó consigo misma un par de segundos más, luego aceptó la llamada.

—¡Menos mal que te pillo! ¡Por fin! —exclamó Sarah aliviada—. ¿Puedes pasarte a videollamada?

—Mejor no —rechazó Annika—. Phil va conduciendo y no quiero distraerle. Hay mucho tráfico en las carreteras francesas.

Durante un rato reinó el silencio en la línea.

—¿Estáis en Francia?

A Annika le entraron sofocos al darse cuenta de que no le había comentado nada a Sarah – ni siquiera por WhatsApp – acerca de los planes que tenía para las próximas semanas.

—Es por la madre de Phil —explicó—. Ya sabes lo enferma que está.

—Ya, pero también deberías pensar en ti.

—Y lo hago. Pero de momento lo prioritario es la madre de Phil. Ahora que falleció el padre, la está cuidando una amiga. Sin embargo, la pobre también ya tiene su edad y sus achaques. Por eso hemos venido, para buscar una solución con la que podamos convivir todos.

—¿Cuándo volvéis?

—Ni idea, la verdad. Ahora lo importante es encontrar un lugar para su madre donde esté en buenas manos. A saber lo que nos llevará eso.

—Pero vais a volver, ¿no? —soltó Sarah y a Annika le pareció escuchar algo de desconfianza en su voz.

—Por supuesto que volveremos —dijo y carraspeó—. Siento no haber dado señales de vida últimamente.

—Preciosa —soltó su amiga—. No pasa nada. Has pasado por un montón. Normal que necesites tiempo. —Se interrumpió, pero Annika presintió que había algo más que la preocupaba.

—¿Qué pasa?

—En cuanto a lo demás, ¿cómo estás? —preguntó Sarah titubeando notablemente—. Phil me ha dicho que estás embarazada.

De seis meses ya —dijo y se asustó al darse cuenta de que ese era el tiempo que llevaba sin ver a su amiga. Medio año – media eternidad.

—Me alegro mucho por ti —dijo Sarah con una voz cálida, aunque sonó como si a continuación vendría un «pero».

—Estoy bien, Sarah, en serio.

—¿Y qué pasa con vuestra casa? —preguntó Sarah.

—¿Te refieres a la casa de Phil? Va a ocuparse nuestra Perla de ella, va a regar las plantas y mirar que todo esté en orden durante nuestra ausencia.

El silencio de Sarah la hizo entender que se había referido a la casa de su madre, la casa que, a poder ser, no quería recordar.

—Está a la venta —explicó con voz apagada.

—¿Ya tenéis algún interesado?

—Ni uno solo.

—¿Has contratado una inmobiliaria?

—Claro —dijo Annika, cerró los ojos, se maldijo por haber aceptado la llamada.

—Seguro que aparecerá alguien que quiera comprarla—le aseguró Sarah.

—Y si no, tampoco pasa nada. No necesito el dinero.

—¿Ya se sabe qué pasó exactamente? —La voz de Sarah pareció un susurro, aun así Annika supo detectar la curiosidad en ella. Lo que más le apetecía era colgar sin más.

—Desafortunadamente no —contestó, sin embargo, e inspiró hondo—. Oye, tengo que dejarte. Phil acaba de parar. Queremos comer algo. Ya hablaremos pronto —sugirió para deshacerse de su amiga. Rápidamente cortó la llamada, soltó el móvil, que cayó al suelo. Era como si le quemara.

—¿Qué pasa? —quiso saber Phil.

—Pues Sarah que sigue siendo Sarah: cotilla como siempre. —Se encogió de hombros, resignada—. Pero ahora no me apetece hablar de mi madre. Prefiero concentrarme en el futuro. En nuestro nuevo comienzo como familia.

Phil asintió con la cabeza, esbozó una sonrisa.

—Comienzo nuevo, suena bien. Y puede que un cambio de aires sea lo mejor ahora mismo.

Lo miró con ojos llenos de amor.

—¿Seguro que no te importa?

—¿Lo dices porque vamos a vivir en casa de mis padres?

Ella asintió.

—Adoro esa casa —le explicó él en voz baja—. No me marché porque no me gustara la casa. Me fui por culpa de mi padre y su

problema con el alcohol. Ya no lo aguantaba más, ver a mi madre sufrir las consecuencias de su agresividad. Yo solo… no, no podía seguir participando en aquel drama. Me hubiera vuelto loco, ¿lo entiendes? Y ahora… ahora pienso que ojalá hubiera tenido el valor de dar el primer paso hacia la reconciliación.

Ella suspiró.

—Odio no haber podido estar a tu lado cuando murió. Me necesitabas y yo no estaba.

—Estabas en la clínica, con tratamiento por tu trauma. Si hubieses podido, habrías estado. Pero estás ahora. Eso es lo único que importa.

—Tenías tantas cosas de las que ocuparte, estabas completamente solo —susurró ella echando por el retrovisor un vistazo a Lenny, que seguía profundamente dormido—. Lo hiciste tú todo, ocuparte del entierro y el funeral, de la policía, de mi hijo. Y luego la muerte de tu padre… Sacaste tanta fuerza y yo… fui una pusilánime. Y lo sigo siendo.

El soltó una mano del volante, le acarició el dorso de la suya, luego se la apretó.

—Miremos solo hacia delante, ¿vale? En apenas dos horas habremos llegado y nos ocuparemos de dejar toda carga emocional atrás.

Ella lo miró irritada.

—Eso ha sonado un poco a que quieres quedarte en Francia para siempre. Eso es nuevo y repentino. Vale, acabas de admitir que te encanta la casa, que solo te fuiste por culpa de tu padre, pero hasta ahora siempre has dicho que no querías volver.

Él carraspeó.

—Sí y así era, pero he estado reflexionando —admitió—. Con el dinero que saquemos de la venta de la casa de tu madre y de la venta de la mía, podríamos renovar de arriba abajo la casa de mis padres y hacernos con una verdadera joya en mitad del campo. Lejos de la gran ciudad, ¿entiendes? A mí me cuadra. Y los franceses son gente amable y acogedora.

—Eso lo dices porque eres medio francés —dijo ella a la ligera, aunque en su interior se había desencadenado el caos. Tragó y

ponderó lo que acababa de oír. ¿Se veía capaz de darle la espalda a su patria?

Al darse cuenta de que esa opción no parecía tan descabellada, resopló. En el fondo él llevaba razón. En Múnich vivían en el centro y Phil le había contado que la casa de sus padres se encontraba cerca de un parque nacional, en medio del campo. No sería tan mal sitio para dos niños pequeños.

Ladeó la cabeza, lo miró.

—Para convertir las palabras en hechos, primero habría que dar con alguien que quiera comprar mi casa.

Él asintió, la miró con un gesto de ánimo.

—Ya aparecerá.

—No sé —respondió ella titubeante—. ¿Acaso querrías vivir tú en una casa en la que hubiera ocurrido algo tan terrible?

CUATRO
CAOS

El regreso del colegio a casa es el mejor momento del día. Saber que he vuelto a sobrevivir lo peor y que antes de tener que ir para cama aún me queda un montón de horas en las que poder hacer lo que me da la gana, es una sensación genial.

Al contrario que mis compañeros de clase y que Sophie, yo apenas tengo que estudiar y aun así saco buenas notas. Los demás a veces me insultan llamándome cerebrito, pero no lo soy. Al contrario, escucho lo que cuentan los profes y ya. Me queda grabado automáticamente. Mamá dice que por eso soy algo muy especial. Que tengo algo así como un don, aunque no sé a qué se refiere.

Yo preferiría ser como los demás porque este estúpido don es la razón de por qué no les caigo bien a los demás.

Lo de cerebrito es el insulto más amable con el que me castigan. Y aunque me griten friki y víctima, con eso también trago.

Hay cosas peores. Sophie es la única a la que a pesar de todo le caigo bien.

Nos conocemos desde que éramos bebés. Nuestras madres se conocieron durante el embarazo y se hicieron amigas. Solo le llevo dos días a Sophie. Y por eso es que nos hemos criado como si fuéramos familia, a pesar de que la casita en la que viven Sophie y

sus padres está a más de quince minutos en coche. En bici me lleva algo más ir a visitar a Sophie.

Aunque tampoco hay mucho más que hacer en este diminuto pueblucho de mala muerte donde no hay más que campos, praderas y un par de casas. Hay quien dice que es un sitio idílico y por eso en verano suele venir gente de la ciudad para pasar aquí las vacaciones.

Es que no tienen ni idea de lo aburrido que es esto realmente.

No hay cine ni centro comercial ni parque infantil con inflables ni siquiera una piscina municipal. Para ir a darse un baño hay que ir a uno de los muchos arroyos diminutos de la zona y sentarse dentro.

En alguna ocasión también fuimos al mar, pero llegar nos llevaba media eternidad.

Les estuve comiendo el coco a Mamá y a Papá durante tres años para que montaran una piscina en nuestro jardín enorme para bañarnos Sophie y yo en verano.

El problema no era el dinero. Papá es abogado en la ciudad y gana bastante pasta. Y Mamá también gana dinero aunque no tiene que salir de casa para eso. En su día me costó mucho entender por qué mis padres, a pesar de eso, son tan rácanos. Hasta que me enteré del motivo. Decían que era de mala educación y poca consideración mostrar que se es rico. La mayoría de los vecinos tenían mucho menos que nosotros y no había que restregárselo.

Aunque no señalaran directamente a los padres de Sophie, no hizo falta.

Sé que las cosas en casa de Sophie son muy distintas. Su padre es albañil y su mamá no trabaja porque tiene que ocuparse de Sophie y de sus dos hermanos pequeños.

Puede que sea por eso por lo que Mamá y la mamá de Sophie queden cada vez menos. Mamá dijo el otro día que ella y Mona tienen vidas muy diferentes y que eso hace que la amistad se vaya enfriando, por muy amigas que hayan sido. ¿Será verdad? Yo más bien creo que los padres de Sophie nos tienen envidia porque no tenemos preocupaciones y porque vivimos en una casa mucho más grande que la suya.

Papá heredó la casa de sus padres y estos a su vez de los suyos.

Pero es verdad que, comparada con otras casas, la nuestra es enorme, aunque muy vieja.

Mamá dice que habría que pagar una porrada de dinero para sanearla y renovarla de arriba abajo, pero Papá no está por la labor. Quiere dejarlo todo tal cual está porque le recuerda a cuando era niño y a cuando aún vivían sus padres.

Mientras recorro los últimos metros que me separan de casa, me imagino cómo sería eso. Mi Papá de niño en esta casa enorme. Se hace raro. ¿Vería desde lejos, igual que yo ahora, a su madre colgando la ropa en el jardín o regando?

La idea me hace sonreír y entro muy despacio con mi bici por el portalón para observar a Mamá. En este instante está acuclillada en los macizos del jardín delantero y está tan concentrada que tarda en notar que he llegado. Le encanta la jardinería y, aunque a mí personalmente no me llama para nada la atención, de vez en cuando la ayudo a arrancar las malas hierbas.

Detengo la bici a la izquierda de la entrada, dejo la mochila en la gravilla del suelo, ignoro la mirada severa de Mamá, que ahora sí que me ha visto. Me regaña de inmediato:

—¡Anda con cuidado con la mochila! ¡Con lo cara que fue!

Cómo no, el dinero querido que hay que ahorrar, se me pasa por la cabeza.

A ver, que entiendo que no soporte que no ande con cuidado con mis cosas, que seguramente hayan costado un montón de pasta, pero que tenga que ser siempre tan tiquismiquis…

Me trago mi réplica y pregunto para calmarla:

—¿Quieres que te ayude?

Pero ella ni reacciona, solo me mira preocupada con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? Pareces triste.

—Solo es un poco cansancio —digo para restarle importancia y con la esperanza de que no insista en el tema.

Pero es justo lo que hace; me pregunta:

—¿Has hablado con Sophie?

—No pudo ser. Estaba enferma —miento. Admitir que le sigo dando vueltas al hecho de que mi mejor amiga me olvidara ayer sin

más, sería demasiado bochornoso.

Mamá frunce el ceño, me mira sorprendida.

—No lo entiendo. Mona me ha llamado hace un rato y me ha contado lo de Leonie. De lo que le pasó a su hermano y que por eso no pudo venir Sophie ayer. ¿Es que no te lo ha dicho?

Hago un gesto de rechazo con los hombros y me temo que me estoy poniendo como un tomate por no decir la verdad.

—Qué raro —dice Mamá sin quitarme los ojos de encima.

—A ver, ¿quieres que te ayude o no? —Mi voz suena caprichosa, como de bebé, pero Mamá me sigue mirando de manera tan penetrante que me siento al descubierto. Nadie me conoce tan bien como ella, ni siquiera Papá.

Una vez más, Mamá parece saber exactamente lo que me está pasando por la cabeza. No sé cómo, pero ella siempre identifica mi estado de ánimo. Incluso Sophie se ha dado cuenta de eso. En una ocasión dijo maliciosamente que Mamá es como una gallina clueca, siempre encima. Que era porque solo me tenía a mí.

—¿Es que no te parece triste lo que le pasó al niñito? —La voz de Mamá se cuela en mis pensamientos.

—Si no lo conocía —me defiendo enseguida y no entiendo que lo del niño le afecte tanto a Mamá, tanto que está a punto de llorar.

Mamá sacude la cabeza sin poder dar crédito, me mira como si yo hubiera hecho algo malo.

—¡Pero conoces a Leonie, va a tu colegio!

Yo asiento, bajo la mirada porque no quiero que Mamá vea que todo esto me da igual. Leonie y los demás idiotas de clase me los paso por el forro de los cojones, como dice Papá.

Si casi todos me ignoran. Y el resto me tortura con regularidad puntual. Leonie entre ellos.

Por supuesto, el hermano de Leonie no tiene culpa de que su hermana sea gilipollas, pero sienta bien saber que ahora está sufriendo por la muerte de su hermanito.

Eso no lo puedo decir en voz alta, claro. Mamá se cabrearía muchísimo si estuviera al tanto de mis oscuros pensamientos. Es casi como si en el fondo me tuviera un poco de miedo.

—Los padres de Leonie están destrozados, ¿sabes? Nadie debería tener que enterrar a su propio hijo —trata de apelar a mi conciencia.

Y entonces pillo por fin por qué reacciona de manera tan intensa a la muerte de un niño desconocido. No se trata del niño desconocido. En realidad se trata de mí. Lo que le pasó al niño me podría haber pasado a mí – eso es lo que le da tanto miedo. Y eso sienta tan bien como el abrazo fuerte que me da.

Me llega de inmediato su olor. El perfume que huele a flores mezclado con su olor corporal que, incluso tras haber estado varias horas trabajando en el jardín, no apesta ni de lejos como el sudor de Papá.

—Te quiero —me susurra y oigo sus latidos del corazón.

De repente me aparta, me mira.

—Mona dijo que Sophie tiene pensado pasarse hoy. ¿Te viene bien o tienes otros planes?

Pienso: ¿Qué otros planes voy a tener? ¿Es que Mamá cree acaso que tengo muchos amigos con los que pasar el rato? Pero no me veo capaz de decirle que para mí solo existe Sophie. Cuando no estoy con Sophie voy por ahí, sin rumbo, matando el tiempo hasta la hora de la cena.

—Nos hemos peleado —explico, con más acritud de la necesaria.

Pero Mamá sacude la cabeza con decisión.

—La vida es demasiado valiosa como para malgastarla con peleas. No quiero que te conviertas en una persona rencorosa como tu padre. Cuando llegue tu amiga, ¡os vais a sentar y a arreglar el problema!

—¿Sigues de morros conmigo? —pregunta Sophie y me mira mientras le cuelgan las piernas dentro del agua de nuestra piscina.

—¿De dónde sacas que estoy de morros contigo?

Ella suelta una risa tonta.

—Pues por cómo me miras…

—¿Y cómo te miro?

—Como con ganas de retorcerme el cuello.

Me encojo de hombros porque no sé qué contestar sin parecer imbécil. Pero por nada del mundo voy a admitir nada. Que piense lo que le dé la gana.

La sonrisa se esfuma de la cara de Sophie, vuelve a estar triste.

—Leonie me dio mucha pena —explica—. Tan solo quise distraerla un poco y por eso me quedé haciéndole compañía.

Murmullo algo, clavo la mirada en la superficie del agua, me paro a pensar en sus palabras. Pero no acabo de entender a qué se refiere. Hasta ahora siempre he pensado que ni Sophie ni yo soportábamos a Leonie. Y por eso no entiendo por qué ha preferido a Leonie antes que a mí.

De repente se levanta, respira hondo y me mira.

—¿Quieres saber lo que he averiguado?

A regañadientes le devuelvo la mirada porque ya me imagino lo que viene ahora.

—No es estúpida como pensábamos, ¿sabes? —prosigue Sophie —. De hecho, Leonie es bastante maja. A ti seguro que también te caería bien si la conocieras un poco mejor.

—¿Qué? —No me lo puedo creer. Esto es peor de lo que me imaginaba. Le clavo una mirada furiosa—. ¿Es que ya se te ha olvidado todo? Leonie siempre está cuando los demás montan su espectáculo miserable en mi contra. Incluso estuvo cuando Luca me hizo la zancadilla y casi me caigo por las escaleras. Aún oigo su risa de caballo.

—Bah, eso —dijo Sophie restándole importancia—. Ha dicho que lo siente y la creo.

—Ah, bueno, entonces… —digo, me levanto y doy los dos pasos hasta la base del trampolín, corro hacia el borde y me tiro al agua con las piernas encogidas.

Sophie y yo llamamos a este salto bomba culera y cada verano nos retamos a ver quién consigue el estallido más potente sobre la superficie.

Nado hacia la escalera, salgo de la piscina, arranco otro intento para llevarme el título mundial en bombas culeras.

—Me toca a mí —dice Sophie tras una sentida eternidad y se levanta para hacer lo mismo que yo. Por un momento planteo decirle «¡No!». Al fin y al cabo es mi piscina y el jardín de mis padres. Pero ¿y luego?

No, no puedo hacer eso. Sophie es la única amiga que tengo. No puedo ahuyentarla también a ella.

—Vale —digo y me encojo de hombros—. De todos modos no vas a poder superarme. —Y espero a que Sophie llegue a mi lado y se posicione para saltar.

Finalmente coge carrerilla y, aunque solo son tres o cuatro zancadas hasta el final del trampolín, me da la impresión de que consigue mucho más impulso que yo. Lo cual es una tontería si me paro a pensarlo.

Lo que pasa es que Sophie es capaz de coger mucha más altura que yo. En general, sabe hacer muchas cosas mejor que yo. Y aunque normalmente me da igual, hoy me molesta.

Con una punzada en el pecho observo cómo su cuerpo delgado sale disparado al aire y cómo a continuación impacta en el agua como una bala de cañón. Las salpicaduras que provoca llegan casi hasta los parterres de Mamá.

Cuando está de vuelta en la escalerilla, salgo corriendo yo, me impulso del trampolín con los pies, estiro los brazos hacia arriba, me encojo para convertirme en una bola y me dejo caer.

Pero nada más rozar mi piel el agua ya sé que no he conseguido superar el salto de Sophie.

Mira en mi dirección, saca los pulgares hacia arriba, pero veo en su cara lo que está pensando realmente.

¡Mindundi!

Lleva la palabra escrita en la frente, no tiene ni que pronunciarla.

Durante un rato nos turnamos saltando hasta que se me pasan las ganas. ¿Para qué seguir? No soy capaz de vencer a Sophie. Hoy no…

Justo cuando quiero proponerle jugar a otra cosa, se oye un ruido fuerte. Como un *plong* hueco y metálico, luego un crujido que da miedo. Me giro despacio, veo que Sophie está flotando en la

superficie mientras que el agua a su alrededor va cogiendo un tinte rojo.

No se mueve.

No emite ningún sonido.

¿Está… muerta?

La posibilidad no me asusta ni experimento tristeza.

En mi interior no hay nada, solo un vacío. Y un vago interés: ¿qué significa aquello?

¿Qué era eso que deseé hace unas horas en el colegio?

Que ojalá hubiera muerto Sophie en vez del hermano de Leonie.

¿Esto es culpa mía?

¿He sido yo quien ha causado esto solo por haberlo deseado?

Y en caso afirmativo, ¿qué posibilidades hay de que vuelva a conseguirlo otra vez más?

CINCO
ANNIKA

—Nena, hemos llegado. —La voz de Phil entró en su cerebro como amortiguada por niebla. Annika parpadeó y miró por la ventanilla. Pero, a pesar de la entrada iluminada, tan solo discernió el contorno de la casa que durante las próximas semanas se convertiría en su hogar.

Decepcionada por solo poder ver parte del jardín de la entrada, dejó vagar la mirada. Pero no había nada que ver, el resto de la propiedad estaba completamente a oscuras.

—Voy a adelantarme y saludar a Catrin —anunció Phil.

Annika asintió con la cabeza, desabrochó el cinturón de seguridad, respiró hondo. Por fin había llegado el momento de conocer a Linda, su suegra. Observó tensa cómo se abría la amplia puerta principal y salía una mujer delgada de unos setenta años, cómo se acercaba a prisa a Phil, lo envolvía en un abrazo.

A sus espaldas sonó un pitido monótono y de poca intensidad. ¡Lenny! Él y su Nintendo Switch era casi inseparables.

A sus diez años, su hijo ya tenía demasiados cachivaches electrónicos. Por ejemplo, la susodicha Nintendo y una Playstation de última generación, con pantalla enorme incluida – todo ello, regalos de la abuela. Su madre había mimado demasiado al nieto y le había cumplido los caprichos más caros.

Los dos estaban muy unidos y sabía que el niño echaba tanto de menos a su abuela como ella a su madre.

Tragó para desprenderse de tanta emoción fuerte y al mirar hacia fuera, elevó una oración al cielo. Deseaba de todo corazón que su hijo encontrara en la madre de Phil a una abuela que le aliviara un poco su dolor. Bastaba con que estuviera ahí para el niño.

Phil le había comentado que el derrame cerebral había causado daños considerables y que su madre ahora dependía de una silla de ruedas. Sin ella apenas lograba dar cinco pasos. Además, le había afectado al habla, ya que el coágulo había dañado casi por completo el lóbulo temporal.

A esto se sumaban los episodios en los que confundía recuerdos, olvidaba cosas, nombres y hasta acontecimientos importantes de su vida. No era demencia ni Alzheimer: todo se debía al daño cerebral provocado por una caída.

Annika no alcanzaba a imaginar cómo se sentiría aquella mujer ahora que, para colmo de males, también había perdido a su marido.

Se giró hacia Lenny en el asiento de atrás.

—Basta por hoy, jovencito, y ahora fuera, ¿vale?

—Jo, mamá —protestó Lenny—. Estoy en mitad de una ronda. Ahora no puedo parar o volveré a perder.

—Piénsatelo bien —le avisó y trató de transmitir severidad a su voz. Pero le resultaba casi imposible conseguirlo. No era capaz de negarle nada a su hijo, en ese sentido era como su madre. Esbozó una amplia sonrisa—. Las sobras para los últimos.

Lenny alzó la vista, frunció el ceño.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que voy a pedirme la habitación más guay. A no ser que seas más rápido que yo.

Lenny se lo pensó unos segundos, pero luego se apeó y corrió hacia la casa.

Siempre había sido un diablillo al que no le importaba lo más mínimo lo que opinaran los demás. Pero sobre todo era un niño feliz, alegre y muy pillo. Pero hoy, sin embargo, hubiera deseado que fuera un poco más comedido.

Phil no parecía haberse enterado de nada, estaba inmerso en la conversación con Catrin.

Annika decidió de momento solo coger su bolso de mano y presentarse ella misma. Ya buscaría a Lenny después para pedirle que al menos los primeros días se cortara un poco.

Se acercó a ellos, le sonrió a la mujer.

—Usted debe de ser Catrin —dijo, le tendió la mano a la mujer a lo cual esta contestó con un aluvión de palabras de las que no entendió ni la primera.

—Catrin no habla alemán —le recordó Phil.

—Lo siento. —Probó con el inglés, pero la mujer tan solo hizo un gesto de disculpa con la cara.

Annika miró a Phil.

—¿Inglés tampoco?

—Me temo que no —respondió él sonriendo, luego hizo las introducciones en francés.

Annika escuchó fascinada. Oír a su marido hablar en francés resultaba muy sexy, aun sin entender ni una sola palabra. Era un idioma que desde siempre le había resultado fascinante, a pesar de no haber llegado a aprenderlo nunca.

Miró a su marido.

—¿Te importa si os dejo solos y me meto en casa? Voy a coger unas cuantas cosas, pero las maletas pesadas te las dejo a ti. —Pícara le guiñó un ojo a Phil, se puso de puntillas, le dio un beso en la punta de la nariz—. Te quiero —le susurró antes de volver al coche y abrir el maletero. Sacó uno de los bolsos más ligeros. Luego recogió los peluches del asiento de atrás y emprendió el camino hacia la entrada de la casa.

Ya casi en la puerta, notó una mano en el hombro.

Annika se giró de golpe, vio a Catrin detrás de ella mirándola con un interés extraño. Una mezcla de curiosidad, lástima… y otra cosa más que no supo identificar.

Annika se detuvo desconcertada cuando Catrin le dijo algo que no entendió.

—Te está dando el pésame por tu pérdida —tradujo Phil. Luego siguió una pausa antes de que Catrin añadiera algo más, que

tampoco entendió.

Miró a Phil en busca de ayuda, pero este permaneció tenso y encogiéndose de hombros. Esta vez no tradujo nada.

Annika no supo cómo reaccionar. Acabó por asentir con la cabeza y le dio las gracias con un *merci*, una de las pocas palabras que sabía en francés.

Al ver que la mirada de Catrin se dirigía al mono horripilante de Lenny, se rio.

—Dile a Catrin que es inofensivo —le pidió a Phil guiñándole un ojo. Pero su marido no se enteró. Parecía estar inmerso en sus propios pensamientos.

—¿Cariño?

Sin reacción.

—¡Phil! —volvió a intentarlo, con un poco más de impaciencia.

Por fin la miró, alzó las cejas.

—Da igual —dijo ella—. Voy a entrar y saludar a tu madre. —A punto de subir el primer peldaño, oyó a Phil inspirar profundamente.

—Catrin dice que ya está durmiendo. Eso tendrá que esperar a mañana.

Annika gimió para sus adentros al pensar en el ruido que seguramente ya habría montado Lenny en el interior de la casa. Mejor pararlo antes de que despertara a la madre de Phil.

Pasó la mirada de Phil a Catrin.

—*Au revoir* —dijo amablemente, sin embargo, al darse cuenta de cómo la estaba mirando Catrin, se estremeció un poco.

Ya no era la lástima de hacía un momento. Los ojos de aquella mujer irradiaban un recelo flagrante.

SEIS
MIEDO

Un grito agudo me arranca de mi parálisis.

Llega desde arriba.

Entonces veo a Mamá salir corriendo de la casa. Sube por el solárium que construyó Papá, viene hacia mí, se detiene a mi lado y se queda mirando fijamente el agua y el cuerpo inerte de Sophie flotando en la superficie.

Yo, sin embargo, no consigo apartar la mirada del rostro de Mamá.

Está horriblemente pálida, casi blanca, y se le pueden ver las venitas azules. Está temblando de pies a cabeza.

Pero en eso aparta la mirada de golpe, se tira al agua, agarra la pierna de Sophie. Tira de ella, le da la vuelta a Sophie para que quede boca arriba. Luego le hace algo en la garganta. No lo veo bien – la observo en trance por la fascinación.

Al mirarme, veo lágrimas en sus ojos.

—No tiene pulso.

La voz de Mamá no es más que un susurro, suena frágil.

Sin poder evitarlo me vienen a la cabeza los floreros de cristal que colecciona. En una ocasión le rompí uno por retozar más de la cuenta.

Me acerco más al borde del trampolín, los ojos fijos en Sophie. Sigo sin entender muy bien qué acaba de pasar. Es como si estuviera viendo una peli. Resulta raro ver a Mamá llorar en silencio. Murmulla algo que apenas entiendo.

Algo así como *pesadilla*, pero no podría jurarlo.

Y entonces, Mamá me mira.

—Escucha. Tenemos que sacarla del agua. ¡Ya!

Yo no reacciono, solo me quedo observando sus esfuerzos, cómo arrastra a Sophie a lo largo de la superficie hasta el borde. Entonces se oye un golpe. Es la cabeza de Sophie que ha chocado con el borde de la piscina. Mamá sigue afanándose. Ahora coloca sus brazos debajo del cuerpo de Sophie, lo alza, intenta sacarlo del agua

—Tienes que ayudarme —gime con esfuerzo—. Sola no puedo.

Sus ojos reflejan miedo en estado puro. Se la ve tan desesperada e impotente. Nunca la había visto así.

Tengo que ayudarla, no puedo dejar que lo haga sola, entiendo por fin.

Me acuclillo, estiro los brazos, agarro a Sophie por los hombros para que Mamá solo tenga que subirla un poco más y empujarla sobre la madera de la terraza.

Ahora el cuerpo de Sophie yace a mi lado.

Pero yo solo puedo mirar a Mamá.

Observo cómo sale de la piscina, se arrodilla junto al cuerpo inerte y apoya la oreja en el pecho de este.

—Tengo que intentarlo —farfulla, luego coloca ambas manos sobre el pecho de Sophie y empieza a presionar.

Entre medias no deja de insuflarle aire por la nariz hasta que, llegado a un punto, para agotada y rompe a llorar desesperadamente. Me mira.

—Ve a casa, cariño, y tráeme el teléfono.

Me levanto y me pongo a hacer lo que me ha pedido porque cualquier cosa es mejor que seguir aquí.

Mientras que Mamá telefonea poco después, me quedo mirando el cuerpo sin vida de mi mejor amiga y espero a que por fin ocurra algo dentro de mí. Pero nada. Solo me preocupa Mamá. Y me da miedo lo que pueda pensar ahora de mí.

«Creo que se trata de una conmoción*»,* la oigo decir y noto su mirada clavada en mí.

No sé muy bien qué es una conmoción, aunque conozco la palabra. Pero si Mamá dice que es una conmoción, entonces es que lo es.

De repente silencio. Mamá ha finalizado la llamada. Extiende sus manos hacia mí, poco después me encuentro entre sus brazos, noto que me acaricia suavemente la espalda.

—No es culpa tuya —la oigo susurrar con voz ahogada—. Tú no tienes culpa alguna. Estabas en *shock*, ¿a que sí?

Me aparta un poco hacia atrás, se acuclilla delante de mí, me mira seria a través de sus ojos irritados por el llanto.

—¿Quieres decirme qué ha pasado?

Abro la boca, la vuelvo a cerrar, trago.

—Estabais saltando —me ayuda con voz temblorosa—. La última vez que miré por la ventana, no parabais de zambulliros. ¿Recuerdas si se resbaló?

Clavo mis ojos en los de Mamá, busco la diminuta mancha gris en medio de todo aquel azul, me pierdo en ella.

—Cariño —me insiste—. ¡Por favor, habla! ¿Se resbaló?

Por fin consigo decir algo, aunque suena más bien a un graznido, no parece mi voz.

—Sí. Sophie quería elevarse mucho y luego hacer una bomba culera —me oigo contestar—. Pero entonces se giró de lado en el aire. Se dio con la cabeza contra el borde de la piscina —explico. No sé si en realidad fue eso lo que pasó. Pero no pudo haber ocurrido de otra forma, ¿no?

—¿Por qué no pediste auxilio?

—La sangre tiñó el agua —suelto y recuerdo que esa imagen me prendó y fascinó.

—O sea que el susto te paralizó, ¿no podías ni moverte ni hablar?

Asiento con la cabeza. Si Mamá lo dice, entonces es que fue así.

—Tienes que contárselo tal cual a la policía, ¿me oyes? Diles eso y todo saldrá bien.

—Tengo miedo, Mamá.

Me mira y por una milésima de segundo se mueven sus párpados, eso solo ocurre cuando está nerviosa o en estado de pánico.

—Yo también —responde finalmente con tono neutro—. ¿Cómo voy a explicarle esto a Mona?

Cuento cuatro. Delante de la entrada a nuestra propiedad hay cuatro coches de policía. Más una ambulancia y el coche de los padres de Sophie. Su madre se desmayó al ver a Sophie. Un enfermero está ahora mismo atendiéndola. Su papá parece estar a punto de abalanzarse sobre Mamá. Y eso que ella no tiene culpa de nada, a pesar de que los policías no dejen de hacerle siempre la misma pregunta:

—¿Acaso no sabe que no se puede dejar a los niños sin supervisión en una piscina tan grande?

No comprendo la pregunta. Ni que fuéramos bebés.

De hecho, es lo que dice Mamá. O algo parecido, pero es verdad. Que sabemos nadar, que ella estaba haciendo la comida cuando pasó, pero que estaba pendiente vigilándonos por la ventana.

Empiezo a preguntarme por qué son tan duros con Mamá y me da miedo que puedan llevársela y encerrarla. Pero luego los polis la dejan tranquila.

Papá aún no ha vuelto. Pero está de camino, dice Mamá. Que ha dejado todo plantado y que debería de estar aquí de un momento a otro.

La agente de policía, una mujer algo mayor, con el pelo oscuro y canas, está ahora conmigo y me mira.

—Sophie y tú, ¿ya habíais jugado a esto antes? ¿A lo de tirarse a la piscina?

Yo asiento con la cabeza.

—Y hoy, ¿hubo algo que fuera diferente a otras veces? ¿Sophie dijo algo? ¿Que no se sentía bien? ¿Que estaba mareada?

—Solo estaba triste —digo honestamente.

—¿Triste? ¿Y eso por qué?

—Por lo del niñito.

La agente frunce el ceño.

—¿Qué niñito?

—El hermano de Leonie. Ha muerto y eso que solo tenía tres años.

La agente hace una mueca.

—Esa Leonie, ¿es amiga vuestra?

—Es amiga de Sophie.

—¿Tuya no?

—Sophie era amiga mía.

La agente hace un gesto de empatía.

—Lo sé, cariño, eso ya me lo ha dicho tu mamá. —Distraída mira hacia sus compañeros, que están precintando la piscina con unas cintas amarillas.

Luego vuelve a mirarme, muy seria.

—El papá de Sophie me ha contado antes que os habéis peleado, tu amiga y tú.

—Eso no fue ninguna pelea —digo yo y es también es verdad.

Sophie me hizo daño y he decidido que ya no puede ser más mi amiga. Eso, bien mirado, no es una pelea. Es solo que me he dado cuenta de que no puedo perdonárselo.

—Ninguna pelea. Entonces ¿qué fue? —pregunta la agente.

Me encojo de hombros.

—No lo sé —digo porque no se me ocurre qué es lo que quiere oír—. ¿Van a

arrestarme?

La agente abre sorprendida la boca.

—¿Y por qué debería hacer algo así?

—Como no ayudé a Sophie. Mamá dice que entré en *shock* y que por eso no podía moverme ni gritar. Pero sé que la omisión de auxilio es un delito grave.

—¿Y tú querías ayudarla? —pregunta la policía.

—No lo sé —respondo—. No era capaz de pensar, de moverme, y por eso no sé decir qué quería hacer y qué no.

La agente asiente con la cabeza, me dedica una sonrisa afectuosa. ¡Qué alivio! Parece que he dicho lo correcto.

Pero cuando de repente se oyen voces fuertes, el alivio se esfuma. Veo a Papá correr hacia Mamá y abrazarla, como si fuera ella la que se hubiera caído a la piscina y se hubiera hecho daño.

Y entonces me mira a mí, suelta a Mamá, viene hacia mí, me coge en brazos como si fuera un bebé y no pesara nada. Me abraza muy fuerte, se pone a llorar.

Me imagino que está súper aliviado de que no me haya pasado nada, que ese cuerpo sin vida tirado en el suelo, ahora cubierto con una lona, no sea el mío.

Vuelve a dejarme en el suelo, me mira primero a mí y luego a la agente.

—Ha sido un accidente, ¿me oye? Nadie ha hecho nada malo. —Su mirada vuelve a mí y me asusto.

¿Por qué me mira tan raro, como si quisiera transmitirme algo? Eso no me mola nada. *Porque es así, ¿no?*, parece estar preguntándome con la mirada y por primera vez en mi vida no consigo mantenérsela.

SIETE
ANNIKA

Notó un cuerpo pesado hundirse a su lado, en el colchón, una mano que se acercaba desde atrás, poco después una ligera presión contra la parte posterior. Al instante le entró calor. Se giró dentro del abrazo de Phil, bostezó disimuladamente.

—¿Llevas mucho rato despierto? —preguntó.

—Unas dos horas —fue la respuesta ronca mientras le deslizaba la mano por debajo de la camiseta.

Ella soltó una risita cuando él le hizo cosquillas en el pezón.

—He preparado el desayuno.

—¿En serio? Pensaba que…

—¿Sexo mañanero? ¿Antes del desayuno? Me encantaría, pero hoy no.

—Entonces ¿para mí qué hay? —preguntó ella sonriendo.

—Pues lo que siempre quieres, mi amor: tortitas, huevo revuelto con tostadas, *croissants*… lo que te apetezca.

Ella estiró el cuello, le besó la punta de la nariz.

—Me has convencido. Me quedo con todo y contigo también.

—Eso espero —fue la respuesta pícara.

—¿Y tu madre? ¿Ya se ha despertado?

—Hace siglos, como acaba de decirme.

—¿Tiene problemas de insomnio?

El rostro de Phil se ensombreció, suspiró.

—Según Catrin, está así desde la muerte de mi padre. Se pasa las noches dando vueltas en la cama, mirando el techo, como con la esperanza de seguirle pronto. Catrin dice que ha perdido las ganas de vivir.

Annika se giró del todo hacia él para poder mirar a su marido directamente a los ojos.

—Lo siento, Phil. Pero ahora nos tiene a nosotros. Ya verás, va a recuperarse de su duelo y a recuperar las ganas de vivir. Estoy convencida.

Una breve sonrisa trajo luz a su rostro, antes de volver a ponerse serio.

—Hay algo más. Ni me atrevo a decírtelo…

—¿Ha pasado algo?

—No exactamente. Pero voy a tener que dejarte a solas con ella durante un par de horas.

—Entonces sí pasa algo.

—No, no. Nada especial. Es solo que tengo que salir a comprar porque no hay casi nada en casa.

—Ah, bueno, pero eso no es ningún problema —dijo ella aliviada, ya contaba con lo peor.

—Si quieres, me encargo yo.

—Pero si no conoces la zona.

Ella se rio.

—¿Y para qué están los navegadores?

—No es solo la compra —explicó—. Tengo que hablar urgentemente con el abogado de mis padres. Hay unas cuantas cosas que hay que aclarar. Mi padre dejó un testamento escrito y quiero hacerme una idea de la situación económica de mis padres.

—¿Y eso es tan importante? Si acabamos de llegar.

—Creo que sí. Debería saber con qué medios cuento cuando me ponga a buscar asistencia para mi madre.

—Entiendo —respondió Annika, tragó con esfuerzo—. ¿Tu madre sabe que hemos venido por eso?

—Es una mujer inteligente, eso no ha cambiado con la enfermedad. Sabe que ni Catrin ni nosotros dos podremos

quedarnos aquí a cuidarla permanentemente. Y no cabe la menor duda de que necesita ayuda.

—¿Qué tal lo lleva?

—Parece aliviada.

—¿Le has hablado de mí?

—¿Para qué? Estás aquí. Dentro de unos minutos va a conocerte y creo que le hace mucha ilusión. —Se detuvo, preocupado frunció el ceño—. Solo te pido que seas amable y que no le comentes lo que pasó, ¿vale?

Un pinchazo agudo se hizo notar en su interior. Sus recuerdos más sombríos no tardaron en llegar. Era casi como volver a estar en aquel lugar oscuro en el que había estado hasta hacía unos pocos días. Tan solo la perspectiva del viaje inminente a Francia la había traído de vuelta a la luz.

Asintió con la cabeza y aceptó sin decir nada.

A base de fuerza de voluntad echó todo a un lado, lo alejó de su mente para concentrarse única y exclusivamente en el aquí y ahora.

—Explícame una vez más el estado exacto de tu madre para no equivocarme con nada. ¿Qué he de tener en cuenta cuando me quede luego a solas con ella?

—Apenas es capaz de hablar, pero aun así lo intenta —explicó Phil—. Si escuchas atentamente se pueden pillar algunas sílabas y palabras sueltas y a final acabas entendiendo lo que intenta decirte. En cuanto a su rutina diaria de higiene, se las va arreglando sola. Se lava lo mejor que puede, es capaz de vestirse sola, excepto ponerse las medias. Y al baño también consigue ir sin ayuda.

—¿Entonces en qué exactamente hay que ayudarla?

—Pues en todo lo demás —dijo Phil algo inseguro—. Tendremos que averiguar qué es todo lo demás. Su estado depende del día. Catrin dice que a veces le da la impresión de que sobra, que no la necesita para nada, y luego hay días que está hasta arriba de trabajo. Sea como fuere, mi madre no debe acometer ninguna tarea que pueda resultar peligrosa, como cocinar, por ejemplo. De vez en cuando parece que lo intenta, pero fracasa por culpa de la movilidad limitada. A Catrin le parece demasiado peligroso dejarla trajinar en la cocina o salir al exterior.

—De la cocina puedo encargarme yo, no hay mayor problema por eso —se ofreció Annika—. Siempre y cuando tu madre no sea demasiado delicada en lo que atañe a sus comidas, creo que será lo mejor para todos. Y si siente la necesidad de salir a tomar el aire, pues la acompaño.

Phil cerró aliviado los ojos.

—Gracias. Y gracias por cargar con esto.

Al volver a mirarla, su mirada seguía reflejando cierta inseguridad.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con voz suave, le acarició la mejilla —. ¿Alguna cosa más que debería saber o tener en cuenta?

Él le cogió la mano, le besó la palma, resopló.

—Sí, y será mejor que te lo diga cuanto antes.

—¿De qué se trata? —preguntó ella ligeramente alarmada.

—Esta mañana he llamado a unas cuantas residencias de la tercera edad para averiguar cómo andamos de posibilidades.

—¿Y no muy bien?

Él sacudió la cabeza y suspiró.

—Las dos residencias más cercanas están llenas y tienen una lista de espera kilométrica.

—Así que tienes que buscar algo más lejos… entiendo.

—En el peor de los casos, en una ciudad grande —dijo él rechinando los dientes—. Y eso no le va a gustar nada a mi madre.

Cuando media hora más tarde Annika entraba recién duchada en la cocina, lo hizo algo nerviosa. El primer encuentro con su suegra enferma era muy importante y no quería cometer ni un solo error.

Pasó la mano derecha por la pernera del mono que llevaba puesto, carraspeó nerviosa. Phil, que en esos momentos estaba accionando la cocina, se giró de golpe hacia ella y le sonrió.

—¡Aquí está! Mamá, te presento a mi bellísima esposa Annika.

Linda, sentada en la silla de ruedas junto a la cocina, la miró y también sonrió.

Annika, que había esperado encontrarse con una anciana, titubeó. Linda Bernard era una mujer atractiva que había conservado su aspecto juvenil y, dejando aparte el hecho de estar enferma, parecía darle mucha importancia a su imagen. Llevaba el pelo al estilo bob, teñido de rubio y era delgada como una chica. Al invitar sonriente a Annika con un gesto de la mano a que se acercara, esta se fijó en la manicura cuidada que lucía. Llevaba ropa negra porque seguía de luto, pero iba tan elegante que parecía estar a punto de salir de fiesta. En vez de llevar un chándal holgado – que sería lo que hubiera escogido ella en caso de encontrarse en el estado de Linda – su suegra llevaba un pantalón elegante con una blusa de gasa a juego. Pero lo que más la sorprendió fue ver que iba discretamente maquillada.

Miró insegura a Phil, luego se acercó a Linda, le tendió la mano.

—Encantada de conocerla por fin en persona, Linda.

Su suegra esbozó una boca, ignoró, sin embargo, la mano. En vez de eso extendió los brazos.

Annika le devolvió el gesto, le dio un fuerte abrazo a la mujer. Tras separarse, Linda se la quedó mirando con una mezcla de curiosidad y severidad. Luego abrió la boca y emitió un sonido que no supo interpretar. Le pidió ayuda a Phil con la mirada.

—Creo que quiere que os tuteéis —tradujo él con una sonrisa pilla.

Annika, sonriendo, aceptó con un gesto afirmativo.

—Por mí, encantada, Linda. Yo soy Annika, aunque tu hijo también me llama Anni.

—Ann... —salió de la boca de Linda mientras tomaba la mano de Annika y la miraba con ojos brillantes. Luego juntó los labios para formar otra palabra—. Apa.

Annika miró confundida a Phil y de nuevo a Linda.

—Creo que te he entendido —gritó aliviada—. ¡Has dicho guapa!

Linda asintió con la cabeza, soltó una carcajada sonora que recordaba más a una jovenzuela que a una mujer de setenta años.

—Muchas gracias por el cumplido —añadió Annika, le lanzó una mirada a Phil, que estaba asimilando la escena visiblemente emocionado.

—¿Empezamos? —preguntó y señaló la mesa, que ya estaba puesta y en la que no faltaba de nada.

Annika asintió.

—Pero antes tengo que subir un momento, ¿vale?

Salió corriendo de la cocina, subió las escaleras, se detuvo delante de la habitación que Lenny había escogido ayer como la suya. Era la antigua habitación de Phil según había averiguado. Apoyó con cuidado la oreja contra la madera de la vieja puerta y se quedó escuchando. No se oía absolutamente nada al otro lado. Abrió con cuidado la puerta, miró a través de una rendija hacia dentro, vio que su hijo seguía profundamente dormido.

De vuelta en la cocina, Annika se sentó, se sirvió tortitas, las untó con una buena capa de mermelada.

Mientras comía, notó la mirada de Linda clavada en ella y se sintió algo incómoda, aunque no supo explicar por qué.

—Ya le he dicho a mi madre que luego vais a quedar un par de horas a solas. Le hace ilusión pasar un rato contigo.

—He pensado que podríamos salir a pasear un poco —comentó Annika, sonriendo en dirección a Linda—. He leído en internet que el bosque de esta zona es mágico y precioso.

Linda se rio, dejó la cuchara con la que estaba comiendo el trocito que le había cortado Phil.

—Lentos —soltó por fin, la miró con simpatía.

—No entiendo —repuso Annika desconcertada.

—Mamá dice que no son más que cuentos.

—Ah, vale —respondió Annika con una sonrisa tonta—. Ya lo sé, pero, aun así, a mí esas viejas leyendas me fascinan. El Rey Arturo, su espada mágica Excálibur, la hechicera Morgana y el Portal de los Secretos. Me chiflan los mitos y me encantaría poder ver el lugar en el que supuestamente tuvieron lugar.

—Si quieres, puedes ir por la tarde. Mientras mi madre queda descansando un poco —propuso Phil.

Annika miró a Linda en busca de su opinión.

—¿Qué te parece, Linda? Podríamos explorar la zona juntas. Hace un día maravilloso y el aire fresco nos vendrá bien a las dos. —Linda ladeó la cabeza y Annika se fijó en las lágrimas de emoción que asomaron a sus ojos—. ¿Eso es un sí?

Linda se quitó con la mano sana un mechón de la cara y asintió con la cabeza.

Tras el desayuno, Annika se dispuso a subir para despertar a Lenny, pero Phil la interceptó al pie de las escaleras, la rodeó con sus brazos, la besó.

—Gracias —le susurró al oído—, por ser tan buena con mi madre.

—¿Y por qué iba a no serlo? —respondió Annika—. Es encantadora. Me pregunto cómo es capaz de aplicarse el maquillaje de forma tan perfecta con solo una mano funcional. Yo no lo consigo ni con dos manos sanas.

Él soltó una risita, la besó en la boca.

—Años de práctica. Siempre ha sido muy coqueta. La necesidad es la madre del ingenio, ¿no lo sabías?

Annika se desprendió del abrazo, lo miró seria.

—Para ser sincera, me imaginaba a tu madre muy diferente.

—¿Cómo?

—Pues, más parecida a la mía.

—¿Estás decepcionada?

—¡Qué va! ¡Para nada! Todo lo contrario. Parece mucho más joven de lo que realmente es. Es guapísima, lo que hace que su estado físico resulte todavía más trágico. Precisamente, como la veo joven y llena de vida, digo que su discapacidad parece aún más difícil de llevar. Ya sé que no tiene sentido lo que estoy diciendo, pero creo que entiendes a qué me refiero.

Phil asintió pensativo.

—A día de hoy me sigue costando verla en ese estado. Era una mujer fuerte y llena de vida. Pasaba por los sitios como un huracán,

dejando huella allí por donde iba. Le encantaba hacer cosas al aire libre. Ahora, sin embargo, se pasa el día sentada en su silla de ruedas, obligada a matar el tiempo como sea. A mí me da que le pesan más las limitaciones impuestas por la enfermedad que la muerte de mi padre.

Annika ponderó las palabras de Phil.

—Puede que sea una mezcla de ambas. Ya es bastante duro verse obligado a renunciar a la propia autonomía. Más que duro, devastador. Pero con la muerte de tu padre ha tenido que prescindir de otro elemento importante de su vida y de su pasado.

Phil esbozó una sonrisa.

—Me parece estar oyendo a la enfermera que hay en ti.

Annika le pellizcó juguetona el brazo.

—Largo de aquí, venga. Ya nos las apañaremos, prometido.

—¿Tengo que llamarla abuela? —quiso saber Lenny, aún medio dormido y deslumbrado por la claridad repentina que inundó la habitación.

—Claro que no —respondió Annika—. Haz como yo y llámala simplemente Linda.

Lenny asintió con la cabeza.

—¿En serio parece una dama?

Annika se rio.

—Un poco. Lo que está claro es que no es como te imaginarías a tu abuela.

Lenny hizo una mueca.

—Echo de menos a la abuela.

Ella le pasó la mano por la cara, asintió.

—Yo también la echo de menos. Pero ¿sabes qué? Puede que te lleves bien con Linda. Eso estaría genial, ¿no te parece?

—La abuela no estaba enferma, hablaba y jugaba conmigo.

—Lo sé, cariño, pero tenemos que intentar adaptarnos a la situación actual. Linda ha perdido a su marido, ella también está

triste. Puede que haya sido el destino el que nos haya juntado.

—¿Para qué?

—Tal vez para apoyarnos mutuamente.

Lenny asintió con la cabeza, aunque no muy convencido.

—No me gusta este sitio.

—¿Y eso?

—La casa da algo de miedo.

—Es que es antigua.

—Hace ruidos por la noche.

—¿En serio?

Lenny asintió fuertemente con la cabeza.

—Me levanté para ir a hacer pis y casi me meo del miedo.

Ella sonrió.

—Ya te acostumbrarás… y esta habitación… —se interrumpió, miró alrededor— está hecha a tu medida.

—¿A Phil no le importa que me quede en ella?

—¿Por qué no? A él no creo que le haga ya ilusión dormir en su antigua habitación.

—¿Tú crees?

—Sé incluso que le mola más dormir conmigo.

—¿Cosas de mayores?

Annika se rio.

—Eso es. —Le dio un golpecito cariñoso en el muslo—. Venga, a levantarse. Tienes que desayunar y luego vamos a salir a pasear con Linda.

—¿Y estás segura de que en esta casa no hay fantasmas?

Annika soltó una carcajada.

—Pero ¿desde cuándo crees en fantasmas?

—No lo hago —replicó Lenny—. Pero en esta casa da la impresión de que va a aparecer uno a la vuelta de la esquina solo para asustarme.

—Puedo afirmar que no he leído nada sobre la existencia de fantasmas por esta zona —dijo con una sonrisa bromista—. Pero el bosque que hay detrás de la casa está encantado.

—¡Bobadas! —gritó su hijo a la vez que saltaba de la cama.

—Te lo juro —dijo con la voz del convencimiento—. En él se esconde un portal que da a un mundo secreto.

—¿Como en la peli que vimos el otro día?

—Parecido.

Le siguió al cuarto de baño, donde se lavó con la punta de los dedos, luego volvió corriendo a la habitación para vestirse.

—Y ahora a desayunar —dijo ella, reteniéndolo cariñosamente por el brazo, dándole un beso gordo en la mejilla.

—¡Mamá! —protestó él picado—. Que ya no soy un bebé.

Cuando llegaron abajo, Linda estaba en el salón apretando las teclas del mando a distancia del televisor.

—Quiero presentarte a alguien —dijo Annika en voz baja para no asustar a Linda.

Observó a Linda maniobrar la silla de ruedas para girarse hacia ellos.

—Este es Lennard, mejor dicho, Lenny, mi hijo.

Linda la miró primero a ella, luego al niño, alzó las cejas, pero no dijo nada.

—Tiene diez años y el mes que viene celebramos su decimoprimer cumpleaños —explicó Annika y con la cabeza le hizo un gesto de invitación a Lenny—. Ve y saluda a Linda. No muerde.

Annika lo vio acercarse titubeante a la mujer, girándose constantemente hacia ella, como para asegurarse de que su madre seguía allí.

Ella lo animó con una sonrisa. Cuando llegó a la altura de Linda, se detuvo y le tendió obedientemente la mano.

—Mamá ha dicho que no tengo que llamarte abuela.

Annika inspiró hondo, tuvo que controlarse para no reprender a Lenny. Esperó y observó cómo Linda dirigía la mirada hacia ella, obviando a Lenny.

Sin emitir ningún sonido formó con los labios la palabra «perdón», pero Linda no reaccionó, tan solo la miró sin poder dar crédito.

—Creo que no le gusto —emitió Lenny en voz baja.

Ella frunció el ceño enfadada, pero se tragó la reprimenda que estuvo a punto de soltarle.

—No ha querido ofenderte —dijo dirigiéndose a Linda, consciente de su tono brusco—. Si a ti no te importa, Lenny también va a dirigirse a ti por tu nombre. ¿Te parece bien?

Su suegra abrió los ojos de golpe, luego sacudió la cabeza con vehemencia, hizo un gesto de rechazo.

Lenny se puso a llorar.

Annika le lanzó una mirada acusadora a Linda, se sintió completamente sobrepasada.

—Está… Ven, tienes que comer algo —acabó diciéndole a su hijo, lo cogió del hombro y lo sacó del salón. En el umbral de la puerta se volvió de nuevo hacia Linda.

Esta los estaba mirando con ojos sombríos. A pesar del calor que hacía, un escalofrío recorrió el cuerpo de Annika.

OCHO
PARA MAMÁ

—Pero ¿qué pintas son esas? —Mamá me mira con los ojos muy abiertos, llorando otra vez, cosa que no solo me parece gracioso, sino que también me cabrea.

Me cuelo a su lado, solo quiero desaparecer en mi habitación y que me dejen en paz. Pero no llego ni a las escaleras porque me coge del brazo y me detiene.

—Pero ¿qué ha pasado, cariño? Por favor, ¡tienes que hablar conmigo!

—Me he caído —gruño, incapaz de mirarla. Es más que evidente que no me cree ni una sola palabra. Pero noto su mirada ardiente sobre mí y no me queda otra que mirarla.

—¿Quién te ha hecho eso? —pregunta en voz baja y me doy cuenta de lo desesperada que está.

Niego con la cabeza, aunque sigo viendo a las das dos figuras delante de mí.

—Contrólate —farfullo con voz intencionadamente brusca—. En serio, solo me he caído.

—No es culpa tuya, ¿me oyes, cariño? Digan lo que digan y por muy crueles que sean contigo, tu no tuviste culpa alguna.

—Lo sé —murmullo—. Lo de Sophie fue un accidente, solo un accidente.

—Si me dices cómo se llaman los que te atacaron, puedo ayudarte, ¿entiendes? Papá puede ir a hablar con sus padres y yo voy a decirles a los profesores que no te pierdan de vista. Tenemos que asegurarnos de que al menos en el colegio y por el camino estés a salvo.

Yo tan solo sacudo la cabeza sin mucha convicción, sin embargo, no consigo impedir que siga hablando y mirándome consternada, los ojos dirigidos a mis vaqueros rasgados. Luego los alza hacia mis brazos, cubiertos de arañazos y moratones.

—Esto no puede seguir así —explica decidida—. Hay que hacer algo, sino aun vas a acabar en el hospital por culpa de esa banda de asociales.

Respiro hondo, reúno todas mis fuerzas para que Mamá no me note en la voz temblorosa lo mucho que me afecta todo esto.

—No, Mamá. Tranquila, no hay por qué alterarse. Estoy bien. En serio.

Cuando por fin me suelta, salgo corriendo hacia el piso de arriba, me atrinchero en mi habitación, cierro con llave y me apoyo contra la puerta como si con eso pudiera evitar que me siga.

Obviamente no funciona.

Ni un minuto más tarde oigo los pasos de mi madre acercándose, hasta que, cohibida, llama a mi puerta.

—La comida estará lista dentro de media hora, ¿vale?

—No tengo hambre —grito, observando el picaporte, pero esta vez permanece inmóvil. Espero que, después de tantos meses, Mamá haya comprendido por fin que no sirve de nada obligarme a hablar. No va a sonsacarme nada.

Oigo su suspiro amortiguado por culpa de la puerta, sus pasos lentos alejándose, luego el crujir de las escaleras mientras vuelve a bajar.

Sin fuerzas me meto en cama, me escondo bajo las mantas, cierro los ojos.

Desde que ha muerto Sophie, Mamá siente la necesidad insaciable de tener que hablar conmigo sobre ello. Cree que lo necesito para superar mejor el duelo. ¡Si la que más sufre es ella! Yo solo quiero olvidar. ¡Quiero olvidar a Sophie!

Pero no es tan fácil.

Está el día de su entierro. Espeluznante…

Es como si fuera ayer. Sigo viendo a Mona volviéndose loca. Cómo, hecha una furia, atacó a Mamá. La acusó no haber cumplido con su obligación de supervisión. Lo cual es una estupidez porque Sophie no se ahogó, sino que murió por un golpe en la cabeza. Eso lo dijo el médico forense.

Mamá pensó que Mona había reaccionado de manera tan exagerada por el dolor. Pero ya ha caído de la burra, todos nosotros hemos caído de la burra.

La familia entera de Sophie nos odia y nos culpa de lo ocurrido. Si al menos se lo guardaran, pero no. Aprovechan cualquier ocasión para poner a todo el mundo en nuestra contra y para hablar mal de nosotros. Es como si transmitieran su odio al resto de la gente como un virus malo. De repente es como si nos conocieran todos. Pero no en plan bien. Somos los proscritos.

Por un lado cotillean y hablan mal de nosotros a nuestras espaldas, por otro, nos ignoran cuando pasan a nuestro lado, como si no nos vieran. De vez en cuando nos llegan cartas en las que llaman a Mamá puta maldita o zorra estúpida. Dicen que ella es la culpable de que haya tenido que morir una niña.

Los peores son mis compañeros de clase. Es como si se hubieran puesto como objetivo acabar conmigo, por solidaridad con la familia de Sophie.

Todo esto resulta bastante duro y, si por Mamá fuera, nos mudaríamos. Pero está Papá. Él insiste en quedar, nos sermonea que huir no es la solución. Ni siquiera deja que cambie de colegio.

Cualquiera de las dos opciones sería lo mismo que confesar, le oí protestar el otro día. Desde entonces ya no se habla ni de mudanza ni de cambiar de colegio.

Cada vez que pillo a Mamá mirándome así de triste, me empieza a picar el cuerpo. Ojalá pudiera hablarle del plan que he trazado para acallar por fin a todos esos idiotas, para castigarlos por todo lo que nos están haciendo a Mamá y a mí.

Solo de pensarlo se me dispara el corazón. Estoy impaciente por llevarlo a la práctica. Y saber que se va a acabar pronto, me llena de

satisfacción.

El alivio me hace reír y de repente me muero de hambre. Hay que hacer algo para remediarlo. Me dirijo a la cocina, en la que mi madre está delante de los hornillos, con sacudidas en los hombros.

¡Otra vez no!

¡Estoy hartándome de tanto llanto!

Pero ¿qué puedo hacer yo?

La observo sollozar en silencio. Trata de ocultármelo, se limpia rápidamente la cara con la mano al oírme llegar.

La rodeo con mis brazos, hundo mi cara en su camiseta, inspiro su aroma, la aprieto lo más fuerte que puedo.

Ya solo quedan dos días más, me gustaría revelarle para consolarla.

Pero me lo callo, por supuesto. Aprieto los labios hasta formar una línea mientras la miro disimuladamente. ¡Me cuesta un huevo controlarme, refrenar mi ilusión y no sonreír!

—Puede que tu padre tenga razón al afirmar que nos dejarán en paz cuando haya transcurrido algo de tiempo y las aguas se hayan calmado un poco —susurra Mamá con voz rota.

Vaya, Mamá. Se te nota a leguas que ni tú te lo crees.

—Seguro que sí —le prometo, guardándome por qué lo tengo tan claro. Y no tiene nada que ver con calmarse las aguas.

Mamá me aparta un poco, me mira cariñosamente.

—Eres muy valiente, cariño, ¿Sabes que estoy muy orgullosa de ti? —Me acaricia la mejilla, esboza una sonrisa que no llega a sus ojos—. Aun así, no hay por qué tolerarlo todo, ¿me oyes? Tu padre podría hablar con los padres de esos niños. Les haría entender que si siguen torturándote así, podría haber consecuencias legales.

—¡No, Mamá, por favor, no! ¿Quieres que me tomen por un bebé gilipollas? —Frunzo el ceño—. ¡Si ya no me querían antes, antes de que pasara lo de Sophie! ¿Qué crees que pasará si os metéis Papá y tú? ¡Entonces seré el bebé de la clase para los siglos de los siglos!

—Pero ¿no ves que tengo que hacer algo, cariño? No me puedo quedar de brazos cruzados viendo cómo te humillan, cómo te hacen daño. Si eres un pedazo de pan que no le haría daño ni a una mosca.

Me asusto al darme cuenta del significado de eso.

¿Lo he entendido bien? ¿Mi propia madre me considera demasiado débil como para defenderme sin ayuda de nadie? ¡No puede hablar en serio! Noto la rabia apoderándose de mí, me suelto. A punto de protestar se me ocurre que esa imagen que tiene Mamá de mí será lo que dentro de muy poco me va a hacer falta.

—¿Sabes qué, Mamá? Combatir la violencia con violencia nunca es la mejor solución. —Pongo la guinda con una de esas frases sabihondas de Papá que tanto me tocan la moral.

En condiciones normales Mamá se partiría con mi imitación de Papá, pero esta vez mi intento lamentable de animarla no funciona. Tan solo me mira con ojos tristes y asiente.

—Lo sé —dice en voz baja.

La observo sin decir nada, me doy cuenta de que Mamá no puede sospechar bajo ningún concepto quién está detrás del infierno que va a estallar dentro de poco.

NUEVE
ANNIKA

—Las dos residencias que encontré ayer también están al completo —se quejó Phil—. La gerencia me dijo que de todos modos mandara una solicitud, que ya ellos se pondrían en contacto conmigo, pero estoy empezando a perder la esperanza.

Annika asintió con empatía.

—No queda otra que seguir intentándolo.

Phil suspiró.

—Ya van dos semanas, cariño. Y no he conseguido nada de nada.

—¿Qué pasa con esa agencia que proporciona asistencia en el hogar?

—También llamé, obviamente. De momento solo proporcionan gente para el cuidado de día, no para la noche. Pero nosotros necesitamos a alguien que se quede las veinticuatro horas del día con mi madre.

—¿Aquí no hay centros sociales con gente que se pasa varias veces al día? Al fin y al cabo, tu madre no es un caso serio de dependencia. Puede que con eso sea suficiente.

—Te basas en estos últimos días en los que se ha sentido muy bien, pero ¿y si empeora de nuevo? Cuando estaba Catrin, había días en los que apenas era capaz de salir de cama, en los que ni recordaba que Padre había muerto.

—¿La examinaron para descartar demencia o Alzheimer?

—Sí. No tiene nada de eso. El cerebro se vio muy dañado por el derrame a lo que luego se sumó el ictus. Según los médicos, su estado no es predecible. De ahí el problema. Tú misma has visto durante estas últimas semanas, que de vez en cuando se pone un poco… difícil.

Annika contempló la arruga de preocupación que se formó en la frente de su marido. Se le notaban las noches en vela, el estrés.

—En el peor de los casos nos la llevamos para nuestra casa y le buscamos con calma un sitio en una residencia en Alemania.

Él se sobresaltó un poco, la miró incrédulo.

—¿En serio sigues considerando esa opción?

Ella asintió.

—Veo lo mucho que te está afectando todo esto, así que: sí. Tu madre te importa mucho y yo quiero que seas feliz, a pesar de los problemillas que pueda tener yo con ella.

Se acercó a ella, la abrazó.

—Es una propuesta estupenda, cariño, pero no es tan fácil. Ya te he explicado cómo le afectaría. Lleva décadas viviendo en Francia, ama este país. Dudo mucho que permita que la arranquen de aquí. Por no mencionar que en Alemania tendríamos que pagarlo todo de nuestro bolsillo. Eso minaría enormemente mi presupuesto, lo que significa que primero tendría que vender esta casa. —Negó con la cabeza—. Hay que encontrar otra solución. —Su rostro se volvió pétreo de repente.

—Cariño, hay algo más que no me estás contando. Venga, ¡suéltalo ya!

—He intentado solucionarlo de otra manera, pero…

—Phil, ¿de qué se trata?

Él se mesó el cabello.

—Lo siento, pero tendré que volar a casa por un par de días para ver a uno de mis clientes. Se trata de una cantidad de seis cifras. No puedo aplazarlo ni dejar que se ocupe otro.

Ella sacudió la cabeza consternada.

—¡Precisamente ahora! ¿Y de verdad que no puede ocuparse ningún otro compañero?

—Me temo que no. Se trata de mi cliente. No puedo permitirme cabrearlo diciéndole que espere.

—O sea, ¿que tienes que irte y yo me quedaré sola con tu madre?

Él tragó y asintió descorazonado.

—Solo un par de días, tal vez tres. Cuatro como mucho.

—No puedo, Phil. De verdad que no. ¡Si ni siquiera le caigo bien a tu madre!

Phil la miró pasmado.

—Pero ¿de dónde sacas eso? Si parecía que os habíais caído bien desde el primer momento.

—Sí, eso pensaba yo también, pero cuanto más tiempo pasa, más raro reacciona ante mi presencia. ¿No te has fijado en cómo me observa a veces? Es como si deseara que le hubieras presentado a otra como nuera.

—Eso son imaginaciones tuyas, Anni. ¿Por qué iba a no quererte? No es ciega, ve lo feliz que me haces.

—¿Y Lenny? Con él se comporta como si no soportara su existencia. Cuando se lo presenté, se volvió loca y desde entonces Lenny le tiene miedo. —Se calló para dar con las palabras adecuadas —. Cuando ella está cerca, tú también te comportas de otra manera conmigo. Como más distanciado, a veces incluso, molesto, como si por mi culpa estuvieras bajo presión.

Él cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás.

—Puede que tengas razón, cariño. Por favor, perdóname. Ahora que estamos aquí soy realmente consciente de lo mucho que ha tenido que sufrir mi madre por no haberla visitado nunca, y solo por culpa de mi padre. Ni siquiera la llamaba con regularidad, siempre partía de la base de que mis padres se las estarían arreglando bien.

—No sé por qué te recriminas eso. Lo que cuenta es que ahora estés aquí. No hay madre que pueda desear un hijo más amoroso que tú.

—Pero están todos esos años en los que no fue así. Durante todo ese tiempo no perdí ni un solo minuto en pensar en cómo estaría mi madre, en que ya no nos veíamos. Acepté como un hecho que nos fuéramos distanciando. Echando la vista atrás, me doy cuenta de lo

mal que me porté y no puedo hacer nada para cambiarlo. Puede que en mi subconsciente intente ahora compensarlo y que reaccione con indignación al percatarme de que las cosas no funcionan así.

—Te estás fustigando demasiado. Al fin y al cabo, hemos venido para encontrar la mejor solución para ella. Una solución que le vaya bien. En mi opinión eso vale mucho. Además, tu padre lleva gran parte de la culpa de que se enfriara tanto vuestra relación. Si hubiese sido mejor padre, las cosas ahora serían muy diferentes. —Lo abrazó, colocó la mejilla contra el pecho de él.

Mientras inhalaba su aroma masculino, se preguntó por qué no encontraba el valor de contarle lo que realmente opinaba de la situación en esta casa. No era solo el distanciamiento de Phil, sino más bien el hecho de que en presencia de su suegra se sentía torpe, débil y necesitada. Lo cual no tenía ningún sentido porque era Linda y no ella la que estaba atada a una silla de ruedas y la que dependía de ellos dos. Así que tendría que ser por el comportamiento de Phil. Por cómo hablaba con ella cuando no estaban a solas.

Trató desesperadamente de explicar y cuestionar aquel comportamiento. ¿A qué venía aquel malhumor que sacaba Phil a veces? ¿Y a qué venía esa impaciencia repentina para acto seguido actuar de manera exageradamente afectuosa?

¿Y por qué con Linda presente se sentía ella casi siempre como la tercera en discordia? Como alguien a quien se le tolera, pero que no es bienvenido.

Alzó los ojos hacia Phil, parpadeó.

—Me da apuro lo que voy a decir ahora, pero tengo la sensación de que tu madre preferiría tenerte para ella solita. Y lo entiendo, comprendo por qué actúa de manera tan cariñosa y posesiva contigo, mientras que a mí me considera más bien un lastre. —Se calló para combatir las lágrimas—. Y claro que también comprendo tu papel en todo esto, puedo entender que quieras mantener el equilibrio y que por eso estés estresado. Pero puede que también solo sea… —Se calló, sollozó.

—*Shh*, cariño, no. —Phil la trajo de vuelta a sus brazos, le acarició la espalda—. ¡Soy un egoísta! No hago más que hablar de mi madre y de mí y me olvido por completo de cómo debes de

sentirte tú con este tándem madre-hijo cuando acabas de perder a la tuya. La echas de menos, ¿verdad?

Annika alzó los ojos hacia él, asintió desesperada.

—¡Cada maldito segundo! —Sin embargo, se calló que eso solo era parte del problema, que la mayor parte de su dolor se la llevaba el comportamiento de él para con ella.

Annika vio a Lenny ponerse los tenis en el pasillo.

—¿A dónde vas? —preguntó preocupada.

—A dar una vuelta —explicó él—. ¡Aquí dentro me aburro!

Annika esbozó una sonrisa.

—Te entiendo, pero no te alejes mucho de la casa, ¿vale? Phil está en el despacho arriba, aún le quedan un par de horas de trabajo. Y yo tengo que echarle de vez en cuando un vistazo a Linda y de paso preparar la cena.

—¿Qué hay para cenar? —quiso saber Lenny—. Espero que no otra vez verduras como el otro día.

—¿Qué tal espaguetis con salsa de tomate?

—¿Y con carne?

—Entonces sería salsa boloñesa.

—¿Y por qué no los haces con esa?

—Porque a tu abuela no le gusta la carne.

—¡Linda no es mi abuela! A mi abuela le gustaba la carne igual que a mí. Teníamos las mismas comidas favoritas.

Annika no pudo reprimir una sonrisa, aunque la pérdida de su madre seguía partiéndole el corazón.

La abuela de Lenny siempre decía que su comida favorita eran los filetes empanados con patatas fritas. Pero era mentira, solo lo decía para darle una alegría a Lenny. Lo que más le gustaba a su madre era el pescado, pero Lenny odiaba todo aquello que saliera del agua, incluso las gambas y los calamares rebozados.

Sonrió.

—Si quieres, le pido a Lenny que cuando pueda me traiga los ingredientes para tu plato favorito. A Linda le preparo otra cosa y listo.

A Lenny se le iluminó la cara, abrió la puerta.

—¿Vienes luego? —preguntó con medio cuerpo ya fuera.

—Por supuesto. Tan pronto haya dejado todo listo.

—¿Y puedes buscarme? —Lenny la miró con ojos pícaros.

—Vaya. Parece que alguien ha dado con el escondite perfecto…

Lenny soltó una risita.

—¿Y tú qué crees? ¿Apostamos a que no me encuentras?

—Ya se verá —respondió ella devolviéndole la sonrisa antes de que se cerrara la puerta.

—¿Puedo interrumpir un momento? —le preguntó a Phil metiendo la cabeza por la puerta entreabierta de su despacho.

Phil asintió sonriente, la invitó a entrar con un gesto de la mano. Al contrario que a la mañana, ahora parecía completamente relajado.

Se sentó en su regazo, le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Te falta mucho?

Él se encogió de hombros.

—Una hora, puede que hora y media. ¿Por?

—Quiero tomar el aire y me preguntaba si ofrecerle a tu madre que se venga conmigo.

—¿Qué está haciendo ahora?

—Ver la tele en su habitación.

Él ladeó la cabeza.

—¿Qué pasa, cariño? Te noto en la voz que estás un poco… cabreada.

—¿Cabreada? ¿A qué viene eso?

—A que solo estás fingiendo que todo va bien, pero no se me escapa que no es el caso.

—¡Bobadas!

—No creo. ¿Qué ha pasado ahora, Anni? ¿Otra vez mi madre? Venga, habla conmigo.

—Bueno, sí…

—¿Qué pasa con ella?

—Tengo la sensación de que me está evitando. Y no es la primera vez. Es como si cuanto menos contacto conmigo, mejor.

—¿Te lo ha dicho?

—En cierto modo. Cuando le he ofrecido antes que me hiciera compañía en la cocina mientras preparaba la cocina, me ha dado a entender que estaba cansada y que quería acostarse. Eso fue hace más de una hora, ¿vale? Y cuando pasé antes por delante de su habitación, la he oído reírse con algo de la tele.

—¿Estás cabreada porque está contenta? —Él la miró incrédulo.

Ella sacudió frustrada la cabeza.

—No porque esté contenta, sino porque a mí me despacha con una excusa estúpida y me miente descaradamente. Pero deja, ya sabía yo que no ibas a entenderlo.

—Cariño, —dijo él sonriendo—, ¿estás segura de no estar exagerando?

Ella se levantó de golpe, lo miró furiosa.

—¡Y ahora vas a decirme que son las hormonas! ¡Qué gilipollez!

Él se levantó, la cogió, la acercó a él.

—Estás embarazada, querida, y tienes las hormonas alteradas. Eso es un hecho. —Sacudió la cabeza con una sonrisa en la boca—. Al igual que el hecho de que mi madre es mayor y que de vez en cuando necesita su espacio.

—¡Pues que me lo diga!

—¿Acaso no lo hizo? ¿No te dijo que estaba cansada? Fue una manera educada de decirte que quería estar sola.

Annika suspiró. ¿Tendría razón Phil?

—¿Lo ves? Hemos resuelto el enigma —sonrió él.

Lo miró molesta, pero al final acabó riéndose también.

—Sí, puede. Es que como pronto voy a quedarme sola con ella durante unos días, mi idea era intimar con ella antes.

—Inténtalo de nuevo mañana y listo. O también podemos preguntarle luego si quiere hacernos compañía después de la cena,

si le apetece tomarse una copa de vino o ver una peli con nosotros.

—No es lo mismo ¡y lo sabes! Lo que yo quería era salir juntas a pasear un poco para charlar y conocernos un poco mejor. Y sí, ya sé que tu madre no habla bien, pero aun así quería intentarlo, ¿entiendes?

Él suspiró, frunció malhumorado el ceño, volvió a sentarse en la silla.

—Ya sé que tienes que trabajar —interpuso ella rápidamente y alzó las manos en un gesto apaciguador—. Y ya te dejo en paz, pero Lenny ha salido. Le he prometido que luego iría y jugaría al escondite con él. Por eso pensé que estaría bien que tu madre nos acompañara y de paso tomara algo el fresco.

De repente notó que algo se transformaba en los ojos de él.

—¡Ya está bien, Annika! ¡Para ya! Si mi madre quiere que la dejen tranquila, ¡pues acéptalo, joder! —La miró con gesto sombrío, se giró inesperadamente hacia la pantalla.

A Annika le pareció estar haciéndolo todo mal. ¿Acaso lo había molestado con su perorata?

Despacio emprendió la retirada, obligándose a callarse la boca.

—Cierra la puerta cuando salgas. —El tono de voz de Phil hizo estremecer a Annika. ¿Eran imaginaciones suyas o había articulado aquellas palabras con un tono frío como el hielo?

DIEZ
EL SUSTO

En clase muchas sillas siguen vacías. Con la mirada baja como siempre, me dirijo a mi sitio. Una vez en él, saco de la mochila mi estuche y la libreta, los tiro sobre el pupitre con la misma cara de asco de siempre.

Bien, listo. Nadie pudo haberse dado cuenta de que hoy no estoy como siempre. Con más ánimo. Casi feliz.

Desde que por el camino me crucé con la barrera policial, sé que mi plan ha funcionado. También se veían y oían a lo lejos las luces y sirenas de los coches de policía. A mi pregunta de qué había pasado los policías no quisieron contestar. Tampoco era necesario porque ya lo sé.

Ha habido un accidente horrible. Un accidente en el que podrían estar involucrados dos niños de mi clase. Solo de pensarlo me embarga una profunda satisfacción.

¿Qué les habrá pasado?

¿Se habrán roto todas las extremidades al salir volando por encima del manillar de la bici después de que a uno le fallaran los frenos y al otro se le saliera la rueda delantera de la horquilla?

Me cuesta no sonreír mientras me imagino a los dos pudriéndose en sus camas en el hospital, enyesados de pies a cabeza, mientras que fuera hace un calor de más de treinta grados a la sombra.

Repaso mentalmente mi lista: aparentar consternación, pero ¡sin exagerar! Todo el mundo sabe que esos idiotas no son precisamente amigos míos.

Si alguien me pregunta, mejor decir lo menos posible y andarse con ojo de no soltar nada que pueda delatarme.

Y procurar siempre aparentar horror, evitando contacto visual. Lo que me lleva de vuelta al punto número uno: no exagerar.

Al abrirse la puerta y entrar la Tanqueta Cabreada me doy cuenta al instante de que ha llorado.

Me muerdo la lengua para no soltar el gruñido que quiere escapárseme. Los ojos rojos por el llanto no encajan con esa tipa fría como un témpano de hielo. De hecho, hasta hace un momento creía firmemente que esa mujer no tenía sentimientos, ni corazón, por no tener hasta que no tiene sesera…

Vuelvo a bajar la mirada para evitar que nadie se fije en las comisuras de mis labios que quieren alzarse. Al volver a levantar los ojos, me atraviesa un susto de muerte. La Tanqueta Cabreada ya no está sola delante del pupitre del profesor. Está flanqueada por la directora del colegio y un policía. Los tres están muy serios, esperando a que entren por fin los más rezagados. Aparentemente, pero no.

Cuento cuatro sillas vacías.

—Vale, sugiero que vayamos empezando —dice por fin la profe. La voz va a juego con su expresión desencajada, con los ojos llorosos. Le tiembla la voz.

Si yo fuera policía, eso me resultaría sospechoso, se me pasa por la cabeza, y al instante tengo que luchar contra la risa tonta que me entra.

La Tanqueta Cabreada mira nerviosa al policía que tiene a su lado. Este le hace un gesto de asentimiento con la cabeza. Ella carraspea.

—Hoy por la mañana ha habido un accidente terrible —prosigue con voz apagada, vuelve a carraspear, traga—. Todavía desconocemos el alcance total de la catástrofe en la que se han visto involucrados varios estudiantes de nuestro entorno. Lo que sí

podemos es decir que desgraciadamente no pinta nada bien para ellos. Aún no sabemos…

—¿Qué ha pasado? —la interrumpe una niña de la segunda fila.

La Tanqueta mira al policía en busca de ayuda. Este asiente, se hace cargo.

—Aun no conocemos los hechos exactos, pero parece que en el accidente están involucrados dos bicicletas, un camión y varios coches —explica de manera bastante más objetiva.

—¿Hay muertos? —grita Liam, un niño rechoncho con flequillo repeinado. Se le notan las ganas de enterarse de un chisme sensacionalista. Es como si le encantara que en este pueblucho aburrido por fin pasara algo.

La Tanqueta le lanza de inmediato una mirada severa lo que en mí evoca la imagen de una picadora de carne. Creo que le encantaría hacer picadillo a Liam, por su falta de tacto y respeto.

El policía también lo mira, acaba suspirando despacio y asiente.

—Me duele tener que decir esto, pero sí. Efectivamente.

—¿Esto es necesario? —lo interrumpe la directora—. ¡Que son niños, por Dios! ¡Los más pequeños apenas tienen nueve años!

El agente se encoge de hombros, como queriendo decir que no importa porque por esta zona las noticias corren como la pólvora. Obviamente no lo dice, pero tampoco hace falta. El caso es que esta noticia va a dejar a más de uno con la boca abierta…

Mi alegría interior se desvanece de golpe al darme cuenta de lo que acaba de decir el policía.

¿Muertos?

¡Efectivamente hay muertos!

Se me acelera el pulso y sin poder controlarme alzo la mano.

La Tanqueta me mira con cara de fastidio.

—Tengo ganas de vomitar —suelto—. ¿Puedo ir al baño?

Ella asiente y yo salgo corriendo del aula en dirección a los lavabos.

Allí me atrinchero en uno de los cubículos. El wáter tiene manchas de pis, como siempre, y por todas partes hay restos de papel higiénico – algunos seguramente usados. Pero me da igual.

Me siento en el suelo, apoyo la cabeza contra la pared, cierro los ojos.

Se ve que con mi acción de anoche no solo he causado que los dos idiotas que siempre se están metiendo conmigo estén fuera de combate un par de semanas, sino que he provocado un choque en cadena. Un accidente en el que se han visto involucradas personas inocentes que tal vez han tenido que morir por mi culpa.

¡No te lances!, susurra la voz en mi cabeza. *Nadie va a enterarse jamás de que ha sido cosa tuya.*

Abro los ojos, respiro hondo cuando se me ocurre una de las frases favoritas de Papá: *En toda guerra hay daños colaterales.*

La usa de vez en cuando, cuando habla de un caso de divorcio especialmente feo y Mamá le pegunta por los niños.

Todo daños colaterales.

A diferencia de Mamá, a mí la frase no me parece tan horrible. Simplemente lo clava.

A veces es necesario que haya víctimas para lograr el objetivo. Por supuesto que hubiera preferido que las víctimas fueran André y Joe. Hubiese sido lo justo. Aunque ese no era mi plan. La idea era que se rompieran un par de huesos y sufrieran por todo lo que me han hecho pasar día tras día.

Ahora sí que se me escapa una risa tonta. Me tapo la boca, ahogo cualquier sonido de raíz, estoy pendiente de los latidos de mi corazón, miro furtivamente por la rendija de la puerta hacia la zona de los lavabos. Pero no parece haber nadie más que yo.

Suelto un suspiro de alivio, pienso en los dos gilipollas que con un poco de suerte pronto estarán bajo tierra, comidos por los gusanos.

Pues parece que es verdad que al final todo el mundo recibe lo que se merece. ¡Igual que Sophie!

ONCE
ANNIKA

—Jo, Mamá —se quejó Lenny—. ¡No estás jugando!

Por muy mal cuerpo que le había dejado la conversación con Phil, tuvo que contenerse por no soltar una carcajada al ver la cara indignada de su hijo al salir a rastras de entre los arbustos. Se le habían metido hojas entre el pelo, llevaba el pantalón y la camiseta manchados de tierra, la cara tan tiznada de barro que parecía que se la había embadurnado a propósito para camuflarse.

—Estaba a punto de mirar en los arbustos, en serio. Has sido demasiado impaciente.

—Esto es aburrido —farfulló Lenny y la observó con recelo—. ¿Qué te pasa? ¿Has llorado?

—No es nada, cariño. Solo estoy un poco cansada. —Annika apartó de la cabeza la reacción helada de Phil y el hecho de que prácticamente la hubiera echado de su despacho. Se obligó a sonreír y le dio un cachete cariñoso a Lenny—. Y ahora, venga. Vuelve a esconderte mientras me tapo los ojos.

—No, ya no me apetece. ¿Por qué no vamos al bosque? Has dicho que en él hay hadas y magos.

Annika echó un vistazo al reloj.

—Se ha hecho tarde para eso, cariño. El bosque es enorme y ya falta poco para la cena. ¿Qué te parece si lo dejamos para el fin de

semana? Podríamos hacer una excursión solos tú y yo y pasaremos el día en el bosque.

Lenny la miró escéptico.

—¿Prometido?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y ahora qué hacemos? Jugar al escondite es aburrido.

—¿Qué te parece si jugamos al «veo, veo» de los colores?

—Vale. Empiezo yo. —Miró alrededor y sonrió—. Veo, veo.

—¿Qué ves?

—Una cosita.

—¿De qué color es?

—Azul.

Annika se levantó, dio un par de pasos, se giró sonriendo hacia su niño.

—¿Las flores de allí atrás?

—¡*Boh*! ¿No ves que son lila?

—¿El cobertizo?

—Es gris.

—Vale, ¡ya lo sé! —dijo ella con sonrisa de satisfacción—. El cielo.

—No.

Miró a Lenny, frunció el ceño.

—Aquí no hay nada que sea azul.

—Sí. Fíjate bien. —La miró con ojos penetrantes y una sonrisa malvada.

—¡Mi camiseta! —gritó finalmente y soltó una carcajada sonora —. Ahora me toca a mí.

Se giró en círculo y su mirada quedó clavada en la casa. Mejor dicho, en la ventana de la habitación de Linda. Se giró hacia Lenny.

—Veo, veo.—¿Qué ves?

—Una cosita.

—¿De qué color es?

—Rosa.

—¿Rosa? —protestó Lenny—. Rosa es tonto.

—Da igual —replicó ella—. He visto algo rosa. ¿Qué es?

Lenny hinchó los carrillos, miró alrededor, parecía estar escaneando de manera sistemática el entorno. Por si las moscas,

también se inspeccionó a sí mismo. Luego soltó un suspiro de alivio tan profundo que la hizo reír.

—No somos nosotros —le echó un cable.

—¡Pero aquí no hay nada rosa!

—¡Hay un montón!

Lenny volvió a mirar hasta que se fijó en una bicicleta vieja que Phil había subido del sótano y que había sido de su madre.

—¡La bici! —gritó.

Ella negó con la cabeza y esbozó una sonrisa amplia.

—Pero si es lo único rosa… —Dejó la frase a medias, mirando fijamente la ventana que ella había escogido—. Las flores de la tercera ventana de la izquierda.

—Por fin —soltó ella riéndose—. Estaba empezando a pensar que no lo descubrirías nunca. —Al notar movimiento en la cortina detrás de las macetas, titubeó. ¿No era la silueta de la cabeza de Linda la que se veía a través de la tela fina de la cortina?

Alzó el brazo, saludó. Lenny siguió su mirada, luego también levantó el brazo.

La cortina se agitó de repente y apareció la cara de Linda.

Así que, no se había equivocado.

Su suegra los estaba viendo, pero no les devolvió el saludo.

Annika dejó caer el brazo, suspiró.

—¿Qué le pasa? —quiso saber Lenny—. ¿Por qué no saluda?

—No lo sé —respondió ella confusa—. Parece estar de malas o algo.

Lenny apartó la mirada de la ventana para dirigirla a su madre. Expresó sus dudas:

—No sé…

—¿Qué pasa, Lenny?

—Creo que me odia.

Annika se asustó, agarró a su hijo del brazo, lo atrajo hacia ella.

—Está enferma, cariño. Y la gente enferma a veces se comporta de manera rara. Y en el caso de Linda se le han juntado muchas cosas. Lo tiene complicado. Y es posible que sufra viéndonos a los demás jugando y saltando mientras que ella está atada a una silla

de ruedas. Pero eso no significa que sea mala o que no nos soporte, ¿vale?

Él asintió a regañadientes, se soltó, se giró de nuevo hacia la ventana.

Al ver Annika que Linda los seguía mirando, tragó. Lenny y ella estaban equivocados.

La cara de Linda no era de malhumor ni de repulsión…

Era una máscara.

Había abierto mucho los ojos.

¡El aspecto de Linda era el de pavor ante algo o alguien!

DOCE
ANNIKA

Había mandado a Lenny arriba a lavarse las manos y a cambiarse. Estaba a punto de ir a mirar cómo iba cuando la llamó Phil.

—Espera, cariño. Un momento solo.

Se giró hacia él, pero no dijo nada. No podía evitar seguir enfadada con él. Nunca le había hablado con aquel tono de voz de antes.

—Lo siento —se disculpó él contrito—. Lo que te he dicho antes no ha estado bien. Lo que pasa es que estoy estresado por el trabajo y por tener que irme dentro de poco, ¿entiendes? De momento es como si todo me superara.

Al instante se desvaneció su ira. Se apoyó contra el pecho de él, inhaló su aroma.

—Vamos a superarlo, ¿vale? Juntos. —Alzó los ojos hacia él, lo besó en la boca—. Puede que antes yo también me haya pasado un poco —admitió—. Lo único que pido de todo corazón es que tu madre y yo podamos ser amigas.

Phil alzó la mano, le apartó con cuidado un mechón de la cara, se lo colocó detrás de la oreja, le dio un beso en la punta de la nariz.

—Y lo seréis. ¡Seguro! ¿Recuerdas cómo te miró la primera vez que te vio? Estaba encantada con su nuera. Créeme, la conozco desde hace más tiempo que tú. —Le guiñó un ojo, se puso serio de

inmediato—. ¿Qué pasa, cariño? Hay algo más que te preocupa. ¿Qué es?

A punto de negarlo, se armó de valor.

—Antes, cuando estábamos fuera, la he visto en la ventana y la saludé con la mano. Estoy segurísima de que ella también me vio. Pero se quedó allí clavada, mirando fijamente en mi dirección, como si estuviera viendo a alguien que le diera mucho miedo.

Phil frunció el ceño.

—¿Quieres decir que crees que mi madre te tiene miedo?

—A mí o a otra cosa… —Calló, sacudió la cabeza—. Ya sé que suena raro. Disculpa, no quiero atosigarte con más cosas. Pero es que no consigo explicarme su mirada.

—*Hmm*, ¿sabes lo que creo? —Se paró, la miró pensativo—. Creo que simplemente se puso a mirar por la ventana sin ser consciente de lo que estaba viendo. Estaría ensimismada o no llevaría las gafas puestas.

Annika miró escéptica a Phil, suspiró.

—Tú siempre tienes una explicación lógica para todo. Siempre me dejas quedar como una tonta. —Resopló, asintió—. Seguramente tengas razón, como siempre.

La despertó un ruido.

Medio adormilada se incorporó y se puso a escuchar atentamente, pero no oyó nada. Excepto un silencio absoluto.

A punto de volver a dejarse caer en la almohada, oyó un llanto suave.

Asustada apartó las mantas, se levantó, miró a Phil, que dormía como un bendito sin enterarse de nada.

Se levantó con cuidado de no despertarlo, salió de puntillas al pasillo cerrando la puerta detrás de sí.

Se dirigió a la habitación de Lenny. Bajó con cuidado el picaporte, miró por la rendija de la puerta hacia la cama, suspiró aliviada al reconocer la protuberancia que formaba su cuerpo bajo las mantas.

Volvió a cerrar la puerta, bajó las escaleras, se topó con Linda en la cocina delante de la nevera abierta. Su silla de ruedas se encontraba en medio de un enorme charco de zumo de naranja mezclado con esquirlas de cristal. La pobre estaba llorando desesperadamente.

—Vaya —soltó Annika—. Espera que te ayudo.

Apartó la silla de ruedas con cuidado de no pisar los cristales, cogió un trapo del fregadero y limpió las ruedas lo mejor que pudo.

—Vuelvo enseguida —le dijo a su suegra, fue al cuarto de la lavadora que era donde se guardaban los productos de limpieza.

A los pocos minutos había limpiado aquel desastre y le estaba sonriendo a Linda.

—¿Ves? Todo en orden. ¿Quieres que te sirva un poco de zumo?

Pero Linda seguía sollozando por lo bajo. Parecía estar muy avergonzada. Apenas conseguía sostenerle la mirada a Annika.

—Linda, que no pasa nada —trató de tranquilizarla y le dio un apretón suave en el hombro—. ¿Qué te parece si nos preparo un té?

Linda seguía sin reaccionar, tan solo miraba al vacío.

Annika se acuclilló delante de la silla de ruedas, esperó hasta que se cruzaron sus miradas. Repitió la pregunta y esperó pacientemente hasta que Linda asintió levemente con la cabeza.

Annika, satisfecha, puso la tetera al fuego y preparó dos tazas.

—¿Te he hablado de nuestra boda? —dijo en un intento de levantar los ánimos y se sentó a la mesa frente a Linda.

Esta apenas reaccionó, tan solo la miraba. Pero Annika no dejó que eso la detuviera y prosiguió riéndose de paso.

—¿No te contó Phil lo que nos pasó delante del ayuntamiento? Seguro que no porque fue demasiado vergonzoso. Imagínate, Phil y yo posando para el fotógrafo y llega una puñetera paloma y me caga en todo el vestido de novia. —Recordó la escena todavía riéndose—. Ahora me río, pero aquel día no me hizo ninguna gracia. Aun así, Phil consiguió animarme diciendo que las cagadas de paloma traían suerte… —Se interrumpió, se levantó, vertió el agua que ya hervía en las tazas hasta cubrir las bolsas de té y volvió a sentarse a hacerle compañía a su suegra—. ¿Te imaginas lo cabreada que estaba? Mi vestido, que había escogido con tanto esmero,

completamente arruinado, mi humor por los suelos y ¿qué hace tu hijo? —Volvió a interrumpirse, sacudió la cabeza—. Sale corriendo para comprarme un quitamanchas en la tienda más cercana. Ese fue el motivo de que llegara con diez minutos de retraso a nuestra boda. Yo ya estaba desesperada, pensaba que en el último momento había cambiado de idea y puesto pies en polvorosa. —Al percatarse de que el rostro de Linda se estaba animando, Annika prosiguió—. Pero la cosa no quedó ahí… Más tarde, ya durante la celebración, ocurrió otro desastre. El colega de Phil que hizo de testigo gesticuló tanto mientras daba su discurso que sin querer hundió la mano en la tarta nupcial. Otra obra maestra sumamente cara arruinada.

Ahora Linda soltó una carcajada sonora, se rio hasta que le saltaron las lágrimas.

—Que no hubierais podido asistir entristeció mucho a Phil —dijo Annika en voz baja y miró seria a Linda—. Tú sobre todo eras la persona que más ilusión le hubiera hecho tener a su lado.

Linda hizo una mueca de dolor, asintió.

—Y por eso es tan bonito el hecho de que ahora estemos aquí. Phil te ha echado mucho de menos, ¿sabes? Habla maravillas de ti, te adora literalmente.

Su suegra sonrió encantada. Pero solo por un breve instante. En seguida tornó el gesto, se encerró en sí misma.

—Es por tu marido, el padre de Phil, ¿verdad? Era él el que no quiso venir a la boda. Mi madre hizo todo lo posible para hacerle cambiar de idea, pero en vano.

Linda la miró, abrió la boca.

—i… zón! —emitió y alzó un puño al aire.

Annika frunció el ceño, miró primero a Linda, luego el puño. Por fin empezó a entender.

—¿Quieres decir cabezón? ¿Que tu marido era demasiado cabezón como para dar el brazo a torcer?

Linda asintió contenta y Annika se sintió un poco orgullosa de sí misma porque por fin estaba logrando mantener una conversación de verdad con su suegra.

Los ojos de Linda volvieron a nublarse.

—Lo echas de menos, ¿verdad?

Asentimiento de cabeza.

Annika alargó la mano por encima del mantel, cogió la de Linda, le dio un apretón suave.

—Phil y yo vamos a hacer todo lo posible para hacer que tu vida sea lo más amena y agradable posible.

Linda sonrió con lágrimas en los ojos.

—Te quiere más que a nada en el mundo, ¿sabes? Dice que es tan feliz gracias a tener una madre como tú.

Annika notó que de hablar tanto de las madres se le estaba formando un nudo en la garganta. Tragó, carraspeó. Tardó en notar la mirada escrutadora de Linda clavada en ella.

Se enderezó, pero a su suegra no le pasó desapercibido que algo había cambiado, que una nube oscura pendía ahora sobre ellas como la espada de Damocles.

—Mi madre —explicó en voz baja—. La echo mucho de menos. Y en momentos como este es cuando más noto su ausencia.

Se calló al notar que la voz se le quebraba y que estaba a punto de romper a llorar. La mirada interrogante de Linda le bastó para darse cuenta de que acababa de cometer un error.

Phil le había insistido expresamente en no comentar nada sobre la causa de la muerte de su madre para no alterar a Linda. Por eso dijo en voz baja:

—Fue una desgracia. Una desgracia terrible.

Linda frunció el ceño, ladeó la cabeza, tan solo la miró.

Durante un rato largo.

No se movió, parecía estar a la espera de algo.

Al principio, Annika no supo cómo interpretar el comportamiento de Linda, pero comprendió.

Linda no la creía. ¡La había pillado!

TRECE
LOBOS Y CORDEROS

—¿Conocías a esos chicos? —quiere saber Padre a la cena y me mira con esos rayos X que tiene por ojos.

Me intranquiliza un poco.

Ya hace dos días del accidente. Dos días en los que sí me entró el canguelo de que la policía fuera a descubrirme.

Y ahora Padre con sus preguntas. ¿Qué le digo si luego quiere saber más cosas?

Vale, actué con mucho cuidado, trato de tranquilizarme. Y con astucia. No corté el cable del freno, sino que lo manipulé aflojando los tornillos. Y en la bici del otro idiota solo abrí media vuelta el tornillo de la horquilla delantera. Los tíos esos hacen las acrobacias más locas con sus bicis, solo para impresionar a las chicas y hacerse los guais. Para hacerlo, muchos tiran del manillar y van varios metros solo sobre la rueda trasera.

Tuvo que haber sido eso. El tornillo se desprendió y la rueda se soltó y cogió ruta y por eso el otro fue a parar de cabezas contra el asfalto. Su colega, que iba justo detrás, seguramente quiso frenar, pero, como cabía de esperar, el freno no funcionó. Al menos, eso es lo que me imagino que sucedió.

Con lo que no había contado yo era con que todo eso ocurriera en hora punta en una de las carreteras más transitadas de la zona.

La verdad es que no sé cómo ocurrió exactamente porque la radio macuto del pueblucho este funciona como el juego del teléfono *escacharrado*: todo el mundo añade algo de cosecha propia.

Es posible que el camión que venía de frente tuviera que frenar a fondo cuando se cayeron los chavales. Los otros coches fueron colisionando uno tras otro contra las bicis, dos de ellos, contra el camión atravesado en la carretera. Lo único que sé a ciencia cierta es que murieron tres personas, que al menos cuatro han sigo ingresadas con heridas graves en el policlínico.

—¿Ahora dormimos con los ojos abiertos o qué?

Con la sangre hirviéndome trato de volver a concentrarme en Papá, que sigue insistiendo—. Te he preguntado algo. ¿Conocías a esos chicos?

—Van en mi clase —contesto sin darle mayor importancia. Con Papá hay que tener cuidado con lo que se dice. Es muy listo y las caza al vuelo, debe de ser por su trabajo. Como es abogado está siempre con lo de las leyes y los derechos – no es nada fácil colársela.

Pero de momento, llega Mamá a mi rescate. Sacude la cabeza horrorizada.

—¡Por Dios! Pero ¿cómo es que no nos lo has contado?

—Si me he enterado hoy por la mañana. Sabía lo del accidente porque vino un policía a clase, pero no sabían exactamente a quién le había tocado.

Mamá me estudia a través de su flequillo, hasta que me doy cuenta de que mis palabras han sonado muy duras.

—A quién le había tocado —repite ella con desaprobación—. He oído que uno de los chicos ha muerto. Se cayó de la bicicleta y lo arrolló un camión que venía en sentido contrario. El otro tuvo más suerte, sigue vivo, pero está en coma. Ni idea de si volverá a despertar, y si lo hace, cómo…

Se calla, se tapa la cara con las manos, permanece petrificada durante varios segundos.

Sé perfectamente qué está pasando. Se está imaginando que podría haber sido yo. Pobre Mamá. Me levanto, voy hacia ella, la abrazo lo más fuerte que puedo.

Mamá es alguien capaz de imaginarse las cosas, las ve y las vive de verdad, como si fueran reales. Dice que es como si tuviera un cine en la cabeza… Supongo que todas las madres lo tienen en momentos como este.

Cuando me devuelve el abrazo, me doy cuenta de que Papá me sigue escudriñando con ojos serios.

¿Acaso sospecha que yo he tenido algo que ver?

No, eso es completamente imposible. Nadie me ha visto. Me escapé de casa en plena noche, cogí la bici e hice lo mío. Al volver, mis padres seguían dormidos.

Pero entonces ¿qué significa esa mirada rara suya?

Se la devuelvo, arqueo las cejas en gesto interrogante.

—¿Eran amigos tuyos?

—No.

—¿Tenías algún problema con ellos?

—¿A qué te refieres? —interviene Mamá.

—No te he preguntado a ti —la acalla Papá.

Mamá parece ofendida, pero él ni la mira.

A quien sí mira es a mí, esperando, casi al acecho.

—Se metían conmigo, como todos los demás —contesto ateniéndome a la verdad—. Ya desde el principio, pero desde la muerte de Sophie empeoró.

Mamá abre mucho los ojos.

—¿Eran esos los niños por los que últimamente volvías con tanta aflicción a casa?

—¿Qué significa aflicción? —pregunto, aunque sé perfectamente qué significa.

—Contesta a la pregunta y dejaros de bobadas —me espeta Papá cabreado. Me ha vuelto a calar y sabe perfectamente qué estoy haciendo.

Suspiro y asiento.

—Sí, eran dos de los niños.

Mamá extiende la mano sobre el mantel para coger la mía y apretármela con suavidad.

No sé a qué viene este gesto. ¿Quiere hacerme entender que está aliviada porque ahora ya no podrán torturarme? No, a Mamá

jamás se le pasaría algo así por la cabeza, ella solo quiere lo mejor para todo el mundo, cree en la bondad humana, siempre parte de la base de que los problemas al final se arreglan solos. Pero no…

¡Nunca se solucionan solos!

Noto que me está acariciando la mano con el pulgar, quiero mirarla, pero no puedo.

—Es posible que haya sido intencionado. —Por fin Papá ha soltado la bomba.

Mamá abre mucho los ojos, consternada.

—¿De dónde has sacado eso?

—Tengo mis fuentes —es lo único que dice Papá y suspira. Luego me mira. Me atraviesa con su mirada.

Sé exactamente lo que está pasando dentro de su cabeza.

Primero Sophie y ahora estos dos chicos. Y con los tres hubo problemas…

Se endereza, carraspea, entrecierra los ojos.

—¡Escúchame bien! Si se te acerca la policía para hablar contigo, no dices ni pío. ¿Entendido? Les dices que me llamen a mí. ¿Está claro?

Mamá suelta un quejido ahogado.

—¿Crees que podría darse el caso?

Papá asiente sombrío.

—Hay muchas personas involucradas en el accidente, hay muertos y heridos graves. Como exista la más mínima posibilidad de que las bicicletas hayan sido manipuladas, ¡la primera puerta a la que van a llamar será la nuestra!

Traga, baja la mirada, como si estuviera reflexionando sobre algo muy importante. Por fin levanta los ojos, que se agarran como una ventosa a mi cara. Es como si quisiera a la fuerza, solo mediante su fuerza de voluntad, penetrar en mi cabeza y leer su contenido.

Luego algo cambia en su mirada.

Veo oscuridad.

Me asusta.

Abre la boca, la vuelve a cerrar.

Sigue mirándome, sin más. Por dentro estoy empezando a retorcerme de dolor bajo su mirada.

—Bueno, yo lo haría —es lo que de repente sale disparado de su boca. Luego se levanta de golpe, se marcha de la cocina.

CATORCE
ANNIKA

—¿Puedo preguntarte algo? —quiso saber Annika dirigiéndose a Phil, el cual estaba saliendo del cuarto de baño. Estaba desnudo, tan solo llevaba una toalla envuelta alrededor de la cadera.

—Deja que adivine… No sabes cómo impedir lanzarte sobre este cuerpo escultural y por eso quieres pedirme que me vista lo antes posible. ¿Tengo razón?

—Sí, me cuesta, sin lugar a duda —le siguió ella la broma y le acarició juguetona el pecho.

Él volvió a meterse en cama, la besó.

—Soy todo tuyo…

Ella se rio, le hizo cosquillas, luego se puso seria.

—Es por tu madre. Anoche estuve charlando con ella.

Él se la quedó mirando.

—Anda, por eso no estabas en cama cuando me desperté. Pensaba que estarías en el cuarto de baño.

Annika resumió en pocas palabras el pequeño accidente de Linda y la conversación subsiguiente que había tenido lugar a pesar de la barrera lingüística.

—¿Y la pregunta es...?

Annika lo miró pensativa.

—Linda quería saber qué le había pasado a mi madre. Me atuve a lo acordado y no le conté lo que pasó realmente.

—¿Y?

—Bueno. Conoces a tu madre mejor que yo, seguramente sepas lo perspicaz que es.

—¿A qué te refieres?

—Tuve la sensación de que no me creía, ¿entiendes? Me miraba como diciendo: «Vale, y ahora desde el principio, pero ¡esta vez sin mentiras!»

Phil sacudió la cabeza, se levantó de la cama, la miró con gesto sombrío.

—Cariño, te estás imaginando cosas, como siempre.

—No estabas ahí —se rebeló ella—. Estoy convencida de que tu madre sospecha que hay gato encerrado, que le he mentido.

—¡Bobadas! No le has mentido, tan solo no le has dicho toda la verdad, y eso por su propio bien.

—Entonces, ¿no lo sabe?

—¿A qué te refieres?

—¿No sabe que no fue un accidente?

—¡Claro que no! ¿Por qué iba a pedirte que no le contaras nada si luego voy yo y se lo cuento a tus espaldas? Eso no tiene sentido.

Ella suspiró, se encogió de hombros.

—Es que cuando me miró de aquella manera me sentí como pillada haciendo algo malo.

—A ver, entiendo que esa horrible historia de tu madre te persiga. Su muerte no te suelta, la echas de menos y se te nota. Cada vez que hablas de ella, tu gesto se ensombrece, refleja tu dolor. Estás sufriendo. Mi madre no está ciega, lo ve. Seguro que por eso sospecha que hay algo más.

Annika asintió. Phil había conseguido neutralizar sus dudas una vez más. Al menos un poco. Trató de controlarse. Si seguía insistiendo ahora en sus sospechas de que Linda sabía más de lo que les hacía creer, tan solo conseguiría enfadar a Phil.

—Oye, ¿y cómo reaccionó a lo de mi embarazo? —dijo para cambiar de tema.

—Haces cada pregunta… —exclamó él y le notó en la cara que volvía a relajarse—. Se volvió loca de alegría. Por cierto, fue justo el día después de nuestra llegada. —La estudió, le cogió la barbilla para obligarla a mirarlo—. Di, ¿por qué preguntas eso ahora? ¿Sigues dudando?

—*Bah*, solo por saber…

—Por favor, Annika, sé sincera conmigo. ¿No seguirás con eso de que no te soporta? ¿O sí?

Ella suspiró.

—Cariño —Phil reajustó la toalla, volvió a meterse en cama—, mi madre hace mucho ya que te adora. Y disfruta con nuestra presencia aquí. Créeme, por favor.

—Entonces ¿por qué no sale casi nunca de su habitación? Si ni siquiera come con nosotros. Se aísla deliberadamente…

Él suspiró ligeramente.

—Sí. A mí eso también me duele, pero puedo entenderla. Mira, se ve impedida por culpa de la parálisis, su habilidad motriz fina está afectada. Las comidas representan un desafío para ella. —Se interrumpió en busca de las palabras adecuadas—. Era una mujer muy orgullosa, preciosa, fuerte, con éxito laboral. Una madre maravillosa. Lo que pasa es que ahora le cuesta aceptar que ya no es una persona independiente. Eso es duro de asimilar y de conciliar con su orgullo, con la imagen que le gustaría seguir teniendo de sí misma.

—Pero si sigue siendo una mujer preciosa —objetó Annika.

—Sí y le cuesta lo suyo en su estado. Pero hay muchas cosas que ya no puede hacer sola. Tengo que cortarle la comida en trozos pequeños y aun así le cuesta masticarlos. Puede que le resulte incómodo comer delante de otras personas no mermadas en sus capacidades. A eso súmale que nosotros cuando comemos no paramos de hablar y que ella no puede participar en la conversación. Si lo piensas bien, no dejamos de recordarle que para ella ya nada es como era y por eso prefiere refugiarse en su propio mundo.

Annika asimiló las palabras y reflexionó, al fin asintió. ¿Acaso no le había dicho ella algo parecido a Lenny? Pero precisamente esa era la cuestión.

—Puede que tengas razón, cariño, es solo que… Tenía la esperanza de que fuera algo así como una abuela para Lenny. Una abuela de verdad, como lo fue mi madre. Obviamente soy consciente de que por culpa de sus males tiene sus limitaciones y no se la puede exigir tanto. Aun así, sería bonito si pudiera hacerle algo más de caso. Es un niño y no entiende por qué lo trata con tanta frialdad. Para entenderlo, él intentó justificarlo con que es por culpa de la enfermedad y no suya. Echa mucho de menos a mi madre y por eso a veces busca el contacto con la tuya. Anhela su atención.

De nuevo volvió a aparecer una sombra en el rostro de Phil mientras la miraba pensativo. Finalmente, carraspeó.

—Pero eso no se puede forzar, cariño. Sé que te cuesta dejar que fluyan las cosas que no puedes controlar, pero en el caso de Madre acéptalo como es.

Ella se apartó un poco, notó cómo la rabia brotaba en ella.

—¿Acabas de decirme indirectamente que soy una madre helicóptero?

A él le hizo gracia aquello.

—A mí me lo parece. Y el hecho de que tú misma hayas interpretado de esa manera mis palabras, lo confirma.

—¡Apuesto lo que sea a que tu madre era igual que yo! O como lo fue mi madre toda su vida conmigo… Solo porque queramos a nuestros hijos por encima de todo y solo queramos lo mejor para ellos, no significa que seamos como gallinas cluecas. —Cogió aire, se sentó en la cama, tiró de la manta hasta la barbilla, a modo de escudo—. ¿Sabes lo que pienso? Puede que lo que pasa es que tu madre tiene un problema con el hecho de que ahora estés casado. ¿Se te ha pasado por la cabeza en algún momento? Las madres tienden a adorar a sus hijos varones y tener que compartirlos con la esposa puede resultar frustrante.

Lo miró echando chispas por los ojos, vio la sonrisa que intentaba asomar a los labios de él. ¡No la estaba tomando en serio! Se estaba burlando de ella.

—Phil, no estoy bromeando. Estoy hablando muy en serio. Linda tuvo que renunciar a ti durante muchos años y ahora vas y traes una esposa. Es muy posible que no sea capaz de soltar a su hijo.

También podría ser que esté cabreada porque piense que soy yo la que quiere mandarla a una residencia.

—Ahora sí que estás diciendo tonterías, cariño, y lo sabes. —Phil la miró con una mezcla de incredulidad y lástima—. No peleemos más, por favor. Para ser sincero – y espero que no te tomes a mal tanta sinceridad – tu madre siempre me recordó un poco a la mía. —Su expresión cambió de repente y por un momento Annika creyó ver lágrimas en sus ojos—. Esa fue la razón de por qué adoré a tu madre desde el primer instante, ¿entiendes? Yo también la echo de menos. ¡Cada maldito segundo!

Annika apartó la manta a patadas, se levantó, abrazó a Phil.

—Lo siento, cariño. No pretendía ser insensible ni montar una competición de madres. Es solo que… —No pudo reprimir un sollozo —. No lo aguanto más. Ese malnacido sigue suelto por ahí, campando a sus anchas, contento y despreocupado ¡y la policía no hace nada de nada! ¿Por qué no hacen su maldito trabajo?

QUINCE
ANNIKA

—¿Me ayudas a recoger? —le preguntó a Lenny, que estaba metiéndose el último bocado de carne en la boca.

Le había pedido a Phil que comprara algo de pollo y luego había preparado su especialidad: san jacobos sin rebozado con verduras y patatas al horno.

A Phil le encantaba como cocinaba y se había zampado la comida en un abrir y cerrar de ojos y había vuelto a subir a seguir trabajando un poco más.

—Un poco de ayuda me vendría muy bien la verdad —repitió Annika.

—Jo, mamá. ¿Tiene que ser? Quiero jugar o ver una peli.

Annika se plantó delante de su hijo negando con la cabeza.

—Y yo no quiero que te comportes como un pachá, escaqueándote siempre de las tareas de casa.

—¿Como Phil?

Ella se rio.

—Phil no es ningún pachá y tampoco se escaquea, sino que está trabajando en su despacho y ganando dinero.

—Puede que algún día yo también gane dinero como el tío ese de YouTube…

—¿Te refieres al jugador profesional? ¿No habíamos hablado ya de eso? Ese tío es una excepción, no la regla. No hay prácticamente nadie que puede ganarse la vida jugando, ni hacerse rico. Y por eso tú vas a aprender una profesión de verdad. Y esa enseñanza incluye echar una mano en casa desde ya y entender que la vida no se compone solo de jugar y aventuras.

—Todavía soy un niño. No tengo que entender nada —farfulló Lenny.

Annika le tendió sonriendo un paño haciendo caso omiso de sus refunfuños.

—Venga, trae —dijo Lenny con gesto sombrío, cogió el paño y el primer plato.

—Y si ahora, además, me pones buena cara, puede que hable con Phil para que el fin de semana nos lleve a la playa.

—Pensaba que íbamos a ir de excursión al bosque encantado.

—Y lo haremos. Pero, como eres un tío listo, sabrás que hay un sábado y un domingo.

—¿Vamos al bosque y a la playa?

Annika le dedicó una sonrisa conspiradora.

—Creo que sí. Hablaré con Phil. Seguro que nos va a hacer el favor y haremos una excursión de verdad. La semana que viene tiene que irse por un par de días y eso significa que nos quedaremos los tres solos.

—¿Solos con Linda? ¿Solo tú y yo? —Lenny la miró dubitativo—. Eso no va a salir bien. ¡Se va a liar parda! —gritó con voz teatral, como para imitarla.

Annika lo salpicó con el agua del fregadero.

—Venga. Largo de aquí, pequeño tahúr.

Lenny formó un puño de victoria y desapareció.

Mientras ella seguía ocupándose de los platos, se puso a pensar qué les traerían los días sin Phil. Tan solo de imaginárselo le entraba la zozobra. Sin Phil se mermaban las ganas de vivir. Pero al menos aún le quedaba su hijo.

Suspiró, tomó una decisión.

Terminó yendo a la habitación de Linda y llamó a la puerta. Esperó unos segundos antes de accionar el picaporte.

—¿Se puede? —le preguntó a su suegra—. ¿O molesto?

Linda sonrió, hizo un diminuto movimiento con la cabeza.

Annika se alegró, fue hacia ella, se sentó en un sillón a su lado.

—Gracias por concederme unos minutos —le dijo sonriente.

La respuesta fue un movimiento de hombros apenas perceptible.

—Pasa lo siguiente: Phil y yo todavía no tenemos un nombre para el bebé. ¿Te lo puedes creer? —Le pareció ver algo parecido a una sonrisa en el rostro de Linda—. Aunque también es cierto que aún no sabemos si va a ser niño o niña. Queremos que sea una sorpresa. ¿Ya te lo ha comentado Phil?

Linda asintió y ahora, efectivamente, sonrió.

—¿Qué te parece si nos ayudas a encontrar un nombre tanto para niño como para niña? Así estaremos preparados.

Linda frunció el ceño, se encogió de hombros para mostrar su impotencia, luego señaló la boca.

—Sí, ya sé —la tranquilizó Linda rápidamente—. Pero se me ha ocurrido algo para que nos salga a pesar de todo. Yo te voy diciendo nombres y cuando diga uno que te gusta, alzas la mano.

Ahí estaba otra vez: la sonrisa de Linda.

Annika se alegró y le guiñó un ojo.

—Vamos allá.

Dijo varios nombres de niño observando a Linda para interpretar cualquier movimiento. Al llegar al nombre de Samuel, Linda movió el dedo índice.

—¿Te gusta Samuel?

Asentimiento de cabeza.

Annika tomó nota y sonrió ensimismada.

—¡Samuel! A mí también me gusta ese nombre. Se puede abreviar a Sam… Sí, es un nombre genial.

Luego enumeró varios nombres de niña que le gustaban y una vez más se movió la mano de Linda al llegar al nombre de Emma. Annika se rio.

—Justo ese era mi favorito. A Phil le gusta más Emily, pero seguro que llegaremos a un acuerdo. —Respiró hondo—. ¿Lo ves? Ya te dije que nos las arreglaríamos.

Linda se limpió una lágrima de emoción que había surgido en el borde del ojo y por una milésima de segundo Annika fue inmensamente feliz. Por fin estaban conectando. Le entraron ganas de darle un fuerte abrazo de agradecimiento, pero se contuvo. Su relación todavía era demasiado frágil para eso.

—Tu hijo está súper emocionado con la llegada del bebé —le contó a su suegra—. Parece un niño pequeño deseando que llegue el gran día.

Linda alzó la mano sana, la colocó en el pecho, lo que debía de significar que a ella le pasaba lo mismo.

Annika sonrió emocionada y decidió contarle más cosas.

—Cuando el padre biológico de Lenny nos dejó en la estacada de la noche a la mañana, para mí fue un golpe muy duro. Nunca quise ser madre soltera. Pero no me quedó otra, tenía que arreglármelas como fuera. Llegó el momento en que empecé a conocer a otros hombres, pero la cosa nunca llegaba más allá de una o dos citas. Tan pronto les revelaba que era madre de un niño pequeño, desaparecían. —Se aseguró de que Linda seguía atenta—. ¿Quieres saber cómo conocí a Phil?

Otro movimiento ligero de la cabeza.

Sonrió feliz al recordarlo.

—Para mí fue como un sueño, yo, que ya había dejado de creer en ellos. Phil me conquistó al instante. —Se calló, respiró hondo—. Incluso mi madre lo aceptó desde el primer momento y lo quiso como a un hijo. Me dijo: «Agárralo fuerte, no dejes que se vaya nunca más.»

Annika tragó para controlar la ola de emociones en su interior. Lo que le estaba contando a Linda, eran confidencias de lo más profundo de su corazón. Carraspeó, inspiró hondo.

—Phil no es solo un hombre maravilloso y una buena persona. Es sobre todo un padre amoroso. Nunca ha dejado que Lenny se sintiera diferente por no ser su hijo biológico. Y por esa misma razón mi hijo adora a Phil. Y Phil, tu hijo, está como loco por…

Un estruendo interrumpió a Annika.

Sorprendida se quedó mirando los restos del frutero de cristal que hasta hacía unos segundos había estado en la mesa entre

ambas y que ahora yacía hecho añicos en el suelo.

Miró consternada a su suegra, se sobresaltó.

Linda estaba temblando de pies a cabeza.

¿Estaría dándole uno de sus ataques?

Annika se levantó de golpe para cogerle la muñeca y comprobarle el pulso, pero su suegra se apartó. La estaba mirando con los ojos muy abiertos.

¿Era rabia lo que había en sus ojos?

¿Odio?

¿Aversión?

No fue capaz de identificarlo, pero una cosa sí que sabía a ciencia cierta: su suegra había tirado el frutero a propósito. La cuestión era: ¿por qué?

DIECISÉIS
FARSA

Mamá y yo estamos en el jardín, tomando limonada casera y disfrutando de los últimos rayos de sol del día. No hablamos, permanecemos en un silencio tranquilo que se desvanecerá tan pronto llegue Papá a casa. Últimamente está insoportable y creo que es por lo del accidente. Desde que sabe que los dos niños muertos iban en mi clase, ve fantasmas por todos los lados y tiene la paranoia de que lo espían.

El otro día llegó a casa y pensó que yo estaba en mi habitación, pero me enteré de todo lo que estuvo cuchicheando con Mamá: está convencido de que la gente se lo queda mirando.

Mamá lo lleva mucho mejor. Le dijo que eran imaginaciones suyas. Que dejara de preocuparse. ¿Y qué le responde él? «Claro, para ti es muy sencillo, pero la reputación que está en juego es la mía.»

Y siguieron. También hablaron de mí. Que si la policía llegaba a sospechar de mí, entonces él podría ir despidiéndose.

Ahí fue cuando me metí en mi habitación de verdad. Esas peleas constantes de mis padres resultan insoportables. Y van a más. Siempre es él quien empieza. Se ve que así compensa el miedo ante lo que supuestamente podría venirnos encima. Es como si solo

hubiera un único tema de conversación – el horroroso accidente en el que perdieron la vida varias personas.

Incluso en el colegio no se habla de otra cosa. Todo el mundo va por ahí haciendo conjeturas locas y todos sospechan de todos. En serio, ¡menudo rollo! Me imagino que en el entorno de Papá pasará algo parecido.

Papá está convencido de que un día de estos la policía va a llamar a nuestra puerta.

Miro a Mamá. Ha cerrado los ojos y tiene la cara enfocada hacia el sol poniente. Ella es la que más sufre con el malhumor de Papá porque tan pronto se tambalea la paz familiar, ella se siente mal.

Ojalá pudiera calmarlo, por el bien de Mamá, decirle que no tiene por qué preocuparse. Que la policía – da igual lo que dure la investigación – jamás va a encontrar pruebas que demuestren al cien por cien que el accidente fue consecuencia de un sabotaje.

Oigo a lo lejos el ruido de un motor. Mamá, que también pareció haberlo oído, tan solo pestañea adormilada. Se levanta, me mira.

—Voy a entrar, cariño. Tengo que preparar la cena.

—¿Qué hay?

—*Gulasch* de ternera con puré de patata.

—Jo. ¿Cuándo vas a hacer algo que me guste a mí? —me quejo, miro a Mamá con cara de mala leche.

En vez de enfadarse conmigo por protestar por la comida, se ríe, me acaricia el pelo.

—¿Prefieres *pizza*?

Asiento con la mosca detrás de la oreja.

—Me queda una en el congelador. Si quieres, la meto en el horno.

—No, deja. Que luego Papá protesta porque a mí me haces algo aparte.

Mamá hace una mueca, sin embargo, no dice nada.

Ella se mete en casa, yo quedo para repantingarme en el balancín del jardín, observó a Papá subir con el coche por la entrada y finalmente, apearse.

Veo al instante que está de mejor humor que los días de atrás.

En una mano lleva la americana, en la otra el maletín y viene hacia mí. Se sienta frente a mí en una de las sillas de jardín.

—¿Todo bien?

Asiento suspicaz.

—Ya he hecho los deberes.

—Bien.

—Y le he ayudado a Mamá en el jardín.

—Mejor incluso. —Me mira muy serio—. ¿Alguna vez reparaste tu bici sin ayuda de nadie?

Lo miro, niego con la cabeza.

—¿Por qué iba a hacerlo? Si todos los años llevas las bicis a que las revisen en el taller? Además, yo no sabría hacer algo así. —Levanto las manos, sonrío—. Si tú mismo dices siempre que tengo dos manos izquierdas.

Hace una mueca, suspira.

—Está bien, cariño. Era solo para asegurarme. Hay un montón de cosas que pueden salir mal, ¿sabes?

Alzo las cejas.

—¿A qué te refieres?

—El accidente —me explica mi padre—. Hoy me he enterado de que pocos días antes de la tragedia el padre de uno de los niños le reparó no sé qué en el cable Bowden. Parece que no apretó bien los tornillos. Y en el caso del otro niño se desprendió la rueda delantera porque estaba siempre haciéndole cosas a la bici. Se ve que este accidente horrible ocurrió solamente porque un hombre y un niño se creyeron mejores mecánicos de lo que en realidad eran.

Tengo que controlarme para no soltar una carcajada. Con los ojos muy abiertos miro a Papá.

—¡Qué faena! —emito, espero que con voz lo suficientemente triste para sonar convincente.

Papá asiente con la cabeza.

—Puede que esos niños fueran terribles y malvados contigo, pero no se merecían eso. Nadie se merece algo así. —Suspira—. No quisiera estar en la piel de ese padre… Pensar que un hijo mío ha muerto de manera tan salvaje solo por no saber apretar dos diminutos tornillos…

Asiento, miro sin mirar nada en concreto a la vez que en mi interior se desencadena una tormenta. Lo único que asimilo es que por fin estoy a salvo. Me he librado. No es que lo pusiera en duda en ningún momento. Pero ahora que parece seguro al cien por cien me apetece echarme un baile de celebración y alivio.

Papá se levanta, me dedica una última mirada penetrante, como si supiera que mi rostro cariacontecido no es más que una farsa. Parece aliviado y desconfiado a la vez. Es como si a pesar de todo siguiera buscando en mi cara algún indicio de que se ha equivocado conmigo, que todos están equivocados. Pero sigo con mi pantomima, incluso me sale una lágrima de cocodrilo.

Al final me sonríe de corazón.

—Te quiero, cariño. Lo sabes, ¿verdad?

Lo miro, asiento.

—Y yo a ti.

Esto de mentir se me da cada vez mejor.

DIECISIETE
ANNIKA

La despertó un ruido. Annika se incorporó adormilada y vio que fuera todavía estaba todo oscuro. Tuvo que mirar dos veces hasta reconocer la silueta de Phil. Maldiciendo por lo bajo, rebuscando en un cajón.

—¿Se puede saber qué estás buscando en mitad de la noche? —le preguntó medio dormida—. ¿Qué hora es?

Él se giró de golpe.

—Lo siento, cariño, no quería despertarte. Aún no son las cinco.

—No importa —lo tranquilizó ella—. Yo también voy a levantarme, así podré disfrutar de tu presencia el máximo tiempo posible.

Él soltó una risa tonta.

—Ni que fuera a marcharme varios meses. Que solo van a ser un par de días, mujer.

—Ya, pero voy a echarte igualmente de menos. Y no lo digo solo porque no sé cómo va a funcionar lo de tu madre.

—Tú, como siempre, preocupándote demasiado —dijo Phil—. Mi madre se pasa gran parte del día en su habitación. Tiene su propio baño. Apenas vas a verla. Llévale la comida o ayúdala si quiere prepararse un té. Cuando vayas a salir, pregúntale si necesita algo. Y

ya está. No hay más. Si a mí también me echa cuando le ofrezco mi ayuda para vestirla o desvestirla.

—¿Y si le da un ataque durante tu ausencia? ¿O si empeora?

—¿Qué va a pasar con lo que tú no puedas? ¿Tengo que recordarte que eres enfermera? ¿Quién, si no tú, va a saber lidiar mejor con cualquier urgencia?

—Cierto —admitió ella a regañadientes—. Pero en mi trabajo me ocupaba de desconocidos. Los enfermos eran mis pacientes. Linda es mi suegra y ninguna desconocida, eso me complica las cosas. Hay una relación más cercana, me falta la distancia con la que manejarme de manera profesional.

—Estoy convencido al cien por cien de que vas a estar a la altura. ¿Qué fue lo que pasó el fin de semana? No conoces la zona, pero insististe en hacer una excursión y, como yo no tenía tiempo, cogiste el coche y arrancaste sin más, tú sola. Te pasaste todo el día fuera y cuando volviste a la noche estabas encantada y no parabas de enumerar todos los sitios en los que habías estado.

Annika sonrió feliz. Sí, había sido un gran día. Le había prometido a Lenny una excursión, un día de aventuras y senderismo. Juntos habían paseado por el bosque de Brocelianda, visitado la tumba del Gigante – un megalito –, luego habían seguido en busca de la tumba de Merlín. A continuación su hijo se había empeñado en querer ver también la casa de Viviane – otro monumento megalítico en el que supuestamente vivía un hada.

A Lenny le había decepcionado un poco haber quedado sin tiempo para ver el Portal de los secretos, pero la cola para comprar las entradas era demasiado larga como para esperar durante horas bajo un sol abrasador.

Se había tenido que conformar con la espada Excalibur. Durante al menos diez minutos había intentado en vano sacarla de la roca.

Ahora el plan era el siguiente fin de semana visitar el Bosque encantado de Huelgoat.

Ella hubiera preferido ir a la playa antes que al bosque, pero llegar a ella, incluso con poco tráfico, llevaba casi una hora. En plena temporada, con todo lleno de turistas, el doble.

Apartó las mantas, se levantó.

—Va a salir todo bien —dijo, esforzándose por sonar despreocupada.

Phil la atrajo hacia él, la abrazó.

—¡Esa es mi Annika! Te las vas a arreglar perfectamente.

Ella apoyó la cabeza en su hombro, inhaló su aroma.

—¿A qué hora tienes que irte?

—Algo antes de las siete. El vuelo sale a las once y me lleva casi dos horas llegar al aeropuerto de Nantes.

—Entonces voy a bajar a preparar el desayuno.

—No hace falta, cariño. No tengo hambre. Ya comeré algo en el aeropuerto.

—Pero si allí todo es carísimo.

Él sonrió divertido.

—Tampoco es que sea tan pobre. Para comprar un *croissant* debería de llegarme. ¿Por qué no te vuelves a meter en cama y sigues durmiendo un poco más? Antes de arrancar, subo a despedirme.

Estuvo a punto de protestar, pero lo dejó.

Linda seguramente ya estaría levantada, deseando disfrutar de la compañía de su hijo antes de que este se marchara por varios días.

Volvió a la cama, bostezó con ganas, cerró los ojos y ya casi se había dormido cuando Phil desapareció en el cuarto de baño.

—Tengo que irme. —La voz suave de Phil le llegó desde muy lejos al subconsciente. Pues sí, había vuelto a quedarse dormida. Parpadeó, se incorporó, dejó que le diera un fuerte abrazo, le devolvió la mirada seria—. Vas a poder, ¿vale?

Ella forzó una sonrisa.

—Claro. Si tú lo dices.

—Nada de si yo lo digo, cariño. Vas a poder y punto.

—Venga, lárgate —dijo todavía adormilada, le dio un golpe cariñoso en el hombro—. No vaya a ser que pierdas el avión por mi culpa.

La besó una última vez en la boca.

—Mi madre ya está levantada y se ha quedado mirando la tele.

—¿Ya ha desayunado?

—Sí. Le he llevado yo el desayuno. Así que, quédate en cama y duerme.

—Ya veremos —respondió ella, se estiró—. La verdad es que para ser tan temprano me siento bastante en forma. Bien puedo levantarme y bajar.

Observó a Phil mientras este salía por la puerta, lo saludó una última vez antes de que se cerrase la puerta.

Suspiró y se dejó caer en las almohadas, intentó no pensar en el día que estaba por arrancar sin su marido al lado. ¿Qué había dicho Phil? *Tú, como siempre, preocupándote demasiado.*

¿Sería cierto? No le había dicho nada a Phil sobre lo del frutero de cristal que una Linda furiosa había barrido de la mesa.

Tú madre ha tenido un pequeño traspié, había comentado en vez de eso. Se había levantado y limpiado aquel desastre, granjeándose una mirada interrogante de su suegra.

¿Por qué no le contaste lo que ocurrió realmente?

¿Porque quería ahorrarle más preocupaciones a Phil? ¿O por un mecanismo de autodefensa?¿Había querido evitar quedar siempre como la nuera protestona?

Era un cliché que nunca le había gustado y por eso siempre lo había rechazado.

¿Se había ido por eso de la habitación sin articular ni una sola palabra más? ¿Por eso había rehuido el contacto con Linda durante todo el fin de semana?

No tenía ni idea de cuáles habían sido sus motivos. Pero si por ella fuera, seguiría así, evitando a Linda. Sin embargo, tras la marcha de Phil no le quedaba otra que volver a acercarse a ella.

Y puede que fuera lo correcto. Asintió para sí misma, decidió reparar la tensa relación con su suegra. Phil estaría encantado si, a su regreso, las dos efectivamente hubieran logrado hacerse amigas. Y para decir verdad, ya habían compartido momentos de cercanía. Se basaría en ellos para seguir forjando la amistad.

Se levantó llena de energía, fue al cuarto de baño. Al mirarse en el espejo, hizo una mueca. Luego puso las manos sobre la barriga, se guiñó un ojo.

—Malo será que entre los tres no consigamos domar a esa vieja bruja.

—Venga, cariño. Entremos y ven a ayudarme con la cena.

Lenny la miró consternado.

—¿En serio?

—Si no quieres…

—No. Prefiero quedarme fuera. Ya entraré cuando la comida esté lista.

Annika le dedicó a su hijo una mirada de fingida decepción.

—Pues nada. Tendré que preparar los diez platos del menú yo solita.

Él gruñó.

—A mí me basta con patatas fritas.

—Te las haré cuando estemos en nuestra casa, ¿vale? Linda no tiene freidora y las del horno no saben igual. ¡Tú mismo lo dijiste!

Lenny hizo una mueca de frustración, frunció pensativo el ceño.

—Vale, entonces *pizza*.

—Ya es demasiado tarde para eso, señorito. Ya solo para que fermente la masa se necesitan una o dos horas.

—Jo, Mamá. Que no quiero otra vez verduras. Quiero comer comida de verdad.

—¿Quieres que prepare unos sándwiches? Si les ponemos queso fundido son casi como una *pizza*.

—Vale —aceptó Lenny no muy convencido. Se quedó mirando la punta del zapato.

—¿Qué pasa? Si tú no eres de los que protestan siempre por la comida.

—Esto es súper aburrido. Y la casa me da miedo. Está llena de esquinas oscuras. Y de noche cruje todo.

—¿Es por Phil? ¿Porque no está?

—Es un hombre. Si entrara un ladrón, él al menos podría protegernos.

—Aquí estamos completamente apartados. ¿Quién iba a venir hasta aquí a hacernos daño?

—¿Y si sí? ¿Acaso nos va a defender Linda? ¿Va a perseguir al ladrón sentada en su silla de ruedas y atizarle con el mango de la escoba?

Annika soltó una carcajada sonora.

—¡Pasas demasiado tiempo jugando cosas raras en tu consola! Venga, pasa para dentro. Ahora vas a ayudarme a preparar los sándwiches. Si por culpa tuya se me van los planes al traste, lo menos que puedes hacer es echar una mano.

—¡No hay manera! —gritó Lenny al volver a entrar en la cocina.

Annika lo miró, alzó las cejas.

—¿A qué viene eso?

—Le he preguntado a Linda si quería cenar con nosotros. No quiere.

—¿Ha intentado hablar contigo?

—Apenas me ha mirado. No dijo ni pío. Estuvo todo el rato mirando la tele. Así que me piré.

Annika suspiró, dejó los dos últimos sándwiches en la bandeja, reflexionó.

—Vale —dijo finalmente—. Voy a probar yo.

Salió de la cocina, llamó a la puerta de Linda, entró.

Su suegra estaba riéndose por algo divertido que estaban dando en la tele. Después giró la cara hacia ella.

—La comida está dentro de nada. Espero que tengas hambre.

Linda la miró amablemente, se frotó sonriente la barriga, lo que debía de significar que se alegraba de que estuviera lista la cena.

—He preparado sándwiches. Para ti con mucho verde y queso desnatado, por supuesto. Ese que te gusta. ¿Te parece bien?

Linda asintió, abrió la boca.

—Na … ien.

Annika supuso que eso significaba «suena bien» y le sonrió.

—Genial. Vuelvo enseguida.

Volvió corriendo a la cocina, buscó una bandeja, apiló en ella varios platos y los decoró con los sándwiches. Luego añadió una botella de zumo y tres vasos.

—Ven —le ordenó a Lenny—. Si Linda no quiere bajar, subiremos nosotros.

Lenny infló los carrillos, sacudió la cabeza.

—¿Tiene que ser?

—Sí. ¿Qué tiene de malo?

—Su habitación huele raro, a persona vieja.

—Eso no es verdad —lo regañó Annika—. Por no mencionar que es muy maleducado lo que acabas de decir. Así que mejor ahórrate esos comentarios. ¡Y ahora, en marcha!

Cogió la bandeja. Sonrió al ver a Lenny todavía protestando por lo bajo.

—¿Puedes abrirme la puerta, por favor? —le pidió girándose hacia él.

Nada.

—Lennard. Venga.

A sus espaldas oyó un gruñido de ofendido.

—Muy bien. Pues no —replicó ella enfadada. Agarró la bandeja con ambas manos, accionó el picaporte con el codo, luego abrió la puerta empujándola con el pie.

—Espero que te alegre tener un poco de compañía a la cena. —Le sonrió a Linda. En su fuero interno contaba con que esta protestaría enérgicamente, pero ocurrió lo contrario.

A Linda se le iluminó la cara y asintió contenta.

Annika estaba molesta. ¿Acaso Lenny le había mentido? De hecho, ¿le habría preguntado a Linda?

Recordó que Phil también había afirmado que su madre prefería comer a solas. Incluso le había explicado por qué. Puede que hoy tuviera un buen día y estuviera de muy buen humor …

Esperó a que Lenny se hubo acomodado en el sillón, dejó la bandeja en la mesa auxiliar, luego se sentó en el otro sillón de manera que la silla de ruedas de Linda quedara entre ambos formando los tres un semicírculo.

Cogió uno de los platos, colocó dos triángulos de sándwich en él, se lo pasó a Linda.

Luego miró a Lenny.

—Sírvete, cariño. Los de la izquierda llevan jamón y champiñones. Como tu *pizza* favorita.

Pero su hijo parecía todavía resentido. Había encogido las piernas y estaba medio tirado en el sillón mirando por la ventana para mostrar su rebeldía.

Suspiró, cogió un plato con un sándwich de salami y cebolla para ella y se puso a comer.

—¿Qué pasa? —dijo tras unos bocados dirigiéndose un poco molesta a Linda, que miraba en dirección a Lenny sin decir nada, sosteniendo sobre el regazo el plato con el sándwich sin tocar.

¿Tanto la molestaba el comportamiento de Lenny?

En el fondo la comprendía. Lenny estaba siendo realmente muy maleducado. Le echó una mirada estresada a su hijo, pero este siguió ignorándola.

Dejó su plato a un lado, se levantó soltando un leve suspiro, puso dos sándwiches sobre el único plato vacío que quedaba. Se lo tendió a Lenny.

—Por favor, cariño. Tienes que comer algo.

—No tengo hambre —gruñó él a modo de respuesta.

—¡He preparado los sándwiches a próposito para ti! —le recordó. Tuvo que controlarse para no perder la calma al ver que él seguía con su tozudez de no mirarla.

De reojo vio que Linda estaba inquieta moviéndose de un lado para otro en su silla de ruedas.

—¡Lennard! —gritó finalmente—. ¡Ya está bien de tonterías! Vamos a comer todos juntos y…

Annika se sobresaltó al notar que algo pasaba volando a su lado.

Un sándwich fue a parar en el regazo de Lenny. Abrió mucho los ojos sin poder dar crédito.

Lenny reaccionó por fin. Primero la miró a ella, luego a Linda. Con un gesto fuerte de la mano apartó el pan – que fue a parar al sillón. Se levantó de golpe y salió corriendo y llorando de la habitación.

Annika sacudió la cabeza, se giró hacia su suegra y se quedó de piedra. Linda tan solo la miraba con los ojos muy abiertos. Parecía estar fuera de sí.

Annika se la quedó mirando por un momento, sin entender nada. Tenía que poner orden en su cabeza para entender qué acababa de ocurrir.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó consternada—. Sí, es verdad, Lenny se ha portado mal, pero ¡eso no es razón para lanzarle la comida! Lo has… —Se calló, se controló—. ¡Lo has asustado, Linda!

Recogió los pedazos del sándwich deshecho esparcidos por el sillón, los dejó enfadada en la bandeja, miró a su suegra con ojos interrogantes. Pero Linda eludió su mirada.

—¿Entiendes a lo que me refiero? Él todavía es un niño, pero tú… ¡tú eres una mujer adulta!

Se quedó esperando, pero de Linda no salió nada.

Annika alargó el brazo para coger el plato de Linda que balanceaba tanto que amenazaba con caérsele del regazo. A punto de agarrarlo, su suegra se sobresaltó y la apartó con un único movimiento de pánico.

—¡NO! —articuló con toda claridad.

Sin palabras, Annika se la quedó mirando, se apartó al registrar la expresión de su rostro.

A su suegra se le habían humedecido los ojos y le temblaba la barbilla. Parecía estar a punto de romper a llorar.

—Pero ¿qué te pasa? —le preguntó con voz suave, a la vez que se preguntaba a sí misma si no había sido demasiado dura con ella. Se acercó, extendió el brazo para tocarle el hombro y calmarla porque estaba temblando de pies a cabeza.

¿Le estaría dando un ataque?

¿Justo ahora que no estaba Phil?

Al cruzarse sus miradas, algo se encogió en el interior de Annika.

¡No!
Aquello no tenía que ver con la enfermedad de Linda.
Su suegra tenía un miedo terrible.
¡La temía a ella!

DIECIOCHO
TRAMPA

—Me voy dentro de media hora, cariño. —Mamá me mira a través de la puerta entornada, como para asegurarse de que no vaya a hacer ninguna locura durante su ausencia.

—Vale —farfullo. ¿Qué voy a decirle si no? Ella es la adulta y por lo tanto puede hacer lo que le dé la gana. No como yo… Pero ese es otro tema.

—No te preocupes. A medianoche como mucho habré vuelto.

—Si no me preocupo —le aseguro, fiel a la verdad. Pero me pica la curiosidad—: ¿A qué restaurante vais esta vez?

La observo, pero Mamá no percibe ni en mis ojos ni en mi voz que estoy a la expectativa. Ya no se fija en nada de mí.

—Ni idea —es su respuesta lapidaria—. Adam ha escogido el local.

¡Adam, por supuesto! ¡Cómo no!

Cierra la puerta de mi habitación y a los pocos segundos la oigo poner música en la suya – mientras se arregla, supongo.

¡Adam! Me parto.

El tío es un cliente de Mamá, o eso es lo que dice ella. Pero últimamente quedan bastante para salir a comer. Por lo visto están con un proyecto que tienen en común.

Sin embargo, hasta un ciego vería que, cuando quedan, no cuchichean sobre el trabajo.

¿Que cómo lo sé?

Llevo bastante tiempo observando a Mamá y, cuando sale Adam en la conversación, se sonroja y se le pone mirada de boba. Solo por esto no me hubiera dado cuenta, pero me he fijado en cómo se arregla cuando queda con él. Se emperifolla con los mejores trapitos, los zapatos con el tacón más alto y un montón de maquillaje.

Lo que me extraña es que Papá no se entere de nada o que le dé igual. Suele quedarse hasta muy tarde en la oficina y a veces ni vuelve a casa. Supuestamente porque no le vale la pena venirse desde la ciudad solo para dormir un par de horas en casa. Que para eso mejor quedarse allá.

Se ve que ha alquilado un apartamento diminuto, que es donde se queda cuando se le ha hecho demasiado tarde.

Delante mía actúan los dos como si eso fuera lo más normal. Pero tengo ojos y sesera. Hace mucho que me he dado cuenta de que el matrimonio de mis padres está pasando por un bache.

Fue hace un par de años, con la muerte de Sophie y luego el accidente de mis compañeros de clase. La policía catalogó ambas tragedias como accidentes horribles. Pero a Papá esa conclusión nunca acabó de convencerlo. Instintivamente parece sospechar que detrás de esas acciones se esconde algo muy diferente.

Un día empezó a traer montones de libros a casa. Tochones sobre trastornos y enfermedades psíquicos. Los libros en sí y sus indagaciones en estas obras selectas los guarda bajo llave, siempre pendiente de que yo no husmee a escondidas.

Hasta el punto de que ha convertido incluso su lectura en algo secreto. Solo saca los tochos de la estantería cuando cree estar solo y sin vigilancia.

Pero cuando Mamá se enteró, se enfadó tanto con él que se puso como una fiera, cogió todos los libros y los tiró a la basura. A Papá no le hizo ninguna gracia.

Eso fue hace un año, más o menos. Ese día discutieron por primera vez a lo grande. Papá llamó a Mamá ignorante e ingenua, le

echó en cara que miraba para otro lado para no ver lo evidente. Mamá huyó llorando a su habitación, se encerró con llave y no dejó que entrara nadie. Ni siquiera yo.

Al día siguiente anduvo con pies de plomo conmigo, tratando de averiguar si me había enterado de lo de la discusión.

Fue bastante repugnante. Automáticamente, me puse de parte de Mamá, cabreándome aún más con Papá. Pero ¿por qué permitía que la degradara así, como si ella no tuviera ni voz ni voto?

Desde esa pelea no dejo de preguntarme si no sería mejor que Papá ya no volviera más. La mera idea me va gustando cada día más. Y en este preciso instante, de solo pensarlo, me recorre un escalofrío muy agradable.

Llaman a la puerta y me arrancan de mis ensoñaciones.

Acto seguido se planta Mamá en la habitación, da un giro de tres cientos sesenta grados.

—¿Qué tal estoy? —quiere saber.

No soy el público adecuado.

¿Por qué tiene que preguntarme precisamente a mí si está lo suficientemente guapa para ese tal Adam?

Obviamente no le digo eso, sino que la estudió a fondo.

—Guapa —es mi veredicto. Y lo digo en serio.

Hace poco Mamá cambió de peinado, se cortó el pelo. Ahora lleva un corte moderno, se maquilla habitualmente y está siempre estrenando vestidos nuevos. El de hoy es rojo, rojo. Le queda genial. No parece Mamá. Adam se va a quedar de piedra cuando la vea.

Se sienta junto a mí en la cama, me mira, me aparta un mechón de la frente, me hace cosquillas en el mentón.

—¿Puedo fiarme de ti de que a las nueve más tardar te vas a meter en cama? Mañana hay colegio…

Asiento sin decir nada.

—Porque con Elle te llevas bien, ¿no?

Resoplo.

—No hace falta que venga. No necesito niñera. Ni que fuera un bebé…

—Ja ja —dice Mamá—. Buen intento. ¿Qué pasa con Elle? ¿Os lleváis bien o no?

—Es guay. Y sabe contar historias de terror.

—¿Te cae bien?

Así así, pienso, pero asiento con la cabeza.

Mamá me da un beso en la frente, me atusa el pelo y asiente satisfecha.

—Estupendo. En la nevera hay comida para Elle y para ti. Solo hay que calentarla en el microondas. Y cuando te diga que es hora de que te vayas para cama, le haces caso. ¿Entendido?

Asiento, pero a escondidas pongo los ojos en blanco. Se va. La oigo bajar y dar aún un par de vueltas en la planta baja.

¿Y ahora qué? Cojo el libro que estaba leyendo, vuelvo a leer el último párrafo para retomar la lectura, pero la verdad es que no me apetece leer.

Oigo el timbre de casa, a Mamá darle instrucciones a mi supuesta niñera.

Me acuesto de espaldas, miro el techo, pienso en Elle. Tiene diecisiete años, o sea, solo cuatro más que yo y – como diría Mamá – es más lista que el hambre. Pero lo esconde muy bien. Mamá la tiene por una chica muy buena y educada.

¡Si supiera!

Me rio al pensar qué diría Mamá si descubriera que lo único que hace Elle cuando está aquí es hablar con su novio e invitarlo a que se venga. Luego tomarán – como hicieron el otro día – unas copas del *whisky* bueno de Papá, del más caro, y se fumarán en la terraza no sé qué porquería que huele a meado de gato. La última vez que lo hicieron se pasaron el resto de la noche riéndose como tontos y besuqueándose en el sofá. A mí me mandaron para arriba, a mi cuarto. Que aquello no era para niños.

Me rio al pensar en la cara de tonta que se le va a quedar a Elle cuando le enseñe las fotos que saqué a escondidas el otro día.

Cuando por fin oigo el coche de Mamá arrancar y las ruedas pasar por encima de la gravilla de la entrada, cojo las fotos. Las he escondido bien, no me queda otra desde que a Padre le da por poner mi habitación patas arriba, sin previo aviso, para averiguar si atesoro artículos prohibidos.

Para las fotos de Elle he soltado una tabla del parqué – el escondite perfecto.

De muy buen humor me dirijo a la planta baja, donde Elle ya se ha acomodado en el sofá de la sala. Ya está otra vez pegada al teléfono de cháchara con alguien. Sin embargo, a diferencia de otros días, hoy su voz suena molesta, casi cabreada.

Ni siquiera me mira para saludarme. Así que paso a su lado sin decir nada, me siento en el sillón de enfrente.

Cuando se cruzan nuestras miradas, sonrió. Sonrisa que ella comenta poniendo los ojos en blanco para mostrar su fastidio.

—No puedo seguir hablando. Ha llegado la criatura. Ya lo aclararemos luego.

La persona al otro lado de la línea no parece ser el novio. La voz de Elle suena diferente. Y también se la ve diferente. Me lleva un momento descubrir a qué se debe. Para empezar, sus uñas, que normalmente siempre están súper cuidadas, hoy, sin embargo, están mordidas y, además, sucias. Luego las ojeras, que ni siquiera el maquillaje puede disimular. Tiene cara de enferma. Resopla fuerte, pegada al teléfono, antes de seguir hablando.

—Como me entere que es verdad, ¡la mato! ¿Qué se ha creído esa puta de mierda? —grita de repente al micrófono del teléfono.

Al mirarme de nuevo, se asusta un poco, hincha los carrillos.

—Cari, seguimos luego. Te llamo pasadas las nueve, ¿vale?

Cuando por fin cuelga, la miro, sin más. Pero incluso eso hoy la pone de los nervios.

—¿Qué? —me grita, y eso que normalmente siempre procura ser amable conmigo, aunque sé que lo hace solo por la guita que le da Mamá. En realidad no le apetece lo más mínimo estar conmigo.

—¿Tormenta en el paraíso? —pregunto y quedo a la expectativa. Acto seguido se pone a llorar.

Se levanta de golpe, corre al cuarto de baño, cierra con llave.

Corro detrás de ella, pego la oreja a la puerta, la oigo llorar.

—¿Va todo bien? —pregunto, aunque es evidente que no. No puedo reprimir soltar una risita tonta.

—¡Largo! —me grita desde dentro y decido que es el momento idóneo para soltarlo todo.

—Será mejor que salgas. Tengo una sorpresita para ti —le digo y deslizo una foto por debajo de la puerta. ¡No podría haberla escogido mejor! Se ve a Elle, desnuda de cintura para arriba, sentada sobre el regazo de Caraculo mientras que este le babea las tetas.

DIECINUEVE
ANNIKA

—¡Lenny! —Annika se incorporó de golpe de entre las almohadas, parpadeó en la oscuridad.

¿Había soñado? No, la había sobresaltado algo. Tragó, pero tenía la garganta seca, notó que estaba empapada en sudor. La camiseta se le había pegado al cuerpo, estaba desagradablemente mojada y, aun así y a pesar del calor que hacía en el dormitorio, estaba tiritando.

Estaba subiendo la manta hasta la punta de la nariz cuando oyó una especie de gemido tenue.

Apenas perceptible, como una queja.

Así que era real. ¡No había sido un sueño!

Se liberó de las mantas, se levantó, salió de la habitación para ir a la de Lenny, accionó el picaporte.

Cuando por fin comprendió que su cama estaba vacía, se le paró el corazón. Corrió hacia la cama, puso la mano sobre la sábana.

¡Fría!

Cogió una bocanada de aire.

Estaría en el cuarto de baño.

Corrió a la habitación de al lado, abrió la puerta. Pero tampoco estaba ahí.

Fue hacia las escaleras con el corazón en un puño.

—¿Cielito, Lenny, estás ahí abajo? —lo llamó con una voz, que incluso a ella le pareció demasiado aguda, casi histérica.

Mientras corría escaleras abajo, una voz interior la instaba a mantener la calma para, con su pánico, no asustar a Lenny. A medio camino le pareció oír un llanto. Procedía de la habitación de Linda.

Annika fue corriendo hacia allí, abrió la puerta de golpe, entró.

Buscó a tientas el interruptor hasta que por fin dio con él y encendió la luz. Se sobresaltó al ver a su suegra sentada erguida en la cama.

Linda parecía haber visto un fantasma.

Estaba tan blanca como la pared a su espalda.

Tenía los ojos muy abiertos, la estaba mirando asustada.

Entonces lo vio…

La ropa de Linda estaba esparramada por todo el suelo, sus medicinas, tiradas por la cama. La puerta del cuarto de baño, abierta.

—¿Lenny? —volvió a llamar—. ¿Estás ahí dentro?

Rodeó la cama de Linda para correr hacia la puerta, encendió la luz del baño, se detuvo de golpe al ver la escena frente a ella. Era como si un tornado hubiera arrasado el cuarto de baño. En *shock* regresó al dormitorio, miró interrogante a su suegra.

—¡Cielo santo, Linda! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Ha sido Lenny el causante de este desastre?

Linda tan solo la miraba consternada, temblando de pies a cabeza.

—Mi hijo, Linda, ¿sabes dónde está?

Pero de su suegra no salió ni un solo sonido, seguía mirándola completamente perturbada.

—¡Linda! —le espetó Annika de manera brusca—. ¿Sabes qué? ¡Lenny no está en su cuarto! ¿Lo has visto? ¿Y quién ha montado este maldito caos?

Se acercó aún más a la cama de Linda, sin embargo, se detuvo de golpe al notar que esta intentaba alejarse de ella.

—Dios mío, pero ¿qué está pasando aquí? —farfulló Annika, sacudió la cabeza, salió corriendo.

—¡Lennard! ¿Dónde estás? —gritó y empezó a inspeccionar la planta baja. Al llegar a la cocina y encender la luz, soltó un jadeo. Todas las puertas de los armarios y los cajones estaban abiertos, los cacharros esparcidos por todas partes. En la encimera se apilaban platos, tazas, vasos y fuentes. Las ollas y sartenes estaban en el suelo, la cubertería, en el fregadero, como si alguien la hubiera tirado allí a propósito. Incluso el contenido de la nevera estaba esparcido por el suelo.

Annika fue corriendo al salón, donde se topó con el mismo desastre. Habían vaciado todos los armarios y cajones y repartido el contenido por toda la habitación.

Consternada cogió una bocanada de aire, notó que los músculos le fallaban. Cayó al suelo, jadeando.

¿Qué demonios estaba pasando aquí?

¿Dónde estaba Lenny?

Repasó los últimos acontecimientos.

¡El incidente en la cena!

Linda le había lanzado comida al niño, con lo que lo había asustado muchísimo. Cuando lo había metido en cama, su hijo había llorado y le había preguntado qué había hecho mal.

Le había costado mucho calmarlo.

Pero ¿lo había calmado de verdad?

No, le había hecho ver que en el incidente él llevaba parte de culpa, por su comportamiento terco al negarse a comer.

¿Era esta su venganza?

¿Había destrozado la planta baja y luego se había escondido para darle un susto de muerte a Linda?

Se levantó, volvió corriendo al pasillo. ¿Dónde le quedaba por mirar?

¡La despensa!

Se precipitó hacia allí, abrió la puerta de golpe, pero nada.

Puede que en el baño de invitados, se le pasó por la cabeza. Pero allí tampoco encontró a Lenny.

—Cariño, estoy empezando a asustarme —gritó, tratando de hacerlo con voz calmada—. Si sales ahora, te prometo que no voy a regañarte.

Silencio.

Dio un par de vueltas de tres cientos sesenta grados, se paró, escuchó, reflexionó.

Acto seguido regresó corriendo a la habitación de Linda, miró debajo de la cama y luego en el armario empotrado. Se giró despacio hacia Linda.

—No está —dijo y tuvo que controlarse para no romper a llorar.

Miró a su suegra, pero de momento estaba claro que esta no iba a brindarle ayuda alguna. La mujer seguía asustada, tenía los ojos llorosos. Luego abrió la boca.

—Co… co….

—¿Qué? —Annika la miró, estudió su rostro, pero este solo desprendía miedo y susto, nada más.

—¿Qué intentas decirme?

La anciana extendió el brazo, señaló la puerta. Le temblaba la mano.

Annika se dio la vuelta, miró a través de la puerta hacia el pasillo.

—¡No te entiendo, Linda!

—¡Co! —Ya no había pánico en la voz de Linda, sino enojo.

Y entonces empezó a entender.

Se giró de golpe hacia ella.

—¡Loco!… ¿Es eso lo que intentas decir?

La mujer la miró, apretó los labios.

—Te refieres a mi hijo, ¿verdad? ¿Dices que está loco? ¿Por haber montado este desastre?

Linda giró la cabeza hacia un lado para eludir su mirada.

Annika respiró hondo.

—¡Lenny no está loco, Linda! ¡Solamente está cabreado porque le lanzaste el sándwich! Has herido sus sentimientos y cree que no le quieres porque no es tu nieto biológico.

Se calló, negó con la cabeza al darse cuenta de que Linda hacía oídos sordos.

—¡Vale! ¡Pues no! —gritó, salió alterada al pasillo.

¿Dónde demonios se había metido Lenny?

Había mirado en todas partes.

¿Estaría en el sótano?

Pero a Lenny le daba miedo bajar solo a los sótanos. ¿Por qué iba a hacerlo en una casa que no era la suya?

Volvió a fijarse en su alrededor, en las escaleras concretamente, vio que un carpintero había colocado puertas en el hueco de estas.

¡El nicho! El nicho que había debajo del último rellano.

El único rincón en el que no había mirado.

Se agachó, medio agachada, medio a rastras, se metió en la rendija estrecha, echó un vistazo, soltó un suspiro de alivio al ver dos pies desnudos que sobresalían entre la oscuridad.

—¡Por fin! Cariño, ven, sal. No estoy enfadada.

Lenny empezó a llorar.

Extendió la mano hacia él.

—Ven, mi vida. Volvamos a la cama.

El niño sollozó aún más fuerte.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó ella preocupada y también al borde de las lágrimas—. ¿Es por Linda? ¿Por lo mala que fue antes?

Él calló, luego oyó un ruido, se apartó despacio al percatarse de que su hijo había decidido salir de su escondite.

Cuando por fin hubieron salido los dos de aquel espacio, abrazó con fuerza a su hijo, lo más fuerte que pudo.

—Nos has dado un susto de muerte a Linda y a mí, jovencito. —Lo apartó de sí sin soltarlo, lo observó, lo miró muy seria—. Te he prometido que no te iba a regañar y voy a cumplir mi palabra. Aun así, quiero saber por qué has hecho esto.

Lenny se la quedó mirando, tragó.

—¡Le tengo miedo, mamá!

Ella se sobresaltó ligeramente.

—¿A quién?

Él apartó la mirada.

—¿A Linda?

No obtuvo respuesta.

—¿Lo destrozaste todo por eso?

—No fui yo. —Su voz no era más que un débil susurro. Volvió a mirarla, esta vez con los ojos inundados de lágrimas—. ¡Por favor, mamá, tienes que creerme! ¡No fui yo!

VEINTE
FRIKADA

Es verdad que no se puede ver nada a través de una puerta cerrada, pero aun así en mi cabeza soy capaz de ver a Elle con cara de susto mirando la foto.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Habéis salido favorecidos? ¿Te gusta la foto que os saqué?

Me llega un grito enfurecido, luego se abre la puerta y tengo a Elle de frente. Tiene la cara hinchada de tanto llorar, mechones de pelo pegados a las mejillas. Pero sus ojos me miran con tanta rabia que de manera automática retrocedo un paso.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunta en voz amenazadoramente baja.

¡Dios, qué cabreada está! Tengo que controlarme para no soltar una carcajada. Alzo las cejas sin más.

—¿Y tú qué crees?

—¡Dímelo, joder! —me grita desesperada.

—Son mías —le explico y el orgullo me hace crecer un par de centímetros—. Las saqué el otro día después de que me mandaras para cama como si fuera un bebé para quedar a solas con el tío ese y besuquearos. Aquí, en nuestro sofá, mientras te pagan por cuidarme.

—¡Mie….!

—Yo que tú vigilaría lo que dices —la interrumpo apropiándome de una expresión que escuché el otro día y que se me quedó grabada.

—No te atreverás —dice Elle.

Sonrío, me siento genial.

—¿Que no me atreveré a qué? ¿A enseñarle estas fotos tan bonitas a otros? ¿A mis padres, por ejemplo?

Se le cae la barbilla de golpe al abrir la boca como una trampilla.

Está tan patidifusa que me hace reír. Pero se ve que mi risa la ha devuelto a la realidad. Sacude la cabeza, me embiste con tanta fuerza que me golpea la cabeza contra la pared.

Un dolor agudo me recorre desde el cerebro hasta la punta de los pies, luego me deja sin aliento.

La quedo mirando fijamente, pero no consigo articular ninguna palabra por culpa del dolor que me ha paralizado.

Oigo a Elle chillar, pero como desde muy lejos.

Me mira con los ojos muy abiertos, parece estar fuera de sí.

—¡Di, friki de mierda! ¿Tienes más fotos?

Me grita desde tan cerca que me salpica con su baba.

Al ver que no contesto, trata de agarrarme, me soba por todos los lados. Supongo que me está cacheando para ver si escondo más fotos. Pero logro escabullirme – tambaleando, eso sí, pero escabullirme al fin y al cabo. Mi mano izquierda tantea el bolsillo izquierdo en busca de la herramienta que he usado antes para sacar las fotos de debajo del parqué.

Mis dedos ya están tocando el mango del destornillador cuando, de repente, Elle se detiene y empieza a llorar.

Da media vuelta, huye hacia la cocina, se deja caer en una de las sillas. Cuando yo también llego, se sobresalta ligeramente.

—Siento haberte empujado y haberte hecho daño, ¿vale? —Lo dice en voz muy baja y casi parece sincera. Ni se da cuenta de que ya estoy detrás de ella. El odio y la rabia casi no me dejan respirar.

—De todos modos, de aquí en adelante tu madre tendrá que buscarse a otra persona que te cuide —dice igual de bajo—. Yo ya no voy a venir más.

Sigue farfullando, yo ya ni la oigo, me concentro única y exclusivamente en el destornillador. Lo agarro lo más fuerte que puedo, cojo aire. Elle se gira hacia mí, abre mucho los ojos al percatarse de mi cuerpo pegado al de ella. Baja la mirada lentamente mientras que mi mano sale disparada hacia arriba. Sin poder dar crédito, levanta la cabeza de golpe, me mira.

—¡Qué demonios…! —El resto de la frase se transforma en un gorgoteo.

Mi mano vuelve a salir disparada, atraviesa unas cuantas veces la piel fina de su cuello.

Ella parece estar en *shock*, no parece sentir dolor alguno. Se levanta de golpe, retrocede tambaleante para alejarse de mí, se agarra, demasiado tarde, el cuello. Le fallan las piernas. Cae boca abajo sobre las baldosas de la cocina.

La oigo gemir, emitir un sonido estertóreo.

Y luego nada más.

VEINTIUNO
ANNIKA

—Ve subiendo —le ordenó Annika a Lenny mientras limpiaba la cocina.

—¿Ya? ¡Pero si no son ni las nueve!

—¡Las nueve es tarde, señorito! No olvides cuántos años tienes.

—¡Pero prometiste que no me castigarías!

—Cierto. Ni siquiera te he reñido porque anoche merodearas por ahí y te escondieras. Y tampoco no he comentado el miedo que le hiciste pasar a Linda. Creo que no hace falta. Sabes muy bien que le diste un susto de muerte.

Annika lanzó la esponja al fregadero, miró a su hijo lanzando chispas por los ojos.

—¡Y ahora pasa para arriba! Por hoy ya he tenido bastante. Gracias a tu excursión en plan fantasma, me he pasado la noche en vela buscándote y luego recogiendo yo sola todo este desastre.

—Pero si te pregunté si querías que te ayudara. Pero dijiste que no —murmulla Lenny.

—Pues a ver si adivinas por qué.

Los hombros de Lenny empezaron a contraerse, como si fuera a romper a llorar de un momento a otro.

—Porque estoy muy decepcionada contigo, cariño. Te he pedido varias veces que te disculpes con Linda y tú sigues insistiendo en

que no fuiste tú. Es por eso por lo que te he mandado a tu cuarto, no por lo que hiciste anoche.

—¡Pero es que no fui yo! —gritó Lenny y ahora sí que rompió a llorar.

Annika se quedó mirando a su hijo, indefensa. Por un lado quería consolarlo, pero al mismo tiempo sabía que tenía que mantenerse firme. Lenny tenía que entender de una vez que había cometido un error.

—Veamos, Lennard. Una vez establecido que yo no fui y que tampoco fue Linda la que montó este desastre, porque no puede – a duras penas consigue pasar de la cama a la silla de ruedas – ¿qué opciones me quedan?

Lenny bajó la mirada, lloró aún más desesperadamente.

Annika suspiró, fue hacia él, al final sí lo estrechó entre sus brazos.

—Tranquilo, cariño. No hablemos más del tema, ¿vale? Todo ha vuelto a su sitio, tú estás bien, todos nos hemos recuperado dentro de lo que cabe. Ya hablaré yo luego con Linda y le pediré disculpas en tu nombre.

Notó cómo el cuerpo de Lenny se tensaba entre sus brazos, que se quería soltar. En sus ojos brillaba el reproche, le temblaba la barbilla.

—¡No fui yo, mamá! ¡Lo juro!

Ella se sobresaltó al reconocer una desesperación muda en sus ojos. Parecía completamente sincero y a la vez indefenso y desesperado, como si realmente fuera inocente.

Estaba confusa, luego se le encogió el estómago.

Se sentó a la mesa, le costó suprimir un gemido delante de su hijo. El dolor resultaba casi insoportable.

—¿Le pasa algo al bebé?

Ella negó con la cabeza, puso una mano sobre la protuberancia, suspiró aliviada al notar un ligero revoloteo.

—Creo que es el estrés. Me he pasado el día recogiendo. Es hora de descansar. Nada más.

—Vale. Entonces voy a subir a ponerme el pijama.

Miró a Lenny, le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Yo subo dentro de un rato. ¿Vale?

Una vez se hubo quedado sola en la cocina ya no pudo retener las lágrimas por más tiempo. Nada de esto tenía sentido. Lenny parecía tan sincero, y aun así, tenía que haber sido él porque Linda era físicamente incapaz.

¿O cabría alguna otra posibilidad? Se frotó las sienes al ocurrírsele otra explicación: ¿Sería su hijo sonámbulo?

Eso explicaría que negara de manera tan vehemente ser el responsable del drama de anoche.

La pena por la pérdida de la abuela, el cambio de ubicación – era muy probable que Lenny reaccionara así.

Al percatarse de que esta era la única explicación lógica posible, el llanto cesó. Se levantó, fue al cuarto de Linda, titubeó delante de la puerta. Ese día solo había visto a su suegra en dos ocasiones: al llevarle el desayuno y luego la cena.

Linda parecía seguir bajo los efectos del incidente de anoche, parecía cansada, por lo que no le había ofrecido a hacer algo juntas.

Llamó con cuidado a la puerta, entró. Linda estaba sentada en su silla de ruedas, eludía su mirada, pero al menos había tomado la cena.

—Vengo a decirte de parte de Lenny que lo siente.

Nada.

Annika se sentó en el sillón frente a ella, buscando contacto visual.

—Creo que Lenny ha tenido que sufrir un episodio de sonambulismo y por eso no sabe lo que ha hecho.

Linda no se movió, centrada en el televisor, obviando la presencia de Annika en la habitación.

Pero Annika no se dio por vencida, siguió hablando.

—El niño tiene que asimilar y lidiar con demasiadas cosas. El fallecimiento de su abuela, este sitio que le es extraño, la ausencia de Phil… Supongo que le está costando más de lo que me imaginaba. —Volvió a buscar contacto visual con la suegra.

Pero Linda seguía con los ojos clavados en la pantalla del televisor

Annika suspiró.

—Espero de corazón que se lo perdones, Linda. No es más que un niño y estoy convencida de que no pretendía hacerte nada malo.

Al abrir la puerta de la habitación de Lenny, vio que su hijo ya se había metido en cama, le había dado la espalda.

Se acercó a él, se sentó en el borde de la cama, le acarició la espalda.

—Te quiero mucho, cariño.

Él se giró hacia ella, la miró.

—¿Me crees? ¿Crees que no fui yo?

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces ¿no tengo que disculparme con Linda?

—Se lo he explicado. No te preocupes.

Él alzó las cejas.

—No quiero hablar más de esto.

Ella asintió.

—¿Podemos mañana hacer algo juntos?

Ella frunció el ceño.

—Nada de excursiones largas, cariño. Hasta que venga Phil no podemos. No me quedo tranquila dejando a Linda tanto tiempo sola.

Al ver la decepción reflejada en el rostro de Lenny, inspiró hondo.

—Se me ocurre una cosa. ¿Qué te parece si mañana hacemos galletas? Tú y yo una tarde solos en la cocina. Cuando eras pequeño te encantaba hacer galletas. ¿Te acuerdas?

—¡¿Quieres hacer galletas de navidad en verano?! Además, ya no soy ningún bebé.

—Pues yo me comería galletas todo el año, me da igual si hace frío o calor. Y que conste que nunca se es demasiado mayor para comer galletas. —Le guiñó un ojo a su hijo, que parecía seguir molesto—. ¿Qué? ¿Qué me dices?

—Vaaale… —aceptó Lenny.

—Genial. —Le besó la frente—. Entonces tú y yo ya tenemos plan para mañana.

Le costaba respirar. Era como si un bloque de piedra sobre el pecho la hundiera cada vez más en el colchón.

Trató de moverse, pero sus extremidades no le respondieron.

¿Estaba atrapada en una pesadilla?

Parpadeó para adaptarse a la oscuridad, pero incluso los párpados parecían haberse paralizado. No le quedó otra que permanecer tendida y mirar la oscuridad.

De repente un ruido.

Surgió de muy cerca.

¡Pegado a ella!

Desesperada intentó girar la cabeza, pero parecía haber perdido el control sobre su cuerpo.

Luego oyó algo parecido a arañazos.

¿Lenny, eres tú, cariño?, quiso gritar, pero de sus labios no salió ni un solo sonido.

Sin embargo, era un hecho: ¡Había alguien más en la habitación!

Alguien que se estaba burlando de su impotencia.

Luego pasos.

Es imposible que haya sido Lenny, se le pasó por la cabeza.

¿Habría sido Linda?

Pero ¿cómo iba a haber llegado esa mujer hasta aquí?

¿Y qué se le perdía en su habitación en mitad de la noche?

Oyó un susurro. Una voz, apenas perceptible, y aun así, perfectamente entendible.

¡Todo esto es culpa tuya!

Las palabras le incendiaron el cuerpo, casi le provocaron dolor físico.

De repente percibió un olor.

Metálico, asqueroso, aterrador.

La cabeza empezó a darle vueltas.

Aquel olor no le era desconocido.

¿Era sangre?

VEINTIDÓS
DESCUBRIMIENTO

Un chillido horrible me arranca de mi parálisis. Me cuesta apartar los ojos del charco de sangre en el suelo de la cocina – del cuerpo sin vida de mi niñera.

Giro la cabeza lentamente, veo a mi madre en el marco de la puerta.

¿Qué está haciendo aquí? ¡Si nunca llega antes de medianoche! A veces incluso mucho más tarde.

Mi mirada se dirige al reloj de la cocina. Pasa un poco de las once. ¿Qué significa esto? Y ¿cuánto tiempo llevo mirando este cuerpo sin vida?

Vuelvo a hacerlo.

Me fijo en que la sangre en el suelo ya está algo seca y pegajosa. Y me fijo en otra cosa más: las extremidades de Elle han adquirido el tono pálido de la porcelana, a la luz mortecina de la cocina parecen de cera.

Qué raro todo, como si no tuviera nada que ver conmigo.

Mi mirada vuelve hacia Mamá, que sigue petrificada mirando el cadáver, como si su cerebro no asimilara lo que sus ojos ya han reconocido hace tiempo.

Transcurren unos cuantos segundos más de silencio angustioso, antes de que me mire. Pero algo no encaja en su mirada. Es como si

me viera por primera vez.

Abre la boca, pero no emite ni un solo sonido. Por fin entra del todo en la cocina, camina con movimientos anormalmente tiesos hacia el cuerpo que yace en el suelo, rodeando con mucho cuidado el charco de sangre, como si no quisiera mancharse los zapatos elegantes. Se acuclilla junto al cuerpo de Elle pálido como la cera. Su rostro parece cincelado en piedra, no soy capaz de detectar ni un solo movimiento. Lo único que percibo es que la caja torácica de Madre se hincha con cada respiración, como si le faltara el aire y estuviera desesperada por cogerlo.

Titubeante extiende la mano, con el dedo índice y el del medio busca alguna señal de vida en la muñeca de Elle.

—Está muerta —constata. Como si eso no se supiera nada más verla… Su voz suena frágil y ha hablado tan bajito que parece que alguien le hubiera bajado el volumen casi del todo.

Vuelve a levantarse, aunque sigue varios segundos más dándome la espalda, hasta que por fin se gira, pasa a mi lado y se va a la sala de estar.

Es como si yo fuera invisible – no existo.

Sin poder dar crédito miro a Madre, que a estas alturas me recuerda a un robot. Con la diferencia de que los robots no se sirven aguardiente como está haciendo ella. Ha cogido la botella de papá del armario, la ha descorchado y ahora está tomando un trago a morro.

Es como si el alcohol le hubiera afectado por fin los sentidos, porque me mira. Esta vez de manera consciente, me reconoce. De su garganta se escapa un sollozo, rompe a llorar, se deja caer en el suelo agarrando firmemente la botella de Padre.

—Lo siento, Mamá —es lo único que logro articular porque yo soy otro manojo de nervios más y no entiendo cómo pudo haber pasado esto. Nunca se me había pasado por la cabeza hacerle seriamente daño a Elle, ya no hablemos de matarla.

Pasó sin más.

Me enfureció tanto que ocasionó en mí una especie de cortocircuito y todo en mí se independizó y fue por libre.

Por fin entra movimiento en el cuerpo de mi madre. Deja la botella a un lado, se levanta con mucho esfuerzo, viene hacia mí y me da tremenda bofetada.

Es la primera vez en mi vida que me pega. Sin poder creérmelo me llevo la mano a la mejilla. Nos miramos durante varios segundos, luego mi madre vuelve a romper a llorar. Me estrecha entre sus brazos. Siento el temblor de su cuerpo, le devuelvo el abrazo, hundo mi cabeza contra su pecho.

—¿Puedes explicármelo? —susurra entre dos hipidos, me aprieta aun más fuerte que antes.

En cuestión de segundos sopeso si debo contarle la verdad. Sin perderla de vista.

Trato de interpretar la expresión de su rostro.

La mirada de Madre es dura. Resulta un *shock* para mí, darme cuenta de que desde el momento en que ha visto el cadáver de Elle, Madre no ha dudado ni un solo segundo de que he sido yo.

¿Por qué?

Puede haber otra explicación.

Alguien pudo haberse colado en casa y matado a Elle mientras esta trataba de protegerme.

Algún admirador de Elle pudo haberla acechado y haberse vuelto loco.

También pudo haber sido un accidente lamentable.

Sin embargo, ninguna de estas posibilidades parece pasarle por la cabeza a mi madre mientras me mira a través de ojos entornados.

Me está asustando.

¿Qué hago? ¿Qué le digo?

¿Cómo le explico esto?

Trago, parpadeo para luchar contra las lágrimas. De repente se apodera de mí el pánico.

—Creo que Papá tiene razón, Mamá… ¡No estoy bien!

VEINTITRÉS
ANNIKA

—¿Por qué no has llamado antes? Te he mandado un montón de mensajes.

La imagen de la pantalla del móvil mostraba a un Phil irritado.

—Lo siento, cariño, pero desde que he llegado no hago más que correr de una reunión a otra. Llevo dos días llegando tardísimo al hotel y no quería despertarte. Por eso no he llamado.

—Bueno, vale —cedió ella—. Pero ya no sé qué más hacer.

—¿Ha pasado algo?

—Tu madre no está bien. No sé lo que le pasa —contestó ella.

—¿Qué ha pasado ahora? —Phil sonó harto.

—¡Linda odia a mi hijo!

Phil apretó tanto los labios que parecían una raya más que una boca, la miraba como si estuviera tratando con una loca.

—¿De dónde sacas eso?

—Ya sabes que lo ignora, que no quiere tratar con él….

—Vale. ¿Y?

—¡El otro día le lanzó incluso un sándwich a Lenny!

—¿Que hizo qué?

Annika resumió lo ocurrido desde su marcha, finalmente se encogió de hombros.

—Anoche la cosa se volvió escalofriante. Alguien entró en mi cuarto.

—¿Lenny?

—¡No! —respondió ella decidida—. No pudo haber sido él, así que la única otra opción que queda es Linda.

Phil alzó las cejas para mostrar su incredulidad.

—Pero ¿qué dices? Es completamente imposible que mi madre subiera las escaleras hasta la primera planta. Y un extraño tampoco sería capaz de meterse en casa.

—No me digas. ¿Estás seguro?

—Sí. Mi padre cambió todas las cerraduras de la casa por cierres de seguridad. Te aseguro que esas no se fuerzan tan fácilmente. Además, si alguien hubiera intentado entrar a través de una ventana o una puerta, hubiera saltado la alarma. O sea, es completamente imposible que alguien se metiera en casa.

—¡Pero en mi habitación había alguien!

—Vale. Dejemos eso de momento —pidió Phil—. Me preocupa mucho más esa planta baja asolada. ¿Qué significa eso?

—Ya te lo explicaré luego —dijo Annika—. Tras el ataque con el sándwich, Lenny se enfadó con Linda. Por eso lo hizo, pero no a propósito…

—¿Cómo se puede hacer algo así sin que sea a propósito? —la interrumpió Phil.

—Déjame acabar de hablar. Tuve una conversación con Lenny. Niega en rotundo haber sido él y creo que está siendo sincero. Lo que significa que puede que sea sonámbulo.

Phil cerró los ojos, parecía estar perdiendo los nervios. Al volver a abrirlos habló con impaciencia y agitado.

—Escucha, cariño. Vuelvo dentro de dos días. ¿Crees que serás capaz de aguantar?

Annika tragó.

—¿No hay manera de que vuelvas antes?

—Imposible. A no ser que quiera cabrear a mi cliente.

Ella suspiró.

—Todo lo que está pasando, me da miedo, ¿sabes? Anoche me sentí expuesta, impotente, indefensa.

La mirada de Phil era seria.

—Ahora escúchame bien, por favor. ¡Anoche no entró nadie en tu habitación! ¡Tuviste una pesadilla!

—¿Por qué me hablas como si estuviera loca? Como si no supiera distinguir entre un sueño y la realidad —se enfadó ella. Sin embargo, se calló que en el fondo ella misma había barajado esa posibilidad. No quedaba descartado que, efectivamente, hubiera vuelto a dormirse y que en su subconsciente se hubieran confundido sueño y realidad. Lo cual también explicaría por qué esta mañana no había encontrado ningún indicio de un intruso.

Así que se había sentado a repasar todo mentalmente. El hecho de no haber podido ni hablar ni gritar, ni siquiera moverse. El olor a sangre. Todo esto la había inquietado mucho, pero al inspeccionar la habitación no había encontrado nada sospechoso.

¿De verdad habían sido imaginaciones suyas?

Recordó que ya de pequeña sufría parálisis del sueño.

Annika tragó. Lo que estaba diciendo Phil, tenía toda la lógica del mundo y ella tampoco era capaz de imaginarse a su suegra subiendo las escaleras.

Y aun así… quedaba un resquicio de recelo.

—Vale —admitió ante Phil—. Aunque me haya imaginado la visita de un extraño, sigue la desconfianza con respecto a Linda. No te rías de mí, pero me da miedo.

—¿Mi madre? —Phil se rio con ganas.

—¡Pues sí! No entiendo por qué es tan rara. A veces es como si estuviera furiosa conmigo. Otras como si me tuviera mucho miedo. Y eso que cuando llegamos me pareció muy amable, todo un encanto. De verdad creí que nuestra visita le había hecho mucha ilusión, pero ahora…

—¿Por qué no la dejas en paz hasta mi regreso? Llévale la comida, pregúntale de vez en cuando si necesita algo. Aparte de eso, déjala a su aire. Todavía no os conocéis bien, por no mencionar que por culpa de su enfermedad ahora es impredecible. Necesita tiempo, nada más. Deberías concedérselo.

—Pero si mis intenciones eran buenas cuando le ofrecí comer todos juntos. Y la otra noche cuando aún estabas, no le importó

charlar conmigo.

—Estoy seguro de que pronto vais a llevaros muy bien. Así que no fuerces nada. Y mucho menos cuando estáis solas en casa.

—¿A pesar de todo sigues siendo optimista?

—Conozco a mi madre desde hace más tiempo que tú.

Ella suspiró.

—Puede que por eso resulte tan intimidante, porque no estás.

Phil esbozó una sonrisa.

—Te lo repito: solo dos días más. Pasarán en un abrir y cerrar de ojos.

Ella asintió.

—¿Volveremos a hablar? ¿Esta noche o mañana?

—Lo intentaré, pero no puedo prometerte que sea a horas razonables. Así que no te enfades conmigo si te despierto.

Le lanzó un beso a través de la pantalla del móvil.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó Phil cuando ella ya pensaba que iba colgar.

—Galletas. Se lo prometí a Lenny.

La sonrisa de Phil se congeló. Entonces oyó una voz al fondo.

—Tengo que colgar —soltó él, casi aliviado por la interrupción.

Ella quiso añadir algo más, pero la pantalla ya se estaba negra. ¡Phil había colgado sin más!

VEINTICUATRO
EL OJITO DERECHO DE MAMÁ

Su mirada lo dice todo. Es como si mi madre estuviera sintiendo dolor físico, pero en realidad es su corazón el que en estos momentos está siendo destrozado.

A mí también me está afectando.

—¿Por qué? —pregunta mientras me mira a través de sus ojos anegados en lágrimas.

—Elle me atacó.

Mamá da un paso atrás, asustada, incluso me empuja para alejarme de ella.

—¿Qué has dicho?

—Por las fotos. Elle no era tan buena como crees.

—¿De qué estás hablando?

—No es que quiera chivarme ni nada por el estilo, pero Elle hacía cosas cuando estaba aquí. Me callé porque no quería que te preocuparas. Por eso no dije nunca nada.

—¡Dios mío, criatura! ¿A qué te refieres?

Trastabillando le hablo de ella y Caraculo y de lo que hacían cuando se suponía que Elle debía estar cuidándome. No me callo nada, le cuento la que montaban en casa mi niñera y su novio.

—¿Que fumaban porros en mi casa y que se ponían ciegos de alcohol?

—Y luego tenían sexo en el sofá y en el jardín. —Asiento con la cabeza.

—Y el tío ese, su novio, ¿te insultó?

Asiento con la vergüenza reflejada en el rostro.

—La última vez que estuvo, sí.

—¿Y Elle? ¿Qué hizo ella? ¿No le paró los pies?

—No. Era otra cuando estaba con él. Yo los molestaba. Me gritaba si no me iba directamente para cama. A veces era muy descarada.

—Pero hoy, ¿hoy ese chico no vino?

Le cuento a Mamá lo de la llamada telefónica entre Elle y su amiga.

—¿Eso quiere decir que rompió con él?

Me encojo de hombros.

—Y por eso estaba enfadada.

—Muchísimo. Sí.

—¿Y qué fotos son esas que hiciste?

Me sonrojo, le hablo de ellas, de que las saqué la última vez cuando Elle y su novio se estuvieron besuqueando en el salón.

—¿Y al verlas te atacó?

Me muerdo el labio antes de contestar.

—Solo quería mosquearla un poco.

—¿Por qué no me contaste todo esto antes?

—¡Ya te lo he dicho! No me gusta chivarme —contesto tirando de los mocos.

—Entonces, ¿a qué vino lo de las fotos?

Me encojo de hombros.

—No quería que Elle fuera tan mala conmigo, que no me mandara para cama como si fuera un bebé. Pensé que, si la asustaba diciéndole que te enseñaría las fotos, me dejaría en paz y no me mandaría para cama tan pronto.

—¿Por eso le mostraste una foto? ¿Para chantajearla?

Mamá parece estar furiosa, pero noto que esa furia no va dirigida solo contra mí.

Otra vez me encojo de hombros, porque fue justo por eso.

—¿Elle te pegó? ¿Ella o su novio?

Asiento.

—Elle me empujó contra la pared y me gritó. Me entró mucho miedo. Pensé que iba a darme una paliza de lo cabreada que estaba.

—¿Y luego? ¿Qué pasó después?

—La verdad es que no lo recuerdo bien —digo—. Metí las manos en el bolsillo al alejarme de ella. Y ahí estaba el destornillador de Papá en mi bolsillo. Y entonces pasó. Sin más.

—O sea, ¿que en el fondo fue defensa propia? ¡No querías matarla, sino protegerte!

Asiento con la cabeza, bajo la mirada.

—¡Hay que llamar a la policía!

Mi cabeza se alza de golpe.

—¡No van a creerme!

—¿Por qué no? Si tienes pruebas ¿o no? Las fotos, la separación de su novio y dices que te empujó… ¿Tienes un chichón?

Me toco la cabeza buscando el sitio con el que me golpeé contra la pared. Asiento.

—Duele un montón.

Mamá asiente convulsivamente.

—Eso es. ¡Justo así se lo vamos a contar!

—Pero ¿qué pasa con Papá? —pregunto—. ¡Él sí que no va a creerme! Desde el accidente está súper raro conmigo, como si creyera que… —Me callo de golpe, la miro, suplicante—. Creo que también me culpa de la muerte de Sophie.

Mamá me mira asustada, luego esquiva mi mirada. Reflexiona, varios largos segundos, antes de volver a mirarme.

—Pero eso fueron accidentes, cariño, ¿o no? Sophie y después lo de los dos chicos.

La miro, finjo perplejidad.

—¿Pero tú qué crees, Mamá? ¿Qué iba a ser si no? ¡Si ya sabes lo que le conté a la policía! No tuve nada que ver. Ni idea por qué piensa Papá eso de mí. A veces creo que me odia.

Mamá coge aire, me mira.

—Eso ni lo pienses, ¿vale? Papá te quiere. Es solo que… no sé…

—¿Qué, Mamá? ¿Qué le pasa a Papá conmigo? —Meto todas mis emociones en esa pregunta, tengo que hacer pasar mi temor a que

me descubran por desesperación y dolor antes de seguir hablando—. Tiene que ser por su trabajo. Por eso es tan desconfiado con todo el mundo.

Mamá me mira. Tiene el rostro distorsionado por culpa de la desesperación.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto en voz baja—. Los padres de Elle van a empezar a preocuparse si no vuelve a su casa.

Mamá se cuadra.

—Efectivamente, lo harán —constata. Me agarra de los hombros, me mira intensamente—. ¿Confías en mí?

Asiento con la cabeza.

—Entonces ahora escúchame bien. No podemos cometer ni el más mínimo error, ¿entendido?

—Tengo miedo, Mamá.

Me mira, hace una mueca.

—Yo también, cariño. Pero vamos a solucionar esto, te lo prometo. ¡Tú y yo somos un equipo! ¡Pase lo que pase!

VEINTICINCO
ANNIKA

—¿Qué te parece? —le preguntó Annika a Lenny—. ¡Podemos competir con cualquier pastelería!

—*Mmhh* —fue lo único que pudo emitir Lenny con la boca llena.

Llevaban toda la tarde haciendo galletas y habían hecho cuatro clases diferentes. Dos rellenas de mermelada y dos de chocolate. Y a pesar de que un sinfín de galletas ya había desaparecido en la boca de su hijo, seguían quedando un montón. Muchas más que latas había donde guardarlas.

Annika miró a Lenny, que estaba metiéndose una galleta de mermelada de albaricoque en la boca.

—¿Podrías llevarle unas cuantas a Linda?

Lenny puso los ojos en blanco, negó con la cabeza.

—No puedes pedirme eso. ¡No pienso entrar voluntariamente en la habitación de esa vieja bruja!

Annika se tuvo que controlar para que no la viera sonreír, al contrario, trató de lanzarle una mirada seria.

—¡Venga, cariño! No seas malo. Ya hemos hablado de eso. Linda está muy enferma y le cuesta lidiar con su suerte. Puede que le haga ilusión que le lleves algo dulce.

—Pero no quiero.

Annika suspiró, luego colocó una selección de galletas en un plato y se dirigió, con el plato en la mano, ella misma a la habitación de su suegra. Delante de la puerta se detuvo, titubeó un momento luego llamó con los nudillos y entró.

Linda estaba como siempre sentada en la silla de ruedas mirando la tele.

—Tengo algo para ti —explicó Annika y le tendió el plato con las galletas.

Linda la miró, sonrió.

—Hemos estado toda la tarde haciéndolas. Por eso la cena hoy va a ser muy ligera. ¿Te parecen bien unos huevos fritos?

Linda asintió, probó una galleta, asintió una vez más para expresar su aprobación.

—¿Te gustan?

Otro asentimiento.

—Phil ha llamado. Por fin. Te manda saludos.

No los había mandado, pero quería ver la reacción de su suegra.

Linda la miró, luego giró los ojos hacia el móvil que llevaba metido en un compartimento de la silla.

Se lo había comprado Phil y le había explicado cómo se podía usar a pesar de las barreras lingüísticas.

—¿A ti también te ha llamado?

Linda asintió, la taladró con la mirada.

Una sensación desagradable se extendió por el interior de Annika. ¿Y ahora qué significaba esta mirada? ¿Que Phil llamaba a su madre con regularidad? ¿Era eso? En ese caso, ¿qué le había contado? ¿Acaso sabía que ella, Annika, sospechaba de Linda en lo que a la visita nocturna se refería? ¿Y todo lo demás?

—Volveré más tarde y te traeré la cena —le comunicó a Linda y abandonó la habitación.

Cerró la puerta con la sensación de haber sido traicionada. Traicionada por su propio marido.

Volvió a la cocina, se sentó.

—¿Qué te pasa, Mami?

Se sobresaltó, miró a Lenny, que se había colocado a su lado.

—No es nada, cielo. Es solo que estoy agotada, ¿sabes? Eso pasa a veces cuando se está embarazada. No se aguanta tanto como antes. Las hormonas se vuelven locas.

Lenny posó una mano en la barriga de su madre.

—¿Está durmiendo?

Ella asintió sonriendo.

—Eso parece.

Colocó su mano sobre la de su hijo al notar de repente una presión en sentido contrario. Alguien parecía haber despertado. Sonrió. Era bonito sentir una nueva vida dentro del cuerpo.

—¿Te hace ilusión la llegada del bebé? —quiso saber Lenny.

Ella asintió, sonrió feliz.

—Sí.

—¿Y prefieres niño o niña?

—Lo que quiero es que venga sano. ¿Y tú? ¿Qué te gustaría más: un hermanito o una hermanita?

Lenny se quedó mirando pensativo la barriga de su madre.

—Yo también quiero que nazca sano, pero…

—Pero ¿qué?

—¿Y si después ya no me quieres?

Ella se quedó de piedra, cogió la cara de Lenny entre sus manos, lo miró muy seria.

—Tú y este bebé sois mi vida, ¿me oyes? Os quiero a los dos por igual.

—¿Y si ya no me necesitas cuando nazca?

Un dolor agudo le atravesó el pecho. Era como si le estuvieran machacando el corazón. Abrazó a Lenny con todas sus fuerzas.

—Eres mi hijo, mi Todo, cariño. ¡Voy a necesitarte siempre! ¡Siempre te querré!

Él se liberó, la miró escéptico.

—¿Y si el bebé me tiene miedo? ¿O si me odia igual que Linda? ¿Entonces qué, Mami? ¿Seguirás queriéndome y seguirás queriendo que esté contigo?

VEINTISÉIS
ANNIKA

Notó cosquillas en la nariz. Medio dormida buscó a tientas la caja de pañuelos que tenía en la mesilla de noche, cuando oyó un sonido metálico. Parpadeó adormilada, se limpió la nariz. Y después cogió el móvil para mirar qué hora era.

Se sorprendió al ver que ya eran casi las ocho. ¿Por qué se sentía tan cansada? Si ayer se había acostado temprano. Volvió a dejarse caer en la almohada, tiró de las mantas hacia arriba del todo. Solo unos minutitos más…

Se acurrucó bajo las mantas. De lado, con las manos debajo de la cara. Su postura favorita para dormir.

Pero algo le resultó raro.

No era como siempre.

Se acomodó, se arropó mejor entre las mantas cuando algo blando la hizo detenerse. Lo tenía bajo la mano junto al cuello, encima de la manta.

Se incorporó un poco, frunció el ceño al ver mechones rubios sobre el dibujo del edredón. Los cogió, mientras los observaba sintió algo raro en su interior.

Luego un cosquilleo en la nuca y la espalda. Se tocó, agarró un manojo pequeño de pelo, tiró de él. No sintió resistencia alguna en el cuero cabelludo. Asustada se quedó mirando el revoltijo de pelo

que tenía en la mano, luego lo tiró sobre la manta, volvió a tocarse la cabeza. Completamente confundida se pasó la mano por el cráneo. ¿Qué era eso? ¿A qué venía esa sensación de barba mal cortada?

Apartó la manta, echó los pies fuera de la cama, pisó algo duro y frío en el suelo.

¡El ruido metálico de antes!

Miró hacia abajo, vio unas tijeras entre las zapatillas. Las recogió.

Se le paró el corazón cuando clavó los ojos en ellas, luego se apoderó de ella el pánico.

Annika saltó de la cama, fue corriendo al cuarto de baño.

Al acercarse al lavabo, encima del cual colgaba el espejo, cerró los ojos. La asustaba la posible imagen que vería reflejada. Contó mentalmente hasta tres, luego abrió los ojos de golpe, se tambaleó hacia atrás.

Sin poder dar crédito, tiraba de los mechones, que ya no llegaban hasta la espalda como solían hacerlo, sino que acababan irregulares y deshilachados a mitad del cuello. Hasta había zonas casi calvas. Giró la cabeza para mirarse desde todos los ángulos, creyó estar atrapada en una pesadilla.

Despertaría de un momento a otro y todo volvería a ser igual que antes.

Eso no era real, como mucho era una alucinación.

Pero la imagen reflejada en el espejo y sus manos comprobantes sí eran reales.

Volvió a asegurarse, pasó de nuevo la mano por el cráneo desfigurado, por lo que quedaba de su melena.

¿Cómo y cuándo había podido ocurrir?

Anoche se había metido en cama, había hecho una trenza como siempre.

No quedaba nada, parecía una gallina desplumada.

¿Quién había podido hacerle algo así?

Volvió corriendo a la habitación, cogió las tijeras.

No era un instrumento pensado para cortar el cabello, eran unas tijeras de cocina normales y corrientes.

Se fijó primero en la cama, luego en el suelo.

Fue entonces cuando vio que todo estaba cubierto de pelo largo y rubio.

Solamente había una única persona en casa que podía haberle hecho eso y ese descubrimiento fue como una descarga eléctrica.

¡Lenny!

—¡Lenny! —gritó furibunda, salió disparada por la puerta hacia la suya, sin importarle lo temprano que era. Con la mano ya en el picaporte, se fijó en los numerosos arañazos que tenía en el brazo. Escocían, algunos sangraban.

Se detuvo consternada, se quedó mirando los largos arañazos, comprobó el otro brazo, que no estaba mucho mejor.

¡Esto no tenía ningún sentido!

Que no se hubiera despertado mientras Lenny le estaba cortando el pelo – vale. Pero ¿estos arañazos? Tenía que haberlos notado, tenía que haber despertado con ellos.

Accionó el picaporte de la puerta del cuarto de su hijo, abrió la puerta de un empujón, fue hacia la cama de Lenny, lo sacudió.

De la boca del niño salió un leve gemido, pero seguía profundamente dormido.

—¡Lennard! —le gritó, soltando un gallo—. ¡Despierta!

Por fin entró movimiento en el cuerpecito. Su hijo se estiró bostezando, luego entreabrió los ojos. Al verla, los abrió del todo, asustado.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo, Mami?

—¡Fuiste tú! —le echó ella en cara—. Porque estás enfadado conmigo, por lo que sea. Es así, ¿verdad? —Recordó la conversación que habían mantenido anoche—. ¿Por qué, Lenny? ¿Tienes celos del bebé? —prosiguió, ahora con voz más suave—. ¿Crees que lo quiero más que a ti?

Lenny hizo una mueca, empezó a temblarle la barbilla. Negó despacio con la cabeza, los ojos todavía clavados en la cabeza de su madre.

—Mami, yo no fui. —Rompió a llorar—. ¡Y tampoco tengo celos de mi hermanito!

—Entonces, ¿a qué vino lo de anoche? Dijiste que temías que cuando hubiera nacido el bebé ya no querría tenerte a mi lado.

Lenny la miró, se limpió la cara con el dorso de la mano.

—Tengo miedo de que ya no me quieras porque tienes problemas por mi culpa. Con Phil y con su mamá.

Ella sacudió la cabeza, miró fijamente a su hijo.

Su rabia por la cabeza desfigurada se había esfumado, tan solo quedaba impotencia en estado puro.

—No sé de dónde sacas esas bobadas, cariño. Que Linda sea tan rara no tiene nada que ver contigo. Es porque está enferma. Además, ella y Phil llevaban siglos sin verse. Ella también tiene que ir acostumbrándose a que su hijo se haya casado y que vaya a ser padre. —Miró a Lenny, ladeó la cabeza—. Y ahora, por favor, dime la verdad, cariño, ¿estás enfadado conmigo por alguna razón?

Negación con la cabeza.

—¿Y qué pasa con la abuela? Sé que la echas de menos, pero ¿es posible que me culpes a mí de su muerte? ¿Por no haber estado con ella cuando ocurrió?

Lenny abrió mucho los ojos.

—¡Pero si no es culpa tuya que la abuela esté ahora en el cielo! ¡Eso fue cosa de los hombres malos! Si está bien que no estuvieras con ella, que si no, ¡ahora tú seguro que también estarías muerta!

Ella extendió los brazos, abrazó a su hijo lo más fuerte que pudo.

—¡Mamá, suelta! ¡Que me ahogas! —jadeó, se liberó, la miró muy serio. Entonces sus ojos se posaron en los brazos de ella—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has rascado?

Ella rozó las heridas con la punta de los dedos, se encogió de hombros, impotente.

—Anoche cuando me fui para cama no los tenía —fue la respuesta confusa emitida con voz temblorosa.

—Yo jamás te haría daño. Tienes que creerme —le aseguró Lenny.

Ella asintió con la cabeza.

—¡Y tampoco te he cortado el pelo!

Miró a Lenny, suspiró.

—Entonces, ¿quién fue?

Él apartó la mirada, se mordió el labio inferior y señaló con la cabeza hacia la puerta.

—¿Linda? ¡No! ¡Ni lo pienses! —soltó ella—. No pudo haber sido Linda. Aunque hubiera conseguido – no sé cómo – subir las escaleras, sigue estando la parálisis. ¡Es imposible cortar el pelo con solo una mano funcional!

Los ojos de Lenny se habían llenado de lágrimas.

—¡No me crees!

—¡Sí, cariño! —Se calmó, trató de hablar tranquilamente—. Sé que no querías hacerlo. Pero al igual que el otro día, cuando lo del destrozo de abajo, puede que no fueras tú. Ni siquiera eras consciente de lo que estabas haciendo. —Cogió aire, le secó una lágrima que le estaba resbalando por la mejilla—. Tan pronto vuelva Phil tenemos que sentarnos y hablar los tres, ¿vale? Lo mejor será que tú y yo volvamos a casa y hablemos con un médico. El médico podrá ayudarte a impedir que vuelva a ocurrir algo así.

Annika estaba delante del espejo, a punto de arreglar el desastre de su cabeza para que no pareciera un nido abandonado, cuando sonó su móvil. Lo había dejado en el dormitorio.

Soltando un suspiro, dejó las tijeras a un lado, volvió a la habitación adosada para coger la llamada.

En la pantalla apareció la cara de Phil.

—Esto se va a poner interesante —murmuró, aceptó la llamada, puso el manos libres, pero ignoró la petición de Phil de conectar la cámara.

—Hola, cariño —lo saludó, lo más normal que pudo.

—Pon la cámara —pidió él, en vez de devolverle el saludo—. Quiero ver a mi preciosa esposa.

Va a quedarse a cuadros, pensó, suspiró.

—Vale, pero prométeme que no te vas a reír. —Antes de obtener una respuesta, le dio al botón de la cámara y contuvo la respiración de manera instintiva.

Cuando por fin pudo verla, quedó ojiplático, pero no dijo nada. El susto lo había dejado sin palabras.

—Ya sé que tengo una pinta horrible —balbuceó ella avergonzada —. Estaba a punto de suavizar un poco este desastre con algún tijeretazo por aquí y por allá.

Él abrió la boca, pero seguía sin salir ningún sonido de ella.

Ella sacudió frustrada la cabeza.

—¡Venga, pregunta! —le espetó—. ¡Yo estoy igual de atónita que tú!

La cara de él se transformó.

Parecía estar enfadado.

—¿Qué significa eso? —gruñó—. ¿Qué le has hecho al pelo?

—¿Cómo dices? —La voz brusca de Phil la asustó. Luego soltó una carcajada histérica—. ¿En serio crees que he sido yo?

Él frunció el ceño, la estudió sin decir nada.

—¡Maldita sea! —gritó ella—. Fue Lenny, ¿vale? Debió de tener otro episodio de sonambulismo. —Colocó el brazo izquierdo delante de la cámara para mostrarle a Phil los arañazos—. También hizo esto. Yo ni me enteré. Tuvo que haberse levantado en plena noche para bajar a la cocina, coger las tijeras y luego hacerme esto. Supongo que las horas que pasamos ayer haciendo galletas me agotaron tanto que dormí como un tronco. ¡No me enteré de nada!

Él inspiró hondo, sacudió la cabeza.

—¿Qué significa eso? —quiso saber ella, enfadada—. ¿No estarás pensando que lo hizo a propósito? —Se calló al percatarse de que también había sido lo primero que le había pasado por la cabeza a ella—. Ayer hablamos del bebé —explicó—. Lenny dijo algo que me partió el corazón. Cree que cuando haya nacido al bebé ya no lo querré a él conmigo. Por eso hoy a la mañana la primera persona en la que pensé que pudo haber hecho esto fue él, por rabia o celos, pero ahora… —Miró a Phil seriamente—. Creo que no sabe lo que hace porque efectivamente es sonámbulo.

Al ver que Phil seguía mirándola sin poder dar crédito, se enfureció.

—¿Qué pasa? ¿Acaso crees que fue tu madre la que me ha dejado así?

—Claro que no —replicó él cortante y, aunque parecía querer añadir algo más, no dijo nada.

Permanecieron un rato mirándose. Luego fue él quien, soltando un suspiro, apartó la mirada.

—Ya no aguanto más —murmuró él con voz tan baja que apenas lo oyó.

La miró una última vez y luego la pantalla se volvió negra.

VEINTISIETE
LOBO CON PIEL DE CORDERO

—¡Ya han pasado más de dos semanas! —se queja Padre. Noto cómo le vibra la voz. No hace falta que diga nada más.

Desde entonces nuestra vida ya no es como era.

Padre está siempre a la expectativa, es como si se esperara lo peor, aunque no sepa nada concreto. Sin embargo, parece sospechar algo y se imagina lo que podría venirle encima, si la policía al final sí nos pilla.

A mí eso no me preocupa. Mamá y yo hemos borrado minuciosamente todo rastro y eliminado todas las huellas. Mamá dice que estuvo una hora conduciendo para esconder los restos sin vida de Elle en el bosque mientras que yo me encargaba de la casa. Mamá me explicó detalladamente qué tenía que hacer para que la policía no encontrara ni rastro de sangre en casa.

Nos pudimos ahorrar las molestias.

Es verdad que vino la policía y que nos hicieron preguntas –varias veces incluso –, pero a ninguno se le ocurrió registrar la casa, ya ni hablemos de comprobar si había huellas de sangre. Lo que sí hicieron fue creer cada palabra del cuento que se inventó Mamá.

Declaramos que Elle se fue cuando mi madre regresó de una reunión de negocios. Mamá ni pestañeó cuando declaró que Elle

parecía trastornada y que parecía haber llorado mucho. Que antes de marcharse había farfullado algo acerca de una pelea con el novio.

A nadie se le ocurrió la posibilidad de que a Elle le pudo haber pasado algo aquí en casa. Lo que sí quedó claro bien pronto fue que Caraculo debía de ser el tío con el que se peleó. La policía averiguó que no tenía coartada para la supuesta hora de la desaparición de Elle.

Creen que le ha hecho algo, pero como no tienen pruebas contra él, excepto su falta de coartada, sigue libre. Entre otras razones porque su abogado – un socio de Papá – lo defendió con uñas y dientes. La policía dijo que también cabía la posibilidad de que Elle se hubiera escapado de casa.

Esa es la teoría a la que se aferran desesperadamente los padres de Elle. Siguen en los medios pidiendo ayuda a la ciudadanía para buscar a su hija.

Eso sí, aparte de ellos, hay muy pocos que creen que Caraculo sea inocente, entre ellos mi padre. Me enteré cuando escuché una conversación entre Mamá y él.

«El chico me parece sincero», insistió convencidísimo Padre.

Madre lo contradijo y le preguntó que cómo podía estar tan seguro.

«Sus ojos reflejan preocupación real por esa chica. Tendría que estar muy loco para fingir eso. Además, nunca ha hecho nada malo y viene de buena familia. Incluso los padres de Elle están convencidos de que no tiene nada que ver con su desaparición.»

«Eres abogado, no policía», dijo entonces Mamá, pero Padre no se dejó convencer.

«No fue él. ¡Ya lo verás!», su sentencia final en cada discusión en la que se trate este tema.

No tengo muy claro que sea porque Elle estuvo en nuestra casa antes de desaparecer o por el comportamiento extraño de Mamá desde entonces, pero Padre está todavía más receloso que antes. No es capaz de mirarme a los ojos y pasa más noches que antes durmiendo fuera de casa.

Pero ahora mismo están los dos en casa, discutiendo tan fuerte que llegan fragmentos de la conversación hasta la planta de arriba.

—… ya deberían tener alguna pista o al menos haber encontrado el cadáver —oigo decirle a Padre—. La chica no pudo haberse esfumado sin más.

—Puede que, efectivamente, se haya fugado —responde Mamá y la admiro por lo tranquila que se queda.

Padre suelta un gruñido.

—Pero ¿a dónde iba a ir? ¿Acaso al extranjero? ¿Sin dinero ni ropa?

—Es posible. Puede que tenga amigos con los que quedarse. O puede que haya hecho *autostop* y a estas alturas ya esté muy lejos.

—Y aunque así fuera, tenía que haberse enterado ya de que todo el país está patas arriba por su culpa. Conozco a Elle desde hace años – ella no haría algo así. Jamás le haría a su familia algo tan horrible.

—¿Por qué me miras así? —La voz de Mamá es de pronto aguda y de repente, silencio. No oigo nada.

¡Mis padres están hablando en susurros!

Sin hacer ruido me acerco al descansillo de las escaleras, bajo despacito, me quedo detrás de la pared para poder oír mejor.

Me asomo tras la esquina para echar un vistazo, veo a Padre gesticulando como un loco y hablando tan bajo que sigo sin poder oír nada.

—Pero ¿se te ha ido la pinza? —Mamá alza la voz, casi le sale un gallo—. ¡Eso fueron accidentes! Fue culpa de la propia Sophie. Y el caso de los chicos también estaba claro. ¡Si la policía descubrió qué había causado el accidente! ¿Cómo eres capaz de imaginar que…? —Se calla.

Cuando vuelvo a asomarme veo a Padre gesticular con las manos y hablarle en voz baja a mi madre, parece haber perdido los estribos despotricando.

De repente Mamá rompe a llorar.

—No entiendo cómo puedes estar tan ciega, aunque seas su madre —dice ahora Padre con voz más fuerte—. Lo único que tienes que hacer es repasar los hechos. La reacción al accidente… Como si no hubiera pasado nada. Y eso que ese día perdieron la vida tres personas. Antes de eso, la pobre Sophie. Eran amigos desde que

eran bebés. ¿Y cómo reaccionó? Ni una palabra de tristeza o pena. ¡Ni una sola lágrima! ¡Eso no puede ser normal! Puede que vaya siendo hora de que busquemos ayuda.

Sus palabras me asustan tanto que mis músculos se niegan a hacer su trabajo y me tengo que sentar.

—¿Ayuda? ¿Para quién? —Mamá parece haberse vuelto a controlar porque ahora suena furiosa—. ¿Cómo se te ocurre pensar que nuestro hijo tiene que ver algo con todo esto? Que podría estar chiflado. ¡Es un buen chico, maldita sea!

Padre suelta una risa que suena de todo menos alegre.

—Créeme, cariño, nadie desea más que yo que haya una explicación racional para todo y que yo esté completamente equivocado. —Se calla, parece estar buscando las palabras adecuadas. De repente rompe a llorar—. Nuestro hijo me da miedo, cariño, muchísimo miedo. Y reconozco que estoy deseando que por fin sea adulto y desaparezca. ¡Es un lobo con piel de cordero!

Silencio.

Más silencio.

Luego una bofetada sonora.

—Quiero que te largues. ¿Me oyes? ¡Lárgate y no vuelvas nunca más! —Mamá solloza por lo bajo, luego oigo algo que parece un forcejeo—. ¡LARGO! —grita ella de repente con tanta fuerza que me asusto.

Me levanto de golpe, consigo llegar arriba justo a tiempo de evitar que me vea Padre, que aparece en ese mismo instante en el pasillo. No me ve porque me he escondido a la sombra de la cómoda. Pero supongo que se imagina que lo he oído todo porque mira justo en mi dirección. Entonces se gira hacia Mamá, que acaba de aparecer detrás de él, con las manos apoyadas en la cadera y echando chispas por los ojos.

—¡Lárgate de una vez!

—Ya sabes dónde encontrarme cuando necesites ayuda.

—¡Que os den a ti y a tu ayuda!

—Llegará el día en el que tu castillo de naipes se desmorone.

—¡Quiero que te calles!

—Recordarás mis palabras… te lo aseguro, pero puede que para entonces ya sea demasiado tarde. ¿No lo entiendes? Va a arrastrar a mucha más gente a la desgracia y ¡tú serás la culpable!

VEINTIOCHO
ANNIKA

Cuando le pareció que su cabello volvía a estar medianamente presentable, se atrevió a bajar.

Lenny se había metido en su habitación. Seguramente lo había asustado al culparlo por lo del pelo y por el tono brusco con el que le había hablado. También podría ser porque antes la había encontrado en el cuarto de baño, llorando. Seguramente había pensado que estaba triste por el pelo.

—Venga, Mami —le había dicho mirándola a través de sus enormes ojos y abrazándola con fuerza—. ¡Si tú siempre estás guapa!

Aquel gesto y esas palabras la habían emocionado tanto que decidió dejar el asunto como estaba. ¿De qué serviría contarle a Lenny que lloraba por culpa de Phil y su reacción repugnante al teléfono?

Aun ahora, una hora más tarde, seguía consternada, herida y sin saber qué hacer. No acababa de entender por qué Phil había colgado así sin más ni por qué la dejaba completamente sola con todas las preocupaciones.

Al fin y al cabo, la había dejado con su madre. Una mujer a la que apenas conocía. En una casa y un entorno desconocidos para ella.

Delante de la puerta de Linda se planteó si llamar y ver cómo estaba. Para no despertarla, pegó la oreja a la puerta y escuchó. Le llegó un murmullo de voces, lo que significaba que su suegra seguía despierta. Conociendo a Linda estaría arreglada, perfectamente maquillada y peinada y sentada delante del televisor en su silla de ruedas.

Una imagen que le trajo a la mente algo muy doloroso: su propia madre era solo un poquito más joven que Linda cuando había muerto.

Pero a diferencia de Linda, su madre había tenido una existencia plena que había valido la pena vivir. Había gozado de salud, estaba en forma y fuerte, a pesar de la edad, y hasta el final había conservado los mismos pájaros en la cabeza que su nieto Lenny.

Era incluso mucho más valiente y atrevida que Annika. Su madre se había subido a la montaña rusa con Lenny cuando ella no se había atrevido. Y la de horas que había pasado saltando con Lenny en los hinchables como si fuera una niña más. En el fondo su madre nunca dejó de ser una niña, adoraba a Lenny, igual que él a ella.

Por primera vez fue consciente de verdad de que el estado de salud de Linda no solo implicaba limitaciones físicas con las que tenía que lidiar, sino que había mucho más. Habría muchas cosas en la vida de su primer nieto que a Linda le serían denegadas.

La mera idea entristeció a Annika, sin embargo, siguió con el hilo de sus pensamientos.

¿Qué le quedaba a Linda?

¿Qué pasaría si, efectivamente, encontraban una residencia donde pudieran hacerse cargo de Linda?

Aparte de que tendrían todavía menos ocasiones de verse, había muchas cosas que Linda no compartiría con ellos. Nada de excursiones en familia, nada de ir juntos al cine, ni siquiera ir de compras le sería concedido. Linda jamás jugaría con su nieto en la arena – todo aquello que a su propia madre la había llenado de orgullo y alegría, a su suegra le quedaba vedado.

Eso era horrible, desolador.

Por fin llamó a la puerta y entró.

Linda estaba delante del televisor y le sonrió. Entonces titubeó, se llevó la mano sana a la cabeza, la miró incrédula.

—Tocaba un cambio de *look.* —Así explicó Annika su desafortunado aspecto. ¿De qué serviría contarle a Linda toda la historia de las tijeras? Pero la mirada pensativa de Linda sumada a sus propios pensamientos recientes, la destrozó, por lo que rompió a llorar sin previo aviso. Tomó asiento en uno de los sillones, maldijo para sus adentros las hormonas alteradas que la hacían perder el control constantemente.

—Es por el embarazo —se justificó tirando de los mocos cuando se hubo recuperado un poco—. Ya llevo bastante tiempo así, llorando por cualquier tontería.

Linda asintió sonriendo y empatizando. Aparentemente se alegraba de poder disfrutar de la compañía de Annika.

Annika se conmovió y decidió contar la verdad.

—Este corte —explicó—, no fui yo. Lo hizo Lenny. Le está costando adaptarse a todos estos cambios… La muerte de su abuela, antes de eso mi boda, el bebé… Son demasiadas cosas para un niño, ¿entiendes?

Linda solo la miró y por una milésima de segundo Annika creyó ver una lágrima en los ojos de la mujer.

—Ese niño es lo más grande de mi vida —continuó—, pero tiene miedo por lo del bebé. Teme que vaya a sacarle el puesto, que deje de jugar un papel importante en mi vida cuando haya nacido el hermanito. Supongo que es por eso por lo que le dan estos episodios de sonambulismo. ¿Recuerdas el caos que montó el otro día aquí abajo? Parecía decirlo de corazón cuando insistía en que no había sido él. Y cuando esta mañana me vio de esta guisa, se asustó visiblemente. Se disgustó muchísimo cuando lo acusé de haberme hecho esto. Parecía tan triste, tan perdido… Imposible que fuera teatro. ¡Está sufriendo, Linda! Y su alma está tratando de buscar un respiro haciéndolo vagar por ahí dormido y montar todo este caos. Es su manera de pedir ayuda, pero Phil… —Se calló de golpe, miró a Linda—. Tu hijo no lo entiende, es como si hubiera perdido la paciencia con el niño, con lo bien que se han llevado siempre… ¡No acabo de entender qué ha cambiado!

Linda la observó en silencio, luego extendió un brazo, la miraba con cariño, casi con gesto maternal.

Annika le devolvió el detalle, agarró la mano de Linda, se la apretó agradecida.

Su suegra abrió la boca, intentó pronunciar una palabra, sacudió la cabeza. Luego se soltó, puso la mano en el pecho, después la señaló a ella.

—¿Mi madre?

Linda asintió con la cabeza, alzó las cejas en forma de interrogante.

—¿Quieres saber cómo era?

Una sonrisa.

—Era perfecta. No pude haber tenido una madre mejor. Siempre tuvo mucha paciencia conmigo, y eso que fui una niña difícil y rebelde. Era mi amiga. Me dejó ser quien yo era. Nunca me obligó a tomar un camino que yo no quería tomar. Me apoyaba. Siempre. Pasara lo que pasara. Y lo mismo con Lenny. Fue una abuela genial. Desde el momento en que nació, lo adoró, lo inundó de amor, gracias a lo cual el pequeño apenas echó de menos al padre que lo abandonó. Ella lo era todo para nosotros. Y por eso resulta tan difícil de aceptar que nunca más volveremos a verla.

Linda negó rápidamente con la cabeza, alzó la mano y extendió un dedo hacia el cielo, la miró sonriente con ojos anegados en lágrimas.

—¿Crees en eso? —soltó Annika—. ¿En Dios y en que hay vida después de la muerte? ¿En serio crees que algún día volveremos a ver a nuestros seres queridos?

Linda puso la mano sobre el pecho y asintió con vehemencia, mientras que no apartaba los ojos de ella.

—Sería maravilloso —admitió Annika—. Lo que pasa es que soy atea, al igual que mi madre. Nunca hablamos sobre lo que vendría después de la muerte, pero mi madre creía que el sentido de la vida era sacar lo mejor de nuestro paso por la Tierra, sin perder jamás de vista nuestra propia humanidad.

Una Linda comprensiva pareció reflexionar.

—Mi madre era una buena persona de verdad, siempre dispuesta a ayudar y muy generosa. Precisamente eso hace que resulte tan horrible que… —En mitad de la frase se calló asustada. Inspiró hondo. Le había prometido a Phil jamás hablar con su madre sobre lo ocurrido. Había faltado poco para irse de la lengua.

Notó la mirada interrogante de Linda, negó con la cabeza.

—No puedo, Linda. Por favor, perdóname.

La mujer la miró y de repente su rostro se volvió casi receloso.

—Se lo he tenido que prometer a Phil. Dice que te alterarías.

Linda frunció el ceño, abrió la boca. Luego cerró los ojos como para concentrarse.

—A… aa… —Se calló, abrió los ojos, hizo aspavientos de impaciencia y rabia a la vez.

—¿Te refieres al accidente?

Linda asintió con fuerza, le clavó la mirada.

—¿Quieres saber qué pasó exactamente?

Otro asentimiento.

Annika suspiró.

Da igual, pensó. Phil la había dejado sola con su madre y ella ya no podía mentirle a Linda ni una sola vez más.

—No fue un accidente —confesó finalmente—. A mi madre la asesinaron.

Un sonido ahogado salió de la garganta de Linda, luego alzó la mano sana hasta la boca, la miró y negó con la cabeza sin poder dar crédito.

—Un robo —explicó Annika, controlándose para no romper a llorar—. El ladrón cogió todos los objetos de valor y estaba a punto de largarse con el botín. Mi madre debió de atraparlo con las manos en la masa a lo que la golpeó y la mató sin más.

Linda la estaba mirando con los ojos y la boca muy abiertos. Temblaba. De repente intentó calmarse. Cerró la boca, tragó, se concentró.

—¿U…. ando?

—¿Que cuándo fue eso?

La mujer asintió.

—Hace poco. —Suspiró—. A veces las alegrías y las penas van de la mano… Ese mismo día me enteré de que estaba embarazada. Si no fuera por el apoyo de tu hijo, jamás hubiera podido superarlo.

Linda emitió un sollozo. Luego sacudió la cabeza, se puso a frotar la pierna convulsivamente.

Annika la miró desconcertada. La reacción de Linda a su sinceridad resultaba tan inquietante que no pudo evitar preguntarse si, efectivamente, no habría sido un error, revelarle la brutal verdad.

Phil la mataría si por culpa suya a su madre le daba un ataque o, peor aún, un infarto. A punto de levantarse para estrechar a Linda entre sus brazos y tranquilizarla, Linda frenó el movimiento de la mano en seco, le lanzó una mirada vacía y formó un puño.

—¡Il!

Annika se sobresaltó.

—¿Quieres decir Phil? ¿Te refieres a tu hijo? ¿Qué pasa con él?

Los ojos de Linda clarearon y se pegaron a ella como una lapa. Luego negó con la cabeza, cogió bocanadas de aire.

—Él…. no…. —Se calló frustrada, se golpeó el pecho, emitió un pequeño grito—. Él no… ¡Él… no… es! —Linda se desmoronó agotada. Rompió a llorar sin complejo alguno.

Annika se la quedó mirando confundida, notó cómo se le ponía piel de gallina.

—¿A qué te refieres, Linda? ¿Qué significa eso?

Pero su suegra no emitió ni un solo sonido más y ahora era labor de Annika darle sentido a lo dicho, lo insinuado, lo conjeturado.

¿Acababa Linda de hacerle entender que Phil no era su hijo?

VEINTINUEVE
ANNIKA

—¿No te ha gustado? —le preguntó a Linda, que apenas había tocado la lasaña.

Linda hizo una mueca, colocó la mano sobre el estómago.

—¿No te sientes bien?

Su suegra se encogió de hombros, parecía más perdida incluso. Desde su conversación por la mañana era como si Linda se hubiera retirado a su propio mundo, se hubiera encapsulado en un dolor que ni siquiera podía expresar.

Le puso una mano en el hombro, la estudió, pero Linda no reaccionó.

Annika cogió el plato, lo llevó de vuelta a la cocina, lo dejó en la encimera, se sentó y se puso a pensar. Resultaba raro lo aislada que se sentía de golpe. Incluso Lenny apenas hablaba, se limitaba a lo esencial, la evitaba.

Sí, después de cenar le había ayudado a recoger la mesa, y sin quejarse, pero nada más acabar había desaparecido en su habitación. Ni siquiera había tratado de negociar el poder salir o quedarse más tiempo levantado.

Cuando le había propuesto ver una película juntos, había rechazado la propuesta con un movimiento de cabeza. La última vez

que se había aislado de esa manera fue poco después de la muerte de su abuela.

Annika suspiró.

Le preocupaba mucho el comportamiento de Lenny. Pero también le daba quebraderos de cabeza lo que Linda había soltado por la mañana.

¿En serio había intentado comunicarle que Phil no era hijo suyo?

Ojalá pudiera llamarlo y preguntarle qué opinaba al respecto. Pero seguía enfadada con él, por eso ignoraba tanto sus mensajes como las llamadas.

¿Qué demonios había intentado decirle Linda?

¿Que Phil era adoptado?

Pero ¿a qué venía eso? ¿Qué tenía que ver? Las madres adoptivas creaban vínculos igual de fuertes con sus hijos, para ellas eran como sus propios hijos. Pero al recordar el contexto en el que habían surgido las palabras de Linda, le entraron dudas.

¿No se había referido hacía poco a los cambios de humor causados por las hormonas?

Sacudió la cabeza. Así no avanzaba, sin embargo, por mucho que le urgía a Annika preguntarle a Linda al respecto, se contuvo. No quería alterar aún más a la pobre mujer.

Se planteó si preparar una taza de té, pero decidió que sería mejor meterse bajo la ducha para aclarar las ideas. De camino al cuarto de baño, llamó a la puerta de Lenny, accionó el picaporte, metió la cabeza por una rendija.

Al registrar que no estaba en su habitación, titubeó.

También miró en el cuarto de baño, luego en su propio dormitorio y finalmente en el despacho de Phil. Pero nada…

Annika tragó, se obligó a mantener la calma. ¿Sería una situación similar a la del otro día cuando se había escondido en el hueco de debajo de las escaleras?

Sí, cabía esa posibilidad.

Volvió a bajar a prisa, registró la planta baja y por último también aquel escondrijo.

Pero Lenny no aparecía por ningún lado.

Llamó a la puerta de Linda, la abrió, vio que esta tampoco estaba en su habitación. Sin embargo, el televisor estaba en marcha y la puerta del cuarto de baño estaba cerrada, lo que significaba que estaría refrescándose o haciendo sus necesidades. Y Lenny no la molestaría bajo ningún concepto en esas circunstancias.

Pues solo quedaban el sótano o el jardín.

Con el corazón en un puño corrió hacia la puerta que daba al sótano, accionó el picaporte. Estaba cerrada con ella, es decir, Lenny no podía estar allí abajo. Tragó. ¿Dónde se había metido?

Annika se miró. Seguía con las zapatillas de casa puestas. Así no podía salir porque se clavaría una piedra en la suela. Las quitó y se puso los tenis. Con ellos puestos salió corriendo al jardín.

Llamó por Lenny, se giró en todas las direcciones.

Pero no vio a su hijo por ningún lado.

—¡Lenny! —gritó histérica—. Da igual dónde estés, sal. Esto no tiene ninguna gracia, ¿entendido?

Nada.

Ninguna risita, ningún arbusto moviéndose.

Miró en la caseta que había al final de la finca, corrió a mirar en el invernadero enorme que estaba en la parte izquierda de la casa, medio escondido tras unos setos. Nada tampoco.

¿Se había escapado?

Pero ¿a dónde? Su hijo no conocía la zona y no había nada cerca que le interesara tanto como para ir él solo hasta allí.

Detrás de la casa solo había bosque.

De repente le costó respirar.

Estaba empezando a oscurecer. Si Lenny había ido al bosque, no contaba con mucho tiempo para encontrarlo antes de que cerrara la noche.

Salió corriendo por el sendero estrecho que llevaba hasta la valla que hacía de frontera entre la propiedad y el bosque público.

¿Habría saltado la valla y se había puesto en marcha él solito porque la situación en la casa se le había vuelto insostenible?

Jamás había hecho nada parecido. Pero ¿qué sabría ella lo que pasaba dentro de la cabeza de un niño traumatizado?

La sobrevino un temblor al imaginarse a su pobre hijo solo de noche en el bosque si no lograba encontrarlo a tiempo.

A punto de saltar ella misma la valla, oyó un gemido lejano. Muy bajito, casi imperceptible, pero, aun así, real.

¡Era Lenny!

Pero los gemidos no procedían del bosque. Procedían de algún sitio de la casa.

—¡Cariño! —lo llamó lo más fuerte que pudo—. ¿Dónde estás?

Los gemidos se convirtieron en sollozos a medida que se acercaba a la casa.

—Lenny, cariño, puedo oírte, pero no te veo. ¿Dónde estás?

—Aquí abajo. Por favor, mamá, tengo miedo.

Ella se paró en seco, miró alrededor.

—Cariño, sigue hablándome. Dime dónde estás.

—Justo delante tuya. Te estoy viendo.

Annika giró la cabeza hacia la dirección de donde provenía la voz.

Lenny tenía que estar en algún sitio de la casa, pero ya había buscado por todas partes.

De repente, por el rabillo del ojo, vio un movimiento.

Una mano sobresalía de entre los barrotes de la ventana del sótano.

—¡Dios mío, cariño! ¿Qué haces ahí abajo? —gritó mientras se precipitaba hacia él—. ¿Por qué estás en el sótano?

—Alguien me ha encerrado aquí.

Ella se sobresaltó.

—¿Qué?

—Bajé porque quería saber qué hay aquí abajo y al volver a subir la puerta estaba cerrada con llave. ¡Te llamé, pero no viniste! —Había reproche en su voz.

—Estaba aquí fuera, cariño, buscándote. Te he buscado por todas partes y ahora iba a ir al bosque a seguir buscándote allí.

—¿Me abres? ¡Por favor, Mamá, lo siento de veras!

Ella se quedó de piedra.

—¿No creerás en serio que fui yo la que hizo esto?

Lenny se quedó mirando la cabeza de su madre, su cabello, pero no dijo nada.

—Cariño, te juro que iba a subir a darme una ducha después de mirar cómo estabas, cuando me di cuenta de que no estabas en tu habitación.

—¡Pero alguien me encerró!

¡Linda! Se incorporó rápida como una flecha, corrió hacia la casa, desde allí al sótano, giró la llave. Acababa de abrir la puerta cuando Lenny se abalanzó sobre ella.

—Mi pobre niño —susurró mientras lo estrechaba entre sus brazos. Entonces se apoderó la rabia de ella. Lo miró.

—No te muevas del sitio, ¿entendido?

Lenny asintió con la cabeza.

Fue a la habitación de Linda, entró sin llamar. Su suegra estaba como siempre sentada delante del televisor, sin embargo, se había puesto un chándal. Se giró hacia ella con una mirada interrogante, se asustó un poco al ver lo furiosa que estaba Annika.

—¿Has sido tú? —preguntó lanzando chispas por los ojos—. ¿Has encerrado a mi hijo en el sótano?

Linda soltó un suspiro largo, bajó la mirada.

Luego negó con la cabeza.

—¿No has salido al pasillo ni cerrado la puerta con llave detrás de Lennard?

Linda volvió a negar con la cabeza. Esta vez con movimientos más lentos, como si estuviera tratando con una descerebrada.

Annika apoyó las manos en la cadera, carraspeó.

—¿Sabes lo que pasa, Linda? ¡Que no te creo! Rechazas a mi hijo y es evidente que no es de tu agrado. ¡Y ahora esto! Lenny cree que lo he encerrado en el sótano, cuando fuiste tú quien lo hizo. Tuviste que oírlo gritar mientras yo estaba fuera buscándolo. ¿Por qué no le abriste?

Linda le sostuvo la mirada, cogió aire, luego lo expulsó, aparentemente en un gesto mudo de impotencia y desesperación.

Luego alzó la mano, la señaló con el dedo, abrió la boca.

—¡Tú…!

—¿Qué pasa conmigo? ¿Que encierro a mi hijo y que luego ni lo recuerdo? ¡Eso no tiene ningún sentido!

Linda cerró los ojos, se tensó, abrió y cerró la boca repetidas veces, parecía luchar desesperadamente contra su barrera lingüística. Al final abrió mucho los ojos, la miró triste y afligida a la vez.

—¡Tú…. Loca!

TREINTA
ANNIKA

—¡Que te den! —murmuró tras echar un vistazo a la pantalla del móvil. Furiosa lo metió en el bolsillo de atrás de los vaqueros. Era la sexta vez que Phil intentaba contactar con ella, pero no se veía con fuerzas para aceptar la llamada y hablar con él.

No le perdonaba que la última vez le hubiera colgado sin más, dejándola más o menos sola con los problemas. Pero había más: desde que habían venido a Francia, a la casa de su madre, se habían distanciado en vez de acercarse. Y no era solo una sensación, había hechos concretos y estaba su manera de actuar que tanto la estaba afectando.

Costaba encontrar las palabras para describir lo que les estaba pasando exactamente. Sin embargo, era innegable que entre ella y Phil se había abierto una brecha que día a día parecía más insuperable.

¿Cómo iba a lidiar con eso? No podía seguir ignorando para siempre sus llamadas. Sumida en sus pensamientos más oscuros, subió las escaleras. Una vez arriba fue al cuarto de baño para prepararse para la noche.

Mientras se cepillaba los dientes, trató de ignorar su reflejo en el espejo. La pérdida de su melena resultaba dolorosa, pero mucho

más dolorosa había sido la reacción de Phil. Se había enfadado con ella por lo del pelo.

De camino a su habitación quiso pasar primero por la de Lenny cuando volvió a sonar el móvil.

¡Phil!

Sin saber qué hacer se quedó mirando la pantalla, luego se armó de valor, aceptó la llamada y pulsó el botón de la cámara.

—¿Se puede saber qué está pasando ahí? —le espetó Phil con el ceño fruncido.

Ella se encogió de hombros.

—Ha sido un día con mucho trajín —fue la respuesta vaga.

—¿A qué te refieres? ¿Va todo bien?

Annika sopesó qué contarle y qué era mejor guardarse cuando volvió a oír en su cabeza el balbuceo de Linda del otro día:

¡Él… no… es!

Por muy grande que era su necesidad de pedirle una explicación al respecto de aquella aseveración, decidió no contarle nada. Ya había de sobra con otras cosas.

—Linda encerró hoy a mi hijo en el sótano. —Eso sí se lo contó.

—¿Qué?

—Has oído bien. Eso fue lo que hizo. —Annika repitió su acusación—. Yo estaba destrozada porque no lo encontraba. Estaba a punto de meterme en el bosque para buscarlo allí cuando oí sus sollozos de impotencia. ¡Pobrecito! ¡Estaba encerrado en el sótano, completamente a oscuras!

—Cariño. —Phil trató de apaciguarla, pero ella negó rotundamente con la cabeza.

—No intentes convencerme de que estoy exagerando —gritó con más fuerza de la que pretendía—. Tu madre odia a Lenny y no tengo ni idea de por qué. ¡Joder!

El rostro de Phil se convirtió en una máscara.

—¡Ya está bien, Annika! ¡Baja ya de las nubes! Esto tiene que parar. —Calló, la miró muy serio—. Ya no puedo más, cariño, ¿lo entiendes? Estoy preocupado por ti, por tu estado de ánimo. Tus reacciones, el estrés que te estás causando a ti misma. ¡Esto no es bueno para nuestro bebé!

—¿Nuestro bebé? ¿Eso es lo único que te preocupa? Lennard es tan hijo mío como la criaturilla que llevo en el vientre. Amo a mis dos hijos más que a nada en el mundo y, si tu madre le declara la guerra a uno de ellos, ¡digo yo que tendré todo el derecho del mundo a alterarme! Y ni se te ocurra venirme con la excusa de que tu madre está enferma, ¿me oyes? Tú madre no está tan impedida como creemos. A veces pienso que es todo teatro.

Phil permaneció en silencio, tan solo le lanzaba miradas sombrías. Finalmente carraspeó.

—A mi regreso hablaremos con calma de todo, ¿vale, cariño?

Ella resopló, asintió con la cabeza.

—¿Cuándo va a ser eso?

Él esbozó una sonrisa.

—Mañana por la mañana. —Alejó un poco el móvil para que ella pudiera ver que estaba haciendo las maletas.

La atravesó una oleada de alivio.

—Esa es la mejor noticia que he tenido en días. —Cerró los ojos por un momento, respiró hondo, volvió a abrirlos para mirarlo—. ¿Puedo fiarme de ti? ¿De verdad vas a venir mañana?

Él asintió, pero ya no sonreía.

—¿Serás capaz de aguantar un par de horas más con mi madre, sin que os tiréis de los pelos?

Ella hizo una mueca.

—Muy gracioso. ¡Pregúntaselo a ella!

La llamada dejó a Annika alicaída. Cada pelea con Phil le costaba demasiadas fuerzas. A eso había que añadir que en estos momentos se sentía de todo menos fuerte. Tenía las hormonas revolucionadas desde el comienzo del embarazo. Cualquier nimiedad la hacía llorar, perdía los nervios a la primera de cambio, reaccionaba con demasiada intensidad ante todo.

Respiró hondo, guardó el móvil, fue a la habitación de Lenny.

Se acercó sigilosamente a su cama para no despertarlo, pero al llegar, él apartó las mantas de golpe.

—¿Puedes quedarte un poquito, mamá? —preguntó adormilado, era la voz de su niño, el de siempre.

Se le encogió el corazón.

Se metió debajo de las mantas, lo abrazó, frotó su cara contra la espalda de él, inhaló su dulce aroma. Chicle y arándanos, el gel favorito de Lenny desde que tenía tres años.

—Te quiero, mami —farfulló, la agarró de la mano para pegarse más a ella, suspiró contento. Permanecieron así tendidos un buen rato, disfrutando de la cercanía del otro, sin más, cuando de repente el cuerpo de Lenny se tensó.

—Antes, ¿te peleaste con Phil por mi culpa?

Annika, que estaba a punto de quedar dormida, despertó de golpe.

—¡Claro que no! Fue por Linda, por encerrarte en el sótano.

—Últimamente siempre estáis discutiendo —susurró él—. Eso me pone triste, mamá. A veces pienso que Phil ya no me quiere como antes. Desde que estamos aquí casi no habla conmigo. Y tampoco quiere jugar conmigo.

—Pues cuando vuelva mañana, pídeselo —sugirió ella—. Pídele que juegue contigo al fútbol o a lo que sea, pero juntos. Podríais hacer una excursión a la playa.

—¿Crees que Phil va a querer?

—¡Por supuesto! Te quiere mucho, cariño. Ya lo sabes.

Silencio.

Luego un suspiro.

—Creo que Phil está así porque está muy preocupado por ti.

Annika se quedó de piedra, lo abrazó con más fuerza.

—¿Por qué lo dices?

—Pasas mucho tiempo conmigo. Siempre te pones de mi lado.

—Soy tu mamá, cariño, y las mamás hacen eso. Pasar todo el tiempo posible con sus hijos porque llegará el día en el que tendrán que soltarlos y dejarlos volar.

—Yo seguiré queriéndote mucho. Más que a nada en el mundo.

Ella se rio.

—Lo dudo mucho, pero es el ciclo de la vida. Tenemos hijos, los criamos, dejamos que se vayan para que puedan tener sus propios hijos.

—¿Mamá?

—¿Sí, cariño?

—A lo mejor deberías soltarme ya y no esperar a que sea mayor. Así las cosas entre Phil y tú volverán a arreglarse.

Annika empezó a sudar, sobresaltada.

—Por favor, no digas esas cosas —farfulló preocupada—. ¡Me das mucho miedo! —Lo sacudió ligeramente, pero él no reaccionó—. Phil es mi marido y lo quiero, por supuesto, pero tú eres mi hijo, mi Todo… Lo sabes, ¿a que sí? No me puedo imaginar la vida sin ti. ¡Y tampoco quiero hacerlo!

Se calló, escuchó atenta la respiración de Lenny.

Se había quedado dormido.

TREINTA Y UNO
ANNIKA

La despertó un martilleo.

Adormilada se tapó la cabeza con las mantas, tratando de ahogar el ruido.

Ya casi se había vuelto a quedar a dormir cuando lo oyó de nuevo.

Implacable, exigente, ruidoso. Demasiado ruidoso como para ignorarlo.

Era como si alguien estuviera al otro lado de la puerta, golpeándola con el puño.

Parpadeó confusa, palpó a tientas en busca del móvil que había dejado en la mesilla de noche, lo encendió. Eran las tres de la madrugada. ¿A quién demonios se le ocurría despertar a la gente en plena noche?

Más golpes.

¡Lenny! Si oía los golpes, despertaría, se asustaría y, en el peor de los casos, no pegaría ojo durante el resto de la noche.

Se enfadó.

Apartó las mantas de golpe, sacó las piernas de cama, bajó a la planta baja. Ya casi en la puerta se dio cuenta de que solo llevaba una camiseta corta y que iba descalza.

Da igual, pensó. Quien estaba molestando debía enterarse de que la había despertado de malas maneras.

Accionó el picaporte y, apenas hubo abierto la puerta, entró Catrin, con una mujer joven de remolque, pasando sin más a su lado.

—Vale… —murmuró Annika, completamente sobrepasada por la situación, se las quedó mirando mientras se lanzaban hacia la habitación de Linda.

Cerró la puerta y las siguió, mientras una sensación rara se iba apoderando de ella.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó. Entonces recordó que Catrin no hablaba su idioma.

La joven se giró hacia ella.

—Soy Monique. Catrin es mi madre y estamos aquí porque Linda nos ha mandado un mensaje. Necesita nuestra ayuda —explicó la joven hablando un inglés perfecto.

Annika alzó las cejas.

—¿A qué viene esto? ¿Por qué iba Linda a llamaros a vosotras si necesitara ayuda? Yo estoy aquí, podría haberme acercado a mirar qué le pasa. ¿Por qué no me llamó? Hubiese oído sus voces.

Monique la miró indecisa, luego se giró hacia Catrin y Linda y habló con ellas en francés. Volvió a dirigirse a Annika.

—Linda dice que le tiene miedo, Annika. Parece ser que estuvo usted en su habitación y la pegó.

Annika dio un paso atrás, soltó una carcajada que incluso a ella le pareció risa de histérica.

—¿Que la he pegado?

Monique asintió, atenta a Linda y a ella.

—¿Se puede saber qué mierdas vas contando por ahí? —le espetó Annika a su suegra, dio un paso hacia ella. La mujer se encogió instintivamente, protegió su rostro con el brazo sano.

Annika palideció al descubrir los moratones en el brazo de Linda. Eran marcas de dedos y – no le cabía la menor duda – no las tenía cuando le había dado las buenas noches.

Tampoco fue hasta ese momento que se fijó en el labio y el ojo hinchados de Linda.

—¡Eso no he sido yo, Linda! —exclamó consternada—. Estaba durmiendo hasta hace nada. ¿Cómo puedes afirmar algo así?

Linda se puso a llorar.

Annika desvió la mirada hacia Catrin, luego hacia la hija de esta.

—¿Por qué iba a querer darle una paliza a mi suegra? —le preguntó a la joven, usando también el inglés como idioma de comunicación.

—Linda dice que desde que llegaron se comporta usted de una manera extraña y que le tiene mucho miedo. Dice estar muy enfadada con Philly por haberla expuesto a semejante situación.

—Jamás le he tocado un solo pelo a Linda —insistió Annika, acentuando cada sílaba, aunque con la voz temblorosa por la rabia —. Fue todo lo contrario. Es Linda la que se comporta muy rara desde que se ha ido Phil. ¡El otro día le lanzó un sándwich a mi hijo y ayer lo encerró en el sótano! ¡El pobre estaba asustadísimo!

Observó a Monique diciéndole algo en francés a su madre, la cual, a raíz de eso, la miró consternada a ella.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Monique—. ¿Por qué me mira su madre de esa manera? Como si me hubiese vuelto loca.

De repente, la joven no se vio capaz de seguir mirándola a los ojos. Se centró en un punto fijo en el suelo mientras que entre su madre y Linda había estallado una discusión. Al final, Monique volvió a mirarla.

—Siento mucho lo de su hijo —soltó.

Annika frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

La joven tragó, luego miró incómoda a su madre.

Pero no llegó nada más. Se extendió un manto de silencio sobre ellas y las miradas afectadas de las tres mujeres se clavaron en ella.

¡Lenny! ¡Le ha pasado algo a Lenny! Annika inspiró hondo, se recompuso, salió corriendo de la habitación, subió las escaleras, abrió de un tirón la puerta del cuarto de Lenny – se acercó a la cama con el corazón saliéndole del pecho.

¡Lenny! ¡No estaba!

Le vino a la cabeza lo que acababa de decir la hija de Catrin.

«Siento mucho lo de su hijo.»

Tragó aire.

¿Qué demonios estaba pasando aquí?

Su corazón palpitaba, martilleaba en un *staccato* frenético contra sus costillas mientras ella se precipitaba escaleras abajo.

—¿Dónde está mi hijo, maldita sea? —soltó una vez se hubo vuelto a reunir con las otras mujeres en la habitación.

Monique se giró hacia ella. Catrin se había acomodado en la cama junto a Linda y le estaba aplicando una pomada en los hematomas.

—¿Qué ha dicho?

Annika se dio cuenta de que había hablado en alemán, así que repitió la pregunta en inglés.

La joven sacudió la cabeza para indicar que no la entendía. También Catrin y Linda la estudiaron con el escepticismo reflejado en sus rostros.

De repente se hizo un silencio absoluto en aquella habitación.

—No entiendo a qué se refiere —lo rompió Monique, mirándola incómoda—. Linda dice que usted no tiene ningún hijo.

TREINTA Y DOS
DAÑOS COLATERALES Y UN PEÓN SACRIFICADO

SEIS MESES ANTES

Si alguien llega a preguntarme alguna vez – en mi lecho de muerte, por ejemplo – qué es de lo que más me arrepiento, solo habrá una única cosa.

Los daños colaterales de mis acciones.

Pero vayamos por orden y empecemos por una aclaración importante. Mis acciones, si se me permite llamarlas así, estaban todas justificadas y no me arrepiento de ninguna de ellas.

No me arrepiento de no haber ayudado a mi mejor amiga Sophie cuando tuvo el accidente en nuestra piscina, ni que los dos chavales de mi clase tuvieran el accidente. Uno de ellos lleva décadas criando malvas y el otro tiene que arreglárselas atado a una silla de ruedas. Lo que me inquietó un poco en su día fueron los daños colaterales del accidente. Una mujer joven y su hijo pequeño murieron cuando la caja del camión volcó sobre el coche en el que iban. Tras una inspección exhaustiva por parte de la policía resultó que parte del accidente había sido responsabilidad de la empresa de transporte por no haberle hecho un mantenimiento a fondo al camión.

Y luego está lo de mi antigua niñera…

¿Cómo se suele decir? Cada quien es artífice de su propio destino. Pues justo eso aplica a la desgracia que se buscó esa desvergonzada e irresponsable. Desafió el destino, el suyo y el mío, y recibió lo que se merecía.

No me da pena que la chica tuviera que morir, sino que mi madre fuera la víctima.

Y hay algo más de lo que me arrepiento. Y de todo corazón. Lamento haberle concedido tiempo a mi padre, no haberlo matado antes de que dejara a mi madre tullida y le rompiera el corazón a mi esposa.

Un gemido me arranca de mis pensamientos turbios y he de obligarme a volver al aquí y ahora.

La sangre en el parqué es roja y espesa. Se cuela muy despacio entre las rendijas estrechas de los listones de madera.

Contemplo la cara destrozada, la herida abierta en la parte izquierda del cráneo, ahí donde la sien se ha hundido a causa de mi primer golpe. Cierro los ojos durante un instante. No porque la escena me resulte insoportable ni asquerosa, sino porque me cuesta mirar ese ojo que todavía no se ha hinchado lo suficiente como para cerrarse del todo.

Esto no estaba planeado, ni siquiera lo he hecho de manera consciente. Vine para darle una sorpresa a la mujer que amo. Y ahora, he aquí esta porquería.

Se me escapa un jadeo furioso.

¡Padre!

¿Por qué tuvo que inmiscuirse? ¿Por qué, tras todos estos años de silencio, tuvo que contárselo a alguien precisamente hoy?

¿Fue su maldad la que lo llevó a destrozarme la vida precisamente hoy y después de cargar ya con Madre sobre su conciencia? Siento cómo se me agarrotan los músculos de pura rabia.

Cuando vuelvo a mirar, ese ojo sigue estudiándome.

Es como si quisiera burlarse de mí y decirme:

«¡Eres un perdedor! ¡No has podido conmigo!»

Me cuesta tragar porque soy consciente de que no cuento con mucho tiempo para borrar mis huellas, hacer que todo parezca un atraco. Aunque antes…

Deslizo los ojos hacia la caja torácica que yace en el suelo a mis pies. Sigue subiendo y bajando ligeramente, lo que significa que tengo que acelerar el proceso.

Extiendo mi mano para agarrar el florero de plomo, a punto de asestar otro golpe, oigo un ruido a mis espaldas.

En vez de girarme, quedo como en trance mirando la mujer tirada en el suelo.

Se abre su boca ensangrentada, deja a la vista unos cuantos dientes rotos, pero aparte de un graznido de desesperación no sale ningún sonido entendible.

Entonces empieza a temblar su cuerpo. Es casi como si sus últimos vestigios de vida se movilizaran para decir algo.

Se oye un jadeo.

Luego oigo un llanto detrás de mí.

Dios, no, por favor, no, es lo que me pasa por la cabeza y de repente me doy cuenta de que hay otra cosa más de la que seguramente me arrepiente al final de mi vida.

Inspiro hondo, noto que se me revuelven las tripas.

No quiero hacer esto, bien lo sabe Dios, pero no me queda otra. Noto el amargor de la bilis en la boca, tengo que controlarme en serio para no perder los nervios. Luego me doy lentamente la vuelta.

Para la mujer tirada en el suelo hay tiempo. No va a ir a ninguna parte.

El problema que está a poco más de dos pasos de mí es mucho mayor.

Suspiro, aterrado clavo mis ojos en los dos ojos azules, muy abiertos.

No tienes otra alternativa, no te queda otra, me digo para infundirme ánimo.

¡Aunque con ello no solo le partiré el corazón a la mujer que amo, sino que, además, su mundo entero se desmoronará!

TREINTA Y TRES
ANNIKA

Durante varios segundos que se extendieron hasta el infinito, en la estancia reinó el silencio.

Luego resopló con fuerza.

—¿Se ha vuelto usted loca? —recriminó Annika a la joven—. ¡Por supuesto que tengo un hijo! Se llama Lenny. La madre de usted lo vio cuando llegamos.

Monique le dijo algo a su madre, luego volvió a mirar a Linda.

—Mamá dice que no había ningún niño. Y Linda también dice que Phil y usted vinieron solos. —La joven se interrumpió, miró desesperada hacia las otras dos mujeres, luego otra vez a ella—. Oiga, ¿no será mejor que llamemos a un médico? Creo… creemos que necesita usted ayuda. Urgentemente. Philippe no debió haberla traído así en este estado.

¡No, no y otra vez no!

En cuestión de segundos toda la rabia que Annika había ido acumulando estalló y tomó el control. Apartó a Monique de un empujón, con tanta fuerza que la golpeó contra el armazón de la cama.

—¡Miente! —gritó Annika quebrándosele la voz. Luego miró a Linda—. ¿Qué jueguecito de mierda te traes entre manos? ¿Phil está al tanto?

Nadie contestó. Todas, excepto ella, parecían paralizadas de espanto.

Soltó una risa amarga.

—¡Claro! —dijo llevada por la frustración—. Por supuesto que está al tanto. —Miró a Linda, luego al dúo madre-hija—. ¿Dónde está mi hijo? ¡Si no me lo decís, llamo a la policía!

Silencio incómodo.

Monique carraspeó, sin embargo, se mantuvo a distancia.

—Linda dice que Philippe le contó que Lenny estaba con la madre de usted cuando ocurrió. Que él también… —Sacudió la cabeza, se calló, bajó la mirada.

Annika notó que se estaba mareando.

Se apartó de las tres mujeres, pero sin perderlas de vista.

—Lenny no estaba con su abuela cuando la asaltaron. ¡Estaba conmigo en casa!

Monique alzó la cabeza, pero sin mirarla.

—Lo siento, Annika, pero eso mismo fue lo que Philippe le contó también a mi madre cuando llegaron ustedes aquí. Que en aquel atraco mataron tanto a su madre como a su hijo. Y que por eso ahora usted tiene problemas psíquicos. Usted niega la realidad, ¿entiende?

—Miente usted. —La voz de Annika apenas fue un susurro. Era como si en cuestión de una milésima de segundo toda energía hubiera desaparecido de su cuerpo. Se dejó caer al suelo, negó con la cabeza—. Eso no es verdad —balbuceó una y otra vez, cerró los ojos.

De repente surgió una imagen en su mente.

¿Qué había ocurrido aquella aciaga mañana después de haberle contado a Phil el día anterior que iba a ser padre?

Nada, solo vacío.

Trató de rememorar aquel día, antes de decírselo. ¿No había llevado a Lenny a casa de su abuela para, durante una cena romántica a solas, contarle a Phil la buena nueva? ¿Sin que nadie los molestara, todo muy romántico?

Trató de concentrarse. Sin embargo, en su cabeza había algo, una barrera, que estaba bloqueándole los recuerdos.

¡Había sido su madre y no Lenny la que había muerto aquella noche! Esa era la verdad, ¿o no?

Tragó. Se concentró.

Aparecieron imágenes nuevas, fragmentos.

Nada más entrar en la casa, ya había sabido que algo no iba bien. ¿Sería por el olor fuerte o por el silencio sepulcral que reinaba? No sabría decirlo.

Entonces la había encontrado… en el suelo de la cocina, en medio de un charco monstruoso de sangre. Apenas reconocible.

Annika tragó para bajar las arcadas al ver en su mente y con total nitidez la imagen de su madre muerta. Sus manos se convirtieron en puños, sacudió la cabeza.

¡No! ¡Aquel día aciago solo había encontrado a su madre!

¡Estaba completamente segura!

Trató de pensar en otra cosa, pero ya era demasiado tarde. La barrera en su cerebro fue cediendo poco a poco, revelando a cada paso recuerdos repartidos en diminutos fragmentos.

Los tenis favoritos de Lenny colocados junto a los de su abuela.

La mochila del colegio tirada en el pasillo.

Jadeó.

Por fin reconoció que la imagen horrible de su madre no era lo único que su mente le había ocultado hasta ahora y encerrado bajo llave – para protegerla.

Un dolor agudo le atravesó el pecho.

Los pensamientos inundaron su cabeza en un intento por transmitirle algo.

Linda, que parecía no soportar a Lenny. Lo había ignorado desde el primer día.

Le había lanzado comida, se había comportado como una loca. Pero ¿y si en realidad la loca era ella?

Se rodeó el cuerpo con los brazos, se encogió sobre sí misma.

Luego, el comportamiento de Phil hacia ella. Sus palabras diciendo que ya no aguantaba más.

Y por último, todos los incidentes extraños ocurridos en la casa desde que se había ido su marido.

Alzó los ojos, miró a Linda, que ya no la observaba con odio, sino llena de lástima. Igual que las otras dos mujeres presentes.

Annika se levantó mal como pudo, fue hacia su suegra, cogió el brazo de esta, estudió los hematomas. Luego puso los dedos sobre los moratones.

—He sido yo —susurró con tan poca voz que casi no se la oyó, miró a Linda. Esta asintió con la cabeza y lágrimas en los ojos—. Y el caos aquí abajo, mi pelo, la puerta del sótano cerrada con llave, todo eso también he sido yo. —Volvió a sentarse en el suelo, ahora al lado de Linda, luego alzó la mirada hacia Monique—. ¿Puedo utilizar su móvil un momento?

La joven asintió con la cabeza, se lo tendió.

Con dedos ágiles marcó el número de la única persona en la que confiaba – tanto como había hecho en su madre. Dejó que sonara, se preparó y vio, finalmente, la cara de su mejor amiga en la pantalla.

—¡Dios mío! —exclamó esta, mirándola aún medio dormida—. Pero ¡qué pintas tienes, cari! ¿Qué ha pasado?

—Solo una pregunta —dijo Annika, yendo directamente al grano, con voz temblorosa a causa del miedo. Cogió aire, se concentró para formular la pregunta cuya respuesta en realidad no quería oír, pero quería… no, necesitaba una certeza del cien por cien—. Lenny… ¿de verdad está… muerto?

Sarah se la quedó mirando espantada, abrió la boca, volvió a cerrarla acto seguido.

—Por favor —insistió Annika, consciente de que su propia voz le sonaba extraña—. ¡Tienes que decírmelo! La noche que mataron a mi madre, esa noche, ¿perdió también la vida mi hijo?

Sarah la miró, rompió a llorar, pero asintió.

—Sí, cari —emitió entre dos sollozos—. Esa noche también murió tu Lenny. Y ojalá hubiera podido darte ahora otra respuesta.

TREINTA Y CUATRO
ANNIKA

—¿Cómo se encuentra? —Monique la observaba con cara de preocupación.

A Annika le costó entender a qué se refería. Estaba confundida, la cara de la joven se borraba ante sus ojos una y otra vez. Tan solo se fijó en que parecía trasnochada.

Ahora también se inclinó Catrin sobre ella y le dijo algo en francés a su hija. Esta tradujo.

—Nos ha dado un susto de muerte.

Annika pestañeó. *¡Susto!*

Miró a su alrededor, vio que ya no se encontraba en la habitación de Linda. Estaba tendida en el sofá del salón. ¿Cómo había llegado hasta aquí? Se incorporó.

—¿Qué ha pasado?

Las otras dos se miraron inseguras, luego se dirigieron hacia ella.

—Se desmayó usted, Annika, así sin más —explicó Monique—. Mi madre y yo la trajimos aquí para que pudiera descansar.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Al principio solo un par de segundos… —Monique se interrumpió, parecía no tener muy claro qué decir.

—¿Y luego? No lo recuerdo.

—Recuperó usted la consciencia por un momento —dijo Monique —. Y recordó… bueno… parece que fueron demasiadas emociones—. Volvió a callar, la miró con compasión—. Siento muchísimo lo que le pasó a su hijo Lenny y a su madre.

¡Lenny!

El nombre aceleró su corazón. Se incorporó, quiso correr hacia la planta de arriba cuando se dio cuenta del significado de las palabras de Monique. Y luego recordó la conversación telefónica con Sarah.

Había hecho preguntas y recibido respuestas que le habían partido el corazón en mil pedazos. De repente todo había cobrado sentido.

—Lenny… —emitió entre sollozos.

Su hijito estaba, efectivamente, muerto porque un monstruo desalmado se lo había arrebatado. ¡Así sin más!

Ocultó el rostro tras las manos, se encogió cuando la sacudió un golpe en la barriga.

Rápidamente colocó la mano en la tripa, inspiró hondo. Le costó porque el dolor pesaba sobre ella como plomo. Pero tenía que seguir viviendo, como fuera, porque ya no estaba sola. Ahora también estaba el bebé en su barriga. El hermanito de Lenny.

Se encogió de dolor al tomar conciencia de que su hijo había muerto sin llegar a saber que pronto se convertiría en un hermano mayor.

Miró a las dos mujeres.

—No sé lo que me pasa.

Catrin bajó los ojos, pero Monique la miró muy seria, se acercó, se sentó a su lado.

—No soy médica, pero creo que ha sufrido usted una especie de colapso emocional. Por eso desarrolló usted las alucinaciones con Lenny que, al menos a usted, le parecían completamente reales. Como lo quería usted tanto, no podía soltarlo.

Annika oyó las palabras y entendió. No fue capaz de decir nada. Tenía un nudo en la garganta.

—No se trata de ninguna locura —dijo Monique y le cogió la mano para transmitirle su empatía—. Lo que pasa es que es terriblemente triste. Linda trató de decírselo, intentó hacerle ver qué

estaba pasando porque la estaba asustando. Nunca quiso hacerle daño.

Annika asintió.

—Por eso hice todas esas cosas. Destrocé la casa, desfiguré mi cabello y le pegué a Linda. Porque algo dentro de mí sabía que estaba perdida en una quimera.

—Puede que también fuera por un sentimiento de culpa. Las madres tendemos a querer proteger a nuestros hijos las veinticuatro horas del día y nos olvidamos de que crecen, de que algún día incluso serán adultos, en la mayoría de los casos mucho antes de lo que nos gustaría. Sin embargo, hemos de darles la oportunidad de adquirir sus propias experiencias, aunque nos cueste por culpa de esa necesidad instintiva de protegerlos que llevamos en nuestro interior.

—¿Usted también tiene hijos?

Monique asintió sonriendo.

—Un bebé. Emma. Acaba de cumplir un mes.

Annika la miró con ojos inundados en lágrimas.

—¿Cómo voy a poder seguir viviendo sin mi hijo? —Se calló, buscó desesperadamente las palabras adecuadas—. Sé que tengo que controlarme y no perder el juicio por el bien de mi bebé, pero no sé cómo hacerlo. Aún no.

—Aprenderá —la animó Monique con cariño—. Cada día un poco más.

—Lo echo tanto de menos —susurró Annika.

—Está con usted —respondió la joven, la miró muy seria—. Estoy convencida. Él querría que siguiera usted adelante, que viviera su vida.

Annika tragó, quiso levantarse.

—¿Quiere que la ayude? —se ofreció Monique,

—Solo quiero subir al piso de arriba a coger mi móvil. Tengo que llamar a mi marido.

Monique miró a su madre, llevada por el pánico, luego otra vez a ella.

—Deberíamos volver con Linda, ¿vale?

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Catrin se había acercado, la estaba mirando. Luego le echó una mirada extraña a su hija y asintió vehementemente con la cabeza.

—Vale, *maman* —murmuró Monique y volvió a dirigirse a Annika —. *Maman* tiene razón: tengo que contarle toda la verdad.

—¿Es que hay más? —preguntó Annika con la voz quebrada.

—Mientras estaba usted inconsciente, estuvimos conversando con Linda. O mejor dicho, lo intentamos. Su suegra transcribió unas cuantas palabras y hemos llegado a la conclusión de que… —Se interrumpió, sacudió la cabeza—. Esto me resulta muy difícil —emitió para disculparse—. ¡No debería llamar a su marido! ¡Bajo ningún concepto!

Annika se sobresaltó.

—¿Por qué no? No entiendo.

Monique volvió a comunicarse con su madre, que parecía querer convencerla de algo, a la vez que subrayaba sus palabras asintiendo con la cabeza.

—Su marido, Philippe —dijo Monique con voz baja, como si le costara articular aquellas palabras—. ¡Es un asesino!

TREINTA Y CINCO
ANNIKA

Annika clavó los ojos en Monique, consternada.

—Pero ¿qué está diciendo?

—Linda guardó silencio todos estos años. Mi madre y yo también nos acabamos de enterar. —Hizo una pausa para serenarse—. Como ya he dicho antes, las madres tendemos a querer proteger a nuestros hijos ante todo y todos. Linda también lo hizo y con ello cometió el error más grande de su vida.

—Sigo sin entender —balbuceó Annika.

—Philippe mató a una niña. Eso fue hace muchos años, cuando apenas tenía trece. Ella era su niñera y él la apuñaló sin más. Afirmó que ella lo había atacado y Linda le creyó. Por el amor que sentía por su hijo incluso estuvo dispuesta a encubrir ese acto horrendo y enterró el cuerpo en el bosque.

—Eso no…. No… ¡No la creo! —Annika negó vehemente con la cabeza—. ¡No! ¡Jamás! Conozco a Phil. No es ningún asesino. Si no es capaz ni de matar una mosca.

—Aún hay más —dijo Monique, apretándole de nuevo la mano—. La mejor amiga de Philippe falleció en esta propiedad. Hace décadas de eso. Se llamaba Sophie. Linda encontró a la niña sin vida flotando en la piscina. Si he entendido bien a Linda, Phil estaba quieto, mirando impasible el cuerpo muerto en el agua. Linda no paraba de

repetirse que la falta de reacción de Phil se debía al *shock*, hasta que comprendió que había algo más que no estaba dispuesta a aceptar. Luego murieron varias personas en un accidente. Dos de las víctimas eran niños que hostigaban a Philippe en el colegio. A su padre no le cupo entonces la menor duda de que su hijo había tenido algo que ver, pero Linda volvió a no querer creérselo. También puede ser que prefiriera mirar hacia otro lado.

—¿Qué intenta decirme exactamente? —le espetó Annika, consciente de que a esas alturas temblaba de arriba abajo.

Monique emitió un suspiro profundo.

—Linda se enteró de la existencia de usted hace muy poco. Si he interpretado bien las notas que nos ha pasado, la fecha de la muerte de su madre y de su hijo coincide con la fecha en la que el padre de Phil tuvo que ausentarse durante un día. No le contó a Linda qué tenía pensado hacer, pero ella cree que quería ir a casa de la madre de usted para avisarla. Quería avisarlas a ambas de no confiar en su propio hijo. ¿Pilla la relación, Annika?

Annika abrió la boca, volvió a cerrarla acto seguido. Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza tanto que ya no entendía nada.

—Creo que el marido de Linda consideraba a su hijo Phil capaz de hacerle algo malo también a la familia de usted.

Annika notó como su interior se convertía en un pedazo de hielo. Cogió aire.

—Entonces, la caída del padre de Phil, ¿no fue un accidente? Fue Phil el que… —No fue capaz de pronunciar las palabras, creyó estar ahogándose. Se aferró a la mano de Monique que seguía sobre la suya.

—Eso me temo.

Annika jadeó, cerró los ojos, se obligó a pensar en otra cosa, pero no pudo.

—Philippe estuvo aquí mientras yo estaba en la clínica.

—Sí, así tuvo que ser. —Monique le dirigió una mirada penetrante —. Es la teoría de la que parte Linda. Ella no llegó a verlo, pero…

—¿Pero…? —En la cabeza de Annika revoloteaban recuerdos fragmentados que iban formando una secuencia cronológica

entendible. Ella había estado internada en la clínica, con su marido constantemente a su lado. Excepto durante dos días… ¡Excepto aquellos dos días! ¿Cuándo había sido exactamente?

Annika se levantó de golpe, fue corriendo hacia la habitación de al lado, la de Linda, que la miró con los ojos muy abiertos.

—Phil mató a su propio padre. ¿Es eso verdad, Linda?

Su suegra asintió, rompió a llorar.

—Y lo disfrazó de accidente.

Otro asentimiento.

—Pero ¿por qué? ¿Y qué llevó a tu marido a romper su silencio después de tantos años? Eso no pudo ser casualidad.

Linda la miró, suspiró hondo. Luego señaló el cajón de una cómoda junto a la pared.

Las rodillas de Annika parecían de goma cuando fue hacia allí y lo abrió. Al ver la foto enmarcada, guardada allí dentro, se sobresaltó.

En su mente volvieron a juntarse recuerdos sueltos para formar otra secuencia.

Los preparativos de la boda. Su madre se había enfadado muchísimo cuando el padre de Phil se había negado a aceptar la invitación a la boda. Así que le había mandado aquella foto de su hijo, rodeado de su nueva familia.

Annika cogió el marco, se lo entregó a Linda.

Tres personas sonrientes le devolvieron la mirada.

Phil, Lenny, ella misma…

—Fue por la foto, ¿verdad?

Su suegra bajó la mirada.

—Tu marido no te dijo nada para no preocuparte. Se marchó sin más para avisar a mi madre, con la esperanza de que no fuera demasiado tarde.

Linda alzó la cabeza, la miró a través de ojos tristes.

Annika supuso que su suegra estaba pensando lo mismo que ella en esos momentos.

—Pero en vez de evitar el daño, lo que hizo fue ponerlo todo en marcha.

TREINTA Y SEIS
ANNIKA

Se estuvieron mirando durante lo que pareció una eternidad.

Vieron el espanto, el dolor, la atrasada aceptación de lo monstruoso en los ojos de la otra. Eso las unió de la manera más dolorosa posible.

—Crees que fue Phil, ¿verdad? —Annika rompió por fin el silencio, sintió que le fallaban las piernas. Fue a rastras hasta la cama de Linda, se sentó en el borde del colchón—. El otro día dijiste algo cuando estábamos comentando la muerte de mi madre. Fue algo sobre Phil que tardé en comprender.

Linda siguió mirándola, sin moverse.

—A eso es a lo que me refería —provino desde la puerta.

Annika giró la cabeza de golpe, vio a Catrin y a su hija allí de pie.

—Por eso creo que es mejor que llame a la policía y no a Philippe. Linda está por fin dispuesta a declarar.

Annika miró a su suegra.

—Va a volver a lo largo del día de hoy. Seguramente a lo largo de la mañana.

Linda asintió.

—¿Quiere que me encargue yo? —preguntó Monique.

Annika se giró hacia ella, negó con la cabeza.

—Primero tengo que oírselo decir a él. Luego llamaré a la policía.

—Eso no es una buena idea —protestó Monique—. Philippe es un hombre peligroso como ya sabemos ahora.

—No va a hacerme nada —aseguró Annika—. Estoy embarazada de él. Jamás le haría daño a su propio hijo. Cuando le dije que iba a ser papá, se volvió loco de alegría. No va a arriesgarse a que le pase algo al bebé.

Catrin dijo algo en francés, a lo que Monique le respondió. Entonces la amiga de Linda, Catrin, miró espantada a Annika y soltó una verborrea nerviosa.

—Mi madre dice que ese hombre es un psicópata que no respeta la vida de nadie. Philippe le hizo mucho daño a tanta gente que tampoco se detendrá ante usted o Linda.

Annika se levantó, fue hacia las dos mujeres.

—Lennard era mi hijo. Por eso tengo que oírselo decir. Por favor, entiéndanlo. Tengo que oírle admitir que fue él. Después de eso, llamo a la policía.

—En ese caso, mi madre y yo vamos a quedarnos aquí.

Annika miró a ambas, negó con la cabeza.

—Estoy casada con el asesino de mi hijo. Con el asesino de mi madre. No pienso permitir que, bajo ningún concepto, corran peligro más personas. —Cogió aire, miró a Monique—. Váyase a su casa, junto a su bebé, y llévese a su madre. Linda y yo vamos a estar bien. —Se giró hacia su suegra, alzó las cejas a modo de interrogación—. ¿Estás de acuerdo?

Linda la miró indecisa primero a ella, luego a Catrin y a la hija de esta. Luego asintió con la cabeza.

—¿Lo ven? Todo arreglado. Ustedes se van a su casa y yo les prometo no cometer ninguna insensatez. Esto se acaba aquí y hoy. ¡Se lo juro!

Monique le tradujo lo dicho a su madre, a lo cual Catrin agredió verbalmente a su hija. De repente la miraron las dos.

—*Maman* pregunta cuándo vuelve Philippe.

Annika miró a Linda, la cual dibujó algo con el dedo sobre el edredón.

—¿El avión llega sobre las nueve?

Linda asintió.

—Es decir, aterrizará en menos de dos horas y necesitará otras dos horas más para atravesar el tráfico de la mañana y llegar hasta aquí. —Annika volvió a mirar a las dos mujeres—. Tan pronto pise la casa, Linda les mandará un mensaje. Yo no necesitaré mucho tiempo para averiguar lo que quiero saber. Así que, llamen ustedes al cabo de un cuarto de hora y, si no cojo el teléfono, ¡llamen a la policía!

TREINTA Y SIETE
ANNIKA

Las horas que siguieron se alargaron como chicle y Annika no dejaba de preguntarse cómo era capaz de seguir manteniéndose en pie, de pensar con claridad.

Puede que por el shock.

¡No!

¡Ira! ¡Ira pura y dura!

Estaba eléctrica, necesitaba descargar lo que la estaba impulsando. Lo que por dentro la hacía estar en ebullición, pero por fuera mantener la calma. Lo llevaría a cabo. Llegaría hasta el final. Con sangre fría. Con la misma frialdad con la que Phil había eliminado a su familia y a todas esas personas.

Hasta hacía un par de horas había amado a Phil, había creído firmemente que envejecería a su lado. Pero ahora lo único en lo que podía pensar era en cómo confrontarlo con todo lo que había averiguado sobre él.

Cada músculo de su cuerpo estaba deseando retorcerle el cuello o clavarle un cuchillo en el cuerpo. Pero eso tampoco les devolvería la vida a su madre y a Lenny. El pecho se le encogió una vez más y tuvo que concentrarse en respirar. Se arrastró hasta la habitación de Linda. Su suegra estaba llorando y con los ojos fijos en una cajita abierta que tenía en su regazo. Al ver a Annika, la cerró de golpe.

A petición de Linda, Catrin se la había subido del sótano poco antes de irse en compañía de Monique. Seguramente contenía fotos de Phil niño o cualquier otro recuerdo nostálgico.

Annika se sentó en el sillón frente a Linda.

Guardaron silencio durante unos segundos, luego Linda empezó a moverse nerviosa en el asiento de su silla de ruedas.

—¿Has oído algo?

Annika se levantó de golpe, corrió hacia la ventana, pero ni rastro de Phil. Se giró hacia Linda, que la estaba mirando con ojos tristes. Luego Linda intentó decir algo, pero acabó rindiéndose. Tan solo puso la mano en el pecho y la miró suplicante.

Parecía querer decir *lo siento*.

—No fuiste tú —dijo Annika en voz baja—. ¡Fue tu hijo!

Pero, obviamente, Annika sabía a qué se refería Linda. Si no hubiese intentado proteger constantemente a su hijo descarriado, Lenny y su madre podrían seguir con vida.

Una patadita en su centro le recordó que había alguien más. Un ser inocente que quería vivir. Si no hubiera pasado todo esto, esta vida no existiría.

¡Entonces ahora no estaría embarazada!

Estaría, sería, podría…

¿Cómo solía decir de broma su madre? *Si el perro no se hubiera parado a cagar, hubiera atrapado la liebre*. Un dicho tonto, pero que daba en el clavo.

No era solo el silencio de Linda el que les había costado la vida a los dos.

También estaba el padre de Phil, que había decidido contar la verdad en el peor momento posible.

Estaba su propia madre, que había insistido en mandarle la foto.

Una concatenación de casualidades y acontecimientos que había desembocado en una catástrofe. El único culpable era Phil. Era un enfermo mental, un loco que debería estar encerrado bajo llave.

Un golpe metálico la trajo de vuelta al presente. También Linda parecía haberlo oído. Se había enderezado lo máximo posible, parecía un animal depredador al acecho.

Annika se levantó de golpe de su sillón, le echó una mirada a Linda.

—Avisa a Catrin y quédate donde estás, ¿entendido?

Linda asintió, metió la mano sana – ahora temblorosa – en el bolsillo de la silla.

Se miraron a los ojos hasta que el chirriar de la puerta de la entrada les indicó que Phil estaba en casa.

TREINTA Y OCHO
EL ENGAÑO

Nada más pisar la casa me doy cuenta de que algo ha cambiado. Se respira una especie de energía negativa que casi se puede palpar.

En eso sale de la habitación de mi madre.

Annika, la mujer a la que amo. Me basta una sola mirada para saber que lo ha descubierto. No tengo ni idea de cómo lo ha hecho, pero lo sabe. ¡Lo sabe todo!

Me mira sin decir nada, como queriendo preguntarme por qué, pero en sus ojos veo que mi mirada le basta como respuesta.

Se abalanza sobre mí con un grito distorsionado por el dolor, me golpea con los puños. Me pilla tan de sorpresa que ni siquiera me defiendo.

Luego, de un segundo a otro, su ira parece disiparse. Me contempla sin poder dar crédito, como si fuera un extraño.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —pregunta sin entonación alguna, me clava los ojos como si me estuviera viendo por primera vez—. Mi madre te quería como a un hijo y Lenny… para él eras como su padre.

Como sé que jamás entenderá mis motivos, me callo, la miro, quedo a la espera. ¿Cómo pudo averiguarlo?

El chirrido suave de goma sobre plaqueta me distrae por un momento. Madre sale de su habitación, me lanza una mirada

sombría.

—¿Tú? —sale de mis labios antes de poder frenarlo. Ahora entiendo qué significa.

Annika ya sabe que ha pasado semanas y meses imaginándose la presencia de su hijo. Miro a mi esposa, estudio su rostro, quiero descubrir lo que está pensando ahora que su furia parece haber desaparecido. Pero su rostro es impenetrable como una máscara.

Ya no hay sentimientos, ya no queda amor ni tampoco odio. ¡Solo desprecio en estado puro!

De golpe también comprendo otros hechos relacionados. Mi madre ha conseguido, no sé cómo, comunicarle a mi esposa que Lenny está muerto. Luego una cosa debió de llevar a otra.

Sigo sin entender cómo. Pero una cosa sí que sé: las he subestimado a ambas. Mi mirada se desliza hacia mi madre que no aparta los ojos de mí, indefensa.

Pero ¡eso ahora no importa!

Sé lo que tengo que hacer. Lo que voy a hacer dentro de un rato. Y por primera vez en mi vida lamento algo de verdad. Comprendo lo que significa perder a alguien realmente.

¡Ese bebé! Cuánto me hubiese gustado tenerlo entre mis brazos.

Verlo crecer.

Encontrarás a otra mujer. Tendrás hijos con ella.

Cuadro los hombros con decisión.

Decido que ha de parecer un suicidio. Y entonces asume el control esa parte de mí que desde siempre ha funcionado a la perfección.

Sopeso por un instante la situación, las circunstancias, las consecuencias.

Lo veo claro.

Van a creerme como siempre. Porque es obvio que mi madre se pondrá de mi parte, además, Annika tiene un historial trágico en su haber.

Me abalanzo sobre ella, quiero agarrarla, cuando suena una detonación. Milésimas de segundos después un golpe fuerte sacude mi cuerpo. Como en trance quedo mirando el cañón del arma que sostiene mi Madre.

Acto seguido rompe a llorar y deja caer la cosa esa. El arma – una reliquia de mi padre – va a parar al suelo.

Mis piernas ceden.

Poco después me mareo.

Abro la boca, la palabra *maman* en mis labios. Luego noto el impacto de mi cuerpo contra el suelo.

A duras penas consigo un último parpadeo…

EPÍLOGO

El policía miró muy serio a Annika.

—¿Cómo se encuentra hoy? —Sus conocimientos del inglés no eran los mejores, pero bastaban para comunicarse entre ellos

—Ahora mismo, tengo poco tiempo para pensar —respondió ella —. Tengo que ocuparme de Linda y de los preparativos para nuestra vuelta a Alemania.

—Ya me he enterado de que va a llevarse a su suegra, que va a vivir con usted hasta que quede libre un sitio.

Annika se encogió de hombros.

—Ya solo nos tiene a una buena amiga y a mí. Catrin no puede cuidarla las veinticuatro horas del día. Tiene más de setenta y acaba de volver a ser abuela.

—Anda. —El policía sonrió pícaro—. ¿Así que el hijo menor también ya ha pasado por el altar?

—Eso parece.

Annika tragó, miró al policía.

—¿A qué ha venido?

—Philippe ha despertado del coma. Hace un par de días ya. Hemos tenido ocasión de hablar brevemente con él y está dispuesto a confesar.

Annika asintió con la cabeza.

—¿A qué tipo de castigo se enfrenta?

—Ninguno que deba preocuparla a usted. Jamás volverá a andar suelto por ahí. Todas las atrocidades que cometió aquí conllevarán cadena perpetua. Aparte de… —El agente se calló, indeciso.

—¿Qué?

—Según los médicos, no volverá a caminar jamás. La bala le destrozó la médula, por lo que pasará el resto de su vida atado a una silla de ruedas.

—Es decir, ¿no podrá volver a hacerle daño a nadie nunca más?

—¡Se lo garantizo! —El policía la miró con empatía en los ojos—. ¿Y usted? ¿Qué planes tiene ahora?

Annika tragó.

—Me levantaré cada mañana y respiraré. Voy a seguir viviendo, sin más.

—Ya sabe que no me refería a eso.

—Sé que tendré que buscar ayuda y lo haré nada más llegar a casa.

—¿Va a estar bien?

Annika se encogió de hombros.

—El futuro lo dirá.

Cuando se hubieron despedido, Annika volvió a entrar en la casa, chocando casi con Monique.

Miró a la mujer y al bebé que llevaba en brazos.

—¿Quiere cogerla?

Annika asintió, dejó que la joven le colocara aquel fardo en los brazos. Olía a felicidad en estado puro y a talco de bebé. Esbozó una sonrisa melancólica.

—¿A usted cuándo le toca?

—Aún me quedan diez semanas.

Monique quiso decir algo, pero titubeó. Luego pareció encontrar el valor.

—A pesar de todo, ¿va a ser capaz de alegrarse por la llegada del bebé?

—Más bien quiere preguntarme si seré capaz de querer a este hijo como quiero a Lenny. Si seré capaz de mirarle a los ojos día tras día, a pesar de la posibilidad real de que me recuerde al hombre que acabó con mi familia.

Monique tan solo la miró y guardó silencio.

Permanecieron así un rato, sin decir nada, luego Annika inspiró hondo.

—Solo la mitad de este bebé es de Phil. El resto lo he puesto yo. —Se interrumpió en busca de las palabras adecuadas—. Es parte de mí, de Lenny y también de mi madre. Así que sí, a pesar de todo, ¡voy a amarlo!

—¿Y ahora qué?

Annika se encogió de hombros.

—Voy a levantarme cada mañana y respirar. Le acabo de decir lo mismo al policía. Y cuando esté en Alemania, iré a terapia.

—Me refería a él, a Philippe, y a Linda, su madre.

—¡Que se pudra en la cárcel! O en su maldita silla de ruedas…

Sacudió la cabeza.

Ese monstruo jamás vería a su bebé. ¡Ya se encargaría ella de eso!

Un ruido la trajo de vuelta al momento. Se giró, vio a Linda en su silla venir hacia ella. Al ver a su suegra se le formó un nudo en la garganta. A ella era a quien le debía haber sobrevivido su ingenuidad. ¡Cuánto nos podemos equivocar con las personas!

Si Linda no le hubiera disparado a su hijo, ella ahora no estaría aquí.

Ya solo por eso, deseaba de todo corazón que su suegra no tuviera que rendir cuentas por encubrir el asesinato de aquella chica. La pobre había cometido un error y, ahora por segunda vez, ¡había pagado un precio muy alto por ello!

Annika opinaba que ya había sufrido bastante.

Linda le daba mucha pena porque en el fondo era otra víctima más de su hijo. Cuando el padre de Phil se había enterado de la muerte de la chica, se había enfurecido tanto que por un momento había perdido el control.

De ahí la lesión de Linda, como había averiguado Annika.

Su suegra había guardado el informe policial sobre el terrible hallazgo en el bosque – el detonante del ataque de furia de su marido.

Tragó, miró a Linda, le tendió la mano.

—En cuanto a nosotras… ya nos las arreglaremos, ¿verdad?

Su suegra dudó un instante, luego sonrió emocionada, aceptó la mano, la apretó.

Annika miró a Monique.

—Al fin y al cabo, ¡todos los niños necesitan una abuela!

FIN

AGRADECIMIENTOS

A mi grandísima diseñadora de portada Kristin Pang por la hermosa portada.

A mi editora Inca Vogt y a mi correctora Ilka Bredemeier. Una vez más habéis hecho un gran trabajo. Gracias por este maravilloso trabajo en equipo.

A Inca Vogt por el precioso diseño interior que les da a mis libros.

A mi traductora Eva Trillo Caramés por el gran trabajo de traducción y la corrección que ha hecho para la versión española. ¡Espero seguir por mucho tiempo más con esta fructífera colaboración!

A todos los lectores y compañeros que me ayudaron a escoger una portada y que me apoyaron con esos problemillas que siempre surgen.

A vosotros los blogueros por todo lo que hacéis por nosotros los escritores. Valoro muchísimo vuestro trabajo y vuestros esfuerzos: ¡Muchas gracias!

A mis compañeros que están siempre dispuestos a escuchar y a tenderme una mano cuando se trata de preparar la contraportada, una labor que no me entusiasma demasiado.

Quiero dedicarle otro gracias especial a Inca Vogt, la cual no se encarga solo de la maquetación, sino que también repasa con ojo avizor el texto al completo, descubriendo siempre algún que otro descuido.

A mi hijo, que, aunque no lee mis libros, comprende que me encierre durante días en el despacho y que esté insoportable como… (no se me ocurre ningún símil de lo insoportable que me pongo a veces).

Y finalmente, aunque no menos importantes, mis agradecimientos a mis amigos que me levantan la moral cuando la tengo por los suelos.

Cualquier error cometido a la hora de investigar a mis protagonistas es única y exclusivamente responsabilidad mía o producto de mi fantasía desbocada. Por lo demás, en esta novela también me he tomado algunas licencias artísticas, como siempre – y que, por supuesto, no pienso revelar.

Podéis mandarme vuestras sugerencias o comentarios a:

autorin@daniela-arnold.com